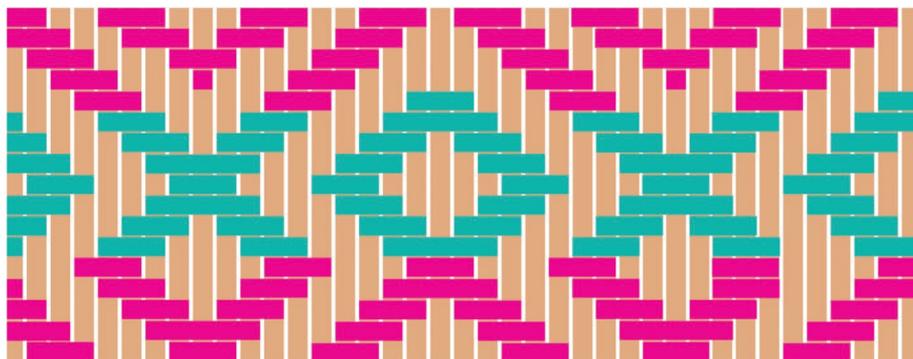


MITO, TRADICIÓN ORAL,  
HISTORIA  
Y LITERATURA  
DEL PACÍFICO  
COLOMBIANO



Antología



**MITO, TRADICIÓN ORAL,  
HISTORIA Y LITERATURA  
DEL PACÍFICO  
COLOMBIANO**

*Antología*

---

Mito, tradición oral, historia y literatura del Pacífico colombiano  
Mito, tradición oral, historia y literatura del Pacífico colombiano.

/ José Zuleta, editor...--Cali : Editorial Bonaventuriana, 2019

206 páginas

ISBN: 978-958-5415-36-2

1. Mitología del Pacífico – Colombia 2. Mitología indígena – Colombia  
3. Mitología – Embera Chamí 4. Tradición oral – Colombia 5. Cuentos  
populares – Colombia 6. Mitología – literatura del Pacífico 7. Leyendas –  
Colombia 8. Folclor – Costa Pacífica I. Zuleta, José, editor II. Secretaría de  
Cultura del Valle del Cauca III. Universidad Nacional de Colombia V. Tít.

398.2098615 (D 23)

M684

---

**MITO, TRADICIÓN ORAL,  
HISTORIA Y LITERATURA  
DEL PACÍFICO  
COLOMBIANO**

Gobernadora del Valle del Cauca  
Dilian Francisca Toro

Secretaría de Cultura del  
Departamento  
Consuelo Bravo Pérez

Editor  
José Zuleta

© Secretaría de Cultura del Valle del  
Cauca  
© Derecho reservado para los autores  
© Alfredo Vanin

Gestión editorial  
Universidad de San Buenaventura Cali  
Universidad Nacional de Colombia

Diseño de carátula  
Diego Alejandro Soto C.

Universidad de San Buenaventura  
Cali.

Diagramación y maquetación  
Editorial Bonaventuriana  
Universidad de San Buenaventura Cali

ISBN: 978-958-5415-36-2

Tiraje: 1.000 ejemplares

Prohibida la reproducción total o  
parcial de este libro por cualquier  
medio repográfico, sin la autorización  
escrita de los editores y de los  
propietarios del copyright.  
Primer edición, septiembre de 2019

*L*lueve la mayor parte del año. Ejércitos inmensos de nubes se lanzan en la atmósfera del seno del océano Pacífico. El viento oeste, que reina constantemente en estos mares, las arroja dentro del continente; los Andes las detienen en la mitad de su carrera. Aquí se acumulan y dan a esas montañas un aspecto sombrío y amenazador. El cielo desaparece. Por todas partes no se ven sino nubes pesadas y negras que amenazan a todo viviente. Una calma sofocante sobreviene; este es el momento terrible; ráfagas de vientos dislocadas arrancan árboles enormes; explosiones eléctricas, truenos espantosos; los ríos salen de su lecho; el mar se enfurece; olas inmensas vienen a estrellarse sobre las costas; el cielo se confunde con la tierra y todo parece que anuncia la ruina del universo.

En medio de este conflicto el viajero palidece, mientras que el habitante del Chocó duerme tranquilo en el seno de su familia. Una larga experiencia le ha enseñado que los resultados de estas convulsiones de la naturaleza son pocas veces funestos; que todo se reduce a luz y agua y ruido, y que dentro de pocas horas se restablece el equilibrio y la serenidad.<sup>1</sup>

Francisco José de Caldas sobre el Pacífico

---

1. Caldas, Francisco José (1808). Seminario del Nuevo Reino de Granada.



# Contenido



Presentación	15
Una antología contra el olvido	17
<i>Prólogo</i>	
<b>MITO, TRADICIÓN ORAL E HISTORIA</b>	<b>21</b>
Mito fundacional embera-chamí	23
Curanderos y espantos	27
<i>Sofonías Yacup</i>	
El ferrocarril y Petronio, maquinista de La Palmera	31
<i>Ruth Estupiñán</i>	
En que se concluye lo tocante a la ciudad de Cali de otros indios que están en la montaña, junto al puerto que llaman la Buena Ventura	39
<i>Pedro Cieza de León</i>	
Breve historia del Chocó	43
<i>Rogelio Velásquez</i>	
Texto original de fray Adrián de Santo Tomás, misionero entre los cuna en el siglo XVII	65

<b>LITERATURA</b>	<b>69</b>
Sonatina para dos tambores	71
<i>Carlos Arturo Truque</i>	
La mina del Ambiyaco	79
<i>Guillermo Edmundo Chaves</i>	
Sermón del superviviente	87
<i>Faustino Arias Reynel</i>	
Declaración de amor	91
Loa del currulao	92
Elegía constelada	93
El aserrío	94
<i>Helcias Martán Góngora</i>	
El mar bifronte	97
Quibdó	98
<i>Hugo Salazar Valdés</i>	
Víspera del naufragio	101
El mar en el olvido	102
Rosa del aire	103
Cuerpo negro	103
<i>Guillermo Payán Archer</i>	
Entre nos, hermano	107
<i>Arnoldo Palacios</i>	
Invitada del tiempo	111
<i>Óscar Collazos</i>	
El esclavo	127
Sombra del ahogado	128
<i>Juan B. Velasco Mosquera</i>	
Desesperanzas	129
<i>Mary Grueso Romero</i>	

Élida	131
La noche es un mordisco de fiera	132
Tahúr naciente	132
Aguamala	133
<i>Alfredo Vanín</i>	
Nafragio 12	141
Nafragio 17	141
Nafragio 20	142
Nafragio 23	143
<i>Hernando Revelo Hurtado</i>	
Para que sepan	145
Lenguas	145
La pasajera del <i>Sandalwood</i>	146
<i>Medardo Arias Satizábal</i>	
Cleotilde y los pianos	157
<i>Óscar Olarte Reyes</i>	
La media ligada	167
<i>Faustino Arias Reynel</i>	
Mi abuela Rita	175
<i>Yijhan Rentería Salazar</i>	
323...	185
<i>Jefferson Perea Madrid</i>	
Una cometa y Gabriela	187
<i>José Zuleta</i>	
Bibliografía	195
Los autores	197



## Presentación



Presentamos a la comunidad vallecaucana, a Colombia e Hispanoamérica, los primeros siete libros del Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca. Esta iniciativa es consecuente con las recomendaciones de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad que formulamos durante la presente administración y que tiene como propósito la construcción, estudio y difusión de nuestra identidad cultural. Según recomienda esta política: “es importante tener presente la gran diversidad de rasgos culturales que caracterizan al Valle del Cauca lo que constituye su mayor singularidad y su mayor riqueza”.

En la política editorial de este fondo daremos prioridad a obras que garanticen la recuperación y la difusión de la tradición, la producción artística, literaria y cultural; a saber: las producciones intelectuales y de investigación, de autores de la región, o de autores de otras regiones, que aborden temas concernientes a nuestro entorno. Investigaciones o producciones intelectuales y literarias que constituyan creación de patrimonio regional que nos ayuden a establecer, preservar y difundir la tradición oral y escrita del Departamento del Valle del Cauca.

Editaremos también trabajos de rescate. Esto es; producciones que son patrimonio cultural de la región pero que debido a su

antigüedad o mala fortuna editorial, no se conocen. Publicaremos también los trabajos de nuevos creadores e investigadores, que según criterios de calidad, son el futuro patrimonio cultural de la región, así como las investigaciones dirigidas a la creación de patrimonio a partir de rasgos culturales inmateriales como tradición oral, medicina tradicional, música no escrita o documentada, recetas de la tradición gastronómica popular, mitos, leyendas, décimas y canciones, vestidos y atuendos tradicionales, entre otros temas, serán el derrotero del fondo que nace hoy con estos primeros siete libros.

Agradezco al Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico (GEUP) y a las escritoras y escritores del Valle del Cauca por formar parte de esta iniciativa que nos permitirá mirar hacia el futuro desde una valoración positiva de nuestra identidad y seguir trabajando de corazón.

*Dilian Francisca Toro  
Gobernadora del Valle del Cauca.*

# Una antología contra el olvido

## Prólogo



Toda antología supone una revisión del estado del arte en algún punto de la historia. Pero es también un arrinconamiento, jugarse una posibilidad hasta el extremo y, además, esperar las sorpresas de quien cree tener todos los materiales en la mano y descubrir luego que había muchas más cosas de las que pensaba. Lo único cierto es que cuando inicia su aventura, el antólogo debe al menos tener claro el rumbo de sus brújulas.

La historia que abarca esta antología tiene la edad de los indígenas que poblaron América en tiempos anteriores al trueno, la edad de los primeros conquistadores en tierras de América, de los africanos y sus descendientes que llenaron a América de tambores, de nuevas vitalidades y de nuevos dioses; edades computables en cifras desiguales, en conflictos, en despojos, en muertes, en creaciones y resurrecciones, en lenguajes orales y, finalmente, en escrituras, para luego reiniciar el ciclo sin reposo. Es una historia que nunca ha empezado a escribirse a tiempo y ahora es necesario rastrearla en los espacios balbuceantes de los

corredores selváticos, en esteros de los que huyeron las garzas hace tiempo, en aldeas de casas plantadas sobre el barro o la arena, y en la voz de hombres y mujeres que llegaron de más allá o de más acá, fugitivos o libertos, y emparentaron los restos de sus dioses africanos e indígenas con un dios que no tenía clemencia con los derrotados y era incapaz de entender el lenguaje del tigre, de las serpientes y de las nutrias.

Este libro –y los precedentes y los que vendrán luego– se volvió necesario porque la historia es solo entendible por el lenguaje que la habita y la desborda, porque la vida siempre está ávida de palabras, para renovarse, para no extraviarse en el laberinto de sus ciclos poderosos.

Los pueblos que habitan este libro fueron creados y habitados bajo la solidaridad, el extrañamiento y el secreto. Solidaridad contra la vida adversa y la opresión, extrañamiento de la tierra dejada atrás y bajo el secreto de un lenguaje que le tiende la mano al primer rayo de luz de la vida libre.

Por aquí desfilarán palabras de escritores nativos y no nativos, unos nacidos en las orillas fangosas y otros que, aunque nacieron lejos, llegaron acá a nacer de nuevo y asumieron por completo la piel húmeda de los esteros y las voces de sus hombres y mujeres. Escritores remotos o contemporáneos, muertos o vivos (algunos consagrados, otros no muy conocidos fuera de la región) que prestaron sus palabras para narrar o cantar una región llena de palpitos. Un mito embera-catío cobra enorme vigencia porque narra de manera hermosa el origen de los mares y los ríos, ahora cuando el agua amenaza convertirse en oro. Un texto de uno de los mayores cronistas de Indias parece surgir fresco de las montañas y las selvas antiguas. El pensamiento racista del sabio Caldas se ilumina de pronto ante un paisaje que lo conmociona con sus lluvias y fuegos tropicales; un jurista, autor del emblemático litoral recóndito, aparece aquí porque leyendas recogidas lo emparentan con la literatura; un antropólogo nativo revive en

su refinado lenguaje la historia de la Conquista y la formación de nuestros pueblos; poetas y narradores modernos, nacidos en otras tierras de Colombia, captan de manera extraordinaria el maravilloso y desgarrador exotismo que invade la vida de negros, blancos, indígenas y mestizos en pleno desborde de vida y de apariencias trocadas. Zuleta (compañero de este ejercicio antológico) no es un mero testigo, es alguien que se metió en las playas de Mulatos –en el fervor de su adolescencia, desligado del manto tutelar de su padre– y no solo logró compenetrarse con la gente nativa sino, además, convertirse en pescador, hombro a hombro con hombres curtidos de la mar, hasta convertirse en hijo adoptivo de una matrona del caserío a quien le dedicaría poemas y relatos. Caso aparte es el de Guillermo Edmundo Chaves, de quien transcribimos un capítulo de *Chambú*, una mirada desde la sierra hacia el mundo incomprensible del Pacífico y su gente, en el que sobresale el etnocentrismo del personaje principal.

Los nativos Helcías Martán Góngora, Guillermo Payán Archer, Carlos Arturo Truque, Arnoldo Palacios, Óscar Collazos, Medardo Arias, Hernando Revelo, Mary Grueso y quien escribe esta nota, trazan en estas páginas, con sus relatos y poemas, un mapa en el tiempo y definen los contornos de una región que ha franqueado ya sus propias fronteras y ha exportado escritores a lejanas tierras.

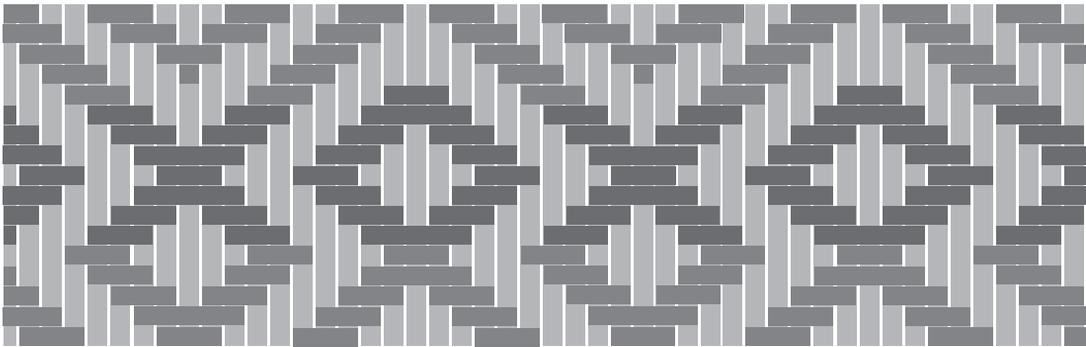
Una de esas exportaciones recae en el periplo de un escritor nacido en Tumaco y adoptado por una pareja de académicos suecos cuando apenas era un bebé. Se trata de Bonifacio Bergner, considerado por García Márquez como su sucesor natural. A los 14 años fue ganador del premio de relatos Cortázar de cuentos en español, por su relato *Qué comimos al almuerzo*. Fue autor de una novela (*A comprehensive study of pure evil*) de lectura obligatoria en estudios de literatura en Europa. De acuerdo con la línea de la nota publicada en la Internet, los padres de Bonifacio murieron en un accidente automovilístico. Los tres fueron viajeros incansables

y Bonifacio dominaba varios idiomas. Al morir sus padres perdió el rumbo. Se suicidó en marzo de 2003.

Los textos de esta antología, fueron recogidos –obviamente– de obras ya editadas, algunos enviados por los propios autores. Nuestro agradecimiento a todos los que nos enviaron o permitieron usar sus textos. Quisimos que el hilo conductor fuera el Pacífico. Y aunque algunos nacidos en la región no están incluidos por razones temáticas o logísticas –nada raro en una antología– creemos haber reunido un número suficiente que posibilite una lectura del Pacífico sin dejar vacíos insuperables. Desde todas las latitudes del Pacífico, aquí está la visión de un Pacífico en sus alegorías migratorias, en sus retratos móviles, en sus pinceladas exóticas u oníricas, en crudo realismo o en abismos surrealistas. Un Pacífico que asume sus conflictos y sobrevive en medio de las carencias y la alegría callejera. Un Pacífico capaz de nombrarse a sí mismo.

*Alfredo Vanín*

MITO, TRADICIÓN  
ORAL E HISTORIA





## Mito fundacional embera-chamí<sup>2</sup>



Caragabí, que es el dios de arriba, vive en su mansión de Ntre, en el cielo, en las alturas. Por vivir en las alturas, en Ntre, en algunas regiones se llama Untré.

Cuando al principio no había nada, tampoco había agua.

Untré lo estaba haciendo todo y supo que la hormiga Jaburrá, la conga, que era redonda como una garrapata, sí tenía agua y se la pidió. Pero ella la cogió en su boca y no quiso darla. Entonces Untré le apretó a la conga su barriga y así soltó el agua. Por eso la hormiga tiene cintura. En ese momento supieron dónde estaba el agua, porque la conga dijo que estaba escondida en un árbol muy grande que era el jenené.

Untré juntó a todas las gentes que había hecho para cortar el árbol y sacar el agua. La gente golpeaba con sus hachas y sacaba astillas, pero después el tronco quedaba como si nada le hubiera pasado.

---

2. Mito de los indígenas catíos del Pacífico colombiano, recogido por R. Castro Torrijos (cfr. Castro Torrijos R., citado por Teresa Arango Bueno en *Precolombia*, Bogotá, 2ª edición, 1963) entre los pobladores del río Baudó. Esta versión aparece en *Relatos tradicionales de la cultura catía*, de Luis Fernando Vélez.

El dios se dio cuenta, entonces, de que un hombre que estaba ayudando a tumbar el jenené era amigo de la rana Pocoró y le avisaba a la rana cuando el árbol estaba a punto de caer. Entonces Pocoró brincaba al árbol y allí mismo quedaba sano del todo.

Untré pisoteó al hombre y lo volvió rana. Pero como el pisón fue tan duro las ranas tienen la rabadilla quebrada y los ojos saltones y no caminan paradas, sino con la barriga en el suelo.

Untré buscó otros hombres para tumbar el árbol y se quedó cuidando. A los cuatro días lo mocharon, pero no se cayó sino que se quedó colgado del bejuco migurú. Como en esa época los pájaros eran gente, dios le dijo al paletón, quihuara, al tucán, que cortara el bejuco con su largo pico.

El paletón no pudo y entonces dios lo condenó a no poder quebrar las frutas sino a que las tragara enteras. Después vino la lora michitá y como tampoco pudo cortar el bejuco, se fue diciendo: cran, cran, cran, guere, guere, guere.

Acudió, entonces, el bagará, el guacamayo y con su pico tan duro pudo desenredar los bejucos, cortándolos y allí sí cayó el árbol que estaba lleno de agua. De sus ramas salieron los ríos y las quebradas y de su tronco salió el mar, pero como el tronco se rajó, salieron dos mares, el uno que está en Acandí y el otro está en Juradó.

El mar era de agua dulce y entonces Untré le dijo al demonio –a Antomiá o Tumiá que era muy malo– que le pusiera sal. Dios quería quedarse con su mitad de sal para darla a las gentes y Tumiá quería quedarse con la otra mitad para venderla en cachachos. Ninguno largaba su parte y el mar seguía dulce.

Entonces Untré cogió una cucharada de totumo y la llenó de sal, la tiró al agua y así se volvió salada. Tumiá lloró en el agua y por eso también es amarga.

Ya la gente tenía agua dulce y salada pero no tenía candela. Algunos le contaron a dios, a Untré, que el lagarto Boicamia sí tenía y que se la ponía de noche en los ojos para ver más lejos.

Le pidieron la candela, pero el lagarto la negó.

El lagarto tenía su horró, su nasa, y se fue a pescar sábalo. El dios se convirtió en sábalo y se metió en las redes de Boicamia, quien lo cogió y lo puso al humo. Entonces Untré, que estaba convertido en sábalo, cogió la candela y se fue.

Ya tenían agua y fuego, pero no tenían nada para cocinar. En vista de eso, Untré cogió un palito y lo tiró al patio y allí mismo resultó el plátano hartón.

Tumiá quiso entonces hacer otro tanto y tiró otro palito al patio, pero lo que resultó fue el platanillo que no echa racimo sino una flor colorada. Untré dijo que Tumiá no sabía hacer las cosas y tiró otro palito que brotó en retoños de caña dulce para chupar y hacer guarapo. Tumiá, a su turno, tiró otro palito y resultó la cañabrava. Y así, siguieron haciendo plantas comestibles y no comestibles.

En esa época, allá en Dochará, en el río San Juan, solamente había hombres, pero llegó la lora Care, de copete amarillo y que habla como la gente y les dijo a los hombres que las mujeres estaban en Coredó.

Entonces todos se fueron para allá y era verdad que apenas había mujeres en Coredó y cada uno de los hombres cogió la suya. Y hubo algunos que cogieron dos, pero se encartaron porque todas querían parumas y chaquiras y entonces solamente siguieron cogiendo de a una.

Pero cuando Untré vio que habían cogido dos mujeres, se puso bravo y cogió un cuchillo y con una mano se cortó la otra mano y la tiró para arriba y allá arriba se volvió luna y las gotas de sangre que se desprendieron, se volvieron estrellas.

Tomado de *La conquista del agua y otras creaciones*.

Este relato, de la tradición oral de nuestros indígenas, pone de presente una vez más que el don de agregarle belleza al universo o de recrearlo “bajo los cambiantes rayos del lenguaje” no es exclusivo de la lengua escrita ni de la literatura occidental.

Guillermo Bernal A.



# Curanderos y espantos

*Sofonías Yacup*



En la zona media de la región, donde la tierra es seca y el clima suave, arriba, cerca de las cabeceras de los ríos Napi y Guapi, arriba de San Francisco y Guajuí, hay aproximadamente una veintena de pueblecitos mineros antiguos nacidos durante la esclavitud, cuyos habitantes llevan en su mayoría los apellidos de los amos: Arroyo, Velasco, Castro, Caicedos, Hinestrosa, Arboleda, Grueso, Vallecillas y Montaña, son los más comunes.

Para llegar hasta estos pueblos tendidos en las faldas de la cordillera, es necesario remontar en pequeñas canoas corrientes impetuosas y ríos de cauces poco profundos, donde los bogas tienen que arrastrar la embarcación metidos en el agua o al impulso de palancas de madera fina que resistan el empuje de la corriente y el esfuerzo del hombre.

En este constante ejercicio, los bogas palanqueros se desarrollan sanos y fuertes. La palanca, a la que suelen proteger con un regatón de hierro o de plata en la extremidad que se hunde en el agua, y el machete limpio y filudo, constituyen su ideal de vida. Son sus compañeros inseparables, su defensa y su instrumento de trabajo.

Como regalo de la fortuna, surgen en algunos pueblecitos personas de espíritu amplio y corazón generoso, que conquistan la admiración y el respeto de los vecinos y ejercen dominio de consejo y cierta autoridad, distante de la del corregidor y o del síndico de la iglesia. Son personalidades notables de estos caseríos los curanderos o brujos, que conservan algún parecido con los caciques o gamonales en cuanto a la zona de influencia que abarcan, pero se distinguen de ellos en que la orientación de los curanderos es altruista. Con ver por una sola vez a uno de estos hombres su imagen perdura en el recuerdo.

Al nuestro viene ahora la silueta del brujo de Callelarga, don Fermín Vallecilla, a quien conocimos hace algunos años. Era alto de cuerpo, erguido, de facciones correctas y de piel de ébano, ojos negros y mirada resuelta. Su fisonomía franca revelaba fortaleza y suscitaba confianza. Frisaba los cuarenta y cinco o cincuenta años y unas pronunciadas arrugas dejaban en su amplia frente rastros de haber pensado y sufrido. Sabía leer y escribir. Las personas del vecindario lo saludaban con un cariño no exento de respeto. Lo llamaban el tío Fermín. Vestía blusa de dril blanco, pantalón negro, de diablofuerte, la cintura fuertemente amarrada con amplia banda de tela azul con flecos y pañuelo blanco a manera de bufanda sobre el cuello, sombrero de anchas alas de los tejidos en la comarca con paja toquilla o rampira que usan los pobres.

El curandero detúvose en una casita limpia cercada de palma o chonta labrada, material finísimo y de larga duración que se utiliza en las construcciones, techada de hoja de jícara y de navaja que crecen con abundancia en las selvas de la región baja del pacífico y han servido para cubrir las casas desde los tiempos de los aborígenes hasta el presente. La escalera de la casa estaba formada por dos fuertes tablones de chachajo con peldaños de guayacán. Era distinta de las gradas incómodas de las casuchas primitivas que se hacían de un trozo de madera o de guadua, donde se formaban varios boquetes que pudieran dar cabida al

pie. Don Fermín, preocupado, entró precipitadamente a la sala de la casa.

En el centro, sobre un petate chino multicolor, sentada una mujer mulata, joven y bien parecida, sostenía angustiosamente entre sus brazos a un niño de unos pocos meses de nacido que entre contorsiones frecuentes divulgaba el agudo dolor que lo iba consumiendo. Sobre una repisa de madera ardía en una palmatoria de barro una vela de cera, cerca de un cuadro con la imagen de la Virgen del Carmen. Se arrodilló don Fermín, tomó el niño en los brazos y tras de minucioso examen, dijo:

-Está ojeado.

-No, tío Fermín -replicó vivamente la madre-. No puede estar ojeado porque por aquí no ha pasado ningún ojeador ni mujer embarazada. Creo que es espanto.

La sencillez mental de las gentes les hace admitir que existen personas que con la mirada hacen daño a los niños hermosos o por quienes sienten simpatía y que por esta causa sufren dolores de estómago, se desfiguran y hasta perecen muchas veces. Es frecuente oír a las madres: "¡Mi hijo era muy bello y se dañó cuando lo ojearon"! A la mujer embarazada le atribuyen poderes sobrehumanos y fuerzas secretas que causan enfermedades a los niños en quienes se fijan y adormecen a las culebras. Ante la opinión de la madre, el curandero asintió y dijo:

-Veamos si es espanto.

Se llevó la mano al bolsillo de la blusa y sacó de él una cinta negra. Prosternado y haciendo invocaciones y cruces, levantó los ojos solemnemente, desdobló la cinta y comenzó a medir a la criatura. Al fin dijo:

-Sí, está espantado.

La ignorancia del vecindario ha recibido tradicionalmente como verdaderas algunas consejas, al parecer divertidas, pero que para los ingenuos habitantes traen inquietudes y graves peligros. Creen que los espíritus de los moribundos hacen una visita de

despedida a los lugares donde permanecieron de preferencia en la vida, visita a la que denominan “recoger los pasos”. Creen, igualmente, que las personas que antes de morir enterraron sus riquezas, vuelven a la vida a los lugares donde están estas y que permanecen allí en pena.

Admiten la existencia de espíritus malignos que persiguen a la humanidad. Por ejemplo, la Tunda, que aparece en forma de mujer a las orillas de los ríos y en los parajes solitarios y bajo una influencia irresistible atrae a las personas, las aturde y las enloquece unas veces y en otras ocasiones las hace desaparecer para siempre. Es común oír decir que a fulano se lo llevó la Tunda o que está entundado, manera de llamar a los individuos aturdidos o de ánimo apocado. Para alejar a la Tunda queman romero seco, rezan, le dirigen palabras injuriosas y golpean por largo tiempo las piedras de moler.

El Duende es el demonio enamorado y travieso que persigue a las jovencitas y se las lleva a las selvas, donde las entretiene con sus caricias.

El Guando dizque es un demonio que recorre los caminos solitarios por las noches. La imaginación popular lo presenta dentro de un ataúd sobre una camilla conducida por cuatro espíritus malignos que al encontrar a alguna persona la aplastan bajo el peso de la camilla.

(Tomado de *Litoral recóndito*, Asolipa, Buenaventura, 1976).

# El ferrocarril y Petronio, maquinista de La Palmera (Tradición oral)

Ruth Estupiñán



Desde siempre y de acuerdo a las costumbres  
en los pueblos africanos, los cuentos se cuentan de noche.

Si cuentas de día, pides perdón, diciendo:

*Mawu ni so kue ce ke mi* (que dios perdone mi culpa).

*Klotilde Lukumi*

“¡Las de cambray, las de cambray! ¡Las empanadas de cambray a dos centavos!” ofrecían las negras esbeltas y empalmeradas, a los pasajeros del tren en la isla Cascajal. Lo que aquí les voy a contar me lo contaba mi abuelo que trabajó como maquinista en el ferrocarril nacional. Sembraba plátano, chontaduro, pepépán, yerbas aromáticas y medicinales, porque a él le gustaba la botánica. Era también curandero, cuidaba a las recién paridas con baños íntimos de romero y yodo para limpiar y desinfectar muy bien la matriz y prepararla para otro nacimiento. Decía que los médicos no sabían de ese asunto, solo mandar medicamentos. El abuelo lloraba todos los días recordando la muerte del tren.

Decía que fueron los maléficos políticos y los transportadores los que mataron el tren, que los historiadores son los sepultureros de la verdad y que el finado Mariano Ospina P. compró para su empresa familiar una “carramentá pa transportar carga”. Fue el primero que inició la agonía del ferro. Ospina P. daba órdenes a los trabajadores para que no hicieran el mantenimiento de los trenes en los talleres de Chipichape en Cali. Les decía que no cuidaran los trenes, ni engrasaran los ejes “manque los llamaran abandonaos”. Claro, matando el ferrocarril nacional se trepaba pa arriba la empresa familiar. ¡Ah! Y aquel que no participara en la corrompisiña de Ospina P. lo jubilaban automáticamente.

En esos tiempos daba pena ser jubilado porque era estar inservible y muy viejo “...y como nadie quiere envejecer”, decía el abuelo. Y fue así como acabaron ferrocarriles Nacionales de Colombia. Cisneros, pueblo donde vivía el abuelo, lo bautizaron en honor al ingeniero civil cubano Francisco Cisneros, especializado en Nueva York y graduado de Ph.d en ferrocarriles. Se regresó para Cuba a trabajar y le picó el zancudo de la revolución para escaparse. Se vistió como paisano guajiro y a pata limpia caminó por el cemento. Por eso no lo conocieron. Francisco Cisneros se volvió un peleador en esa revolución. Pidió soldados caucanos porque eran buenos para la pelea. ¡Por Biojó! Cuba pasó de la pata de los españoles a la pata gringa. Aún están bloqueados.

Como Pacho Cisneros ganó todas las batallas le pusieron mi general Cisneros. De ahí se fue a trabajar al Perú, a pasar necesidades, pues no consiguió coloca fija. Entonces, por esos días los dirigentes de Antioquia lo llamaron y le dijeron: “Oites vos, home, mi general Cisneros. Sabemos que tas pasando una hambriza y que tas sin coloca, y eso es muy charro, home. Sabemos también que sos muy bueno pacé ferrocarriles y que tenés un hp férreo. Antoes, nootros queremos que una a Antioquia con el río Mandalena y con Barbosa para sacar los productos y ampliar

el comercio. Si te gusta la idea, tenés la coloca fija y bien paga ¿Qué dice, puehsh”?, le preguntaron los paisas.

Así fue como el ingeniero Cisneros aceptó y se vino para Antioquia a trabajar. Ya seguro con su trabajito y conociendo Colombia, al ingeniero se le iluminó la cabeza y un buen día le dijo al jefe de los dirigentes antioqueños: “Mira, caballero. He mirado la geopolítica de ustedes y con todo respeto, caballero, propongo que unamos a Medellín con el río Cauca y después iniciamos el ferrocarril desde el puerto de Buenaventura para ampliar el comercio por todo el territorio nacional. De ahí con Cali y Popayán y así sucesivamente, hasta que comuniquemos a toda Colombia y a esta gente. ¿Qué tú dice, caballero?”. Contaba el abuelo que a la jefatura antioqueña le gustó la idea del ingeniero Cisneros y el 2 de febrero de 1878 mi general Cisneros y el general Trujillo firmaron un contratísimo, pero sin cogerse un adarme y cumpliendo con su trabajo. Cisneros tenía enriquecimiento lícito, cumplía y las obras eran perfectas y con buenos materiales. Empezaron la ferroviaria en Buenaventura hasta Cali. En un comienzo hicieron 138 kilómetros, pues a cada momento se paraban las obras por las guerras civiles y el tropel entre godos y liberales. Al ingeniero Cisneros le gustaba mucho el trabajo y se trajo un poquil de paisas: a los Jaramillo y a los González, que los conocía como buenos trabajadores cuando construyó el ferrocarril en Antioquia. Ahí continuó el aumento del impacto ecológico. Unos materiales los traían de Bélgica y los polines los hicieron del árbol de comino, el mangle fino del Pacífico y del árbol de abarco. Se secó ya, pues no sabían de cultura ecológica. Nadie resebró y las tierras donde tumbaron ese poquil de árboles quedaron peladitas. Hoy es un solo peladero, vea.

Mi general Cisneros comunicó a toda Colombia con carrileras, puentes, muelles, túneles y hasta puso a la gente a telegrafarse. Con la trabajiza y los tropes de los politiqueros que no paraban, el ingeniero se fue enfermando, se fue enfermando, hasta que se

lo llevaron grave, grave, para Nueva York y en el año 1898, murió. Los colombianos siguieron trabajando el ferrocarril, soportando los caprichos de los politiqueros y su guerra civil entre godos y liberuchos. Unos decían: “¡Que pase el ferro por mi fincaaa!” “¡Nooo, por la mía, pa que valga más!” decían otros. Que pase por aquí, no que pase por allá, y paraban la obra. Llegó otro cubano, el ingeniero Loboguerrero, bueno también para el trabajo y la polvoriza. Con él se especializaron los yumbeños en el arte de la pólvora. Allí fue que rompieron el cañón del Dagua para que el tren pudiera pasar. En ese tropel viraron el rumbo del tren por Bitaco, pasando por Yumbo. La ruta salía de Buenaventura, pasaba por el puente del Piñal, Córdoba, Loboguerrero, Dagua, La Cumbre, Bitaco, Yumbo y Cali. Era por categorías, estaciones y paraderos.

Terminaron el 5 de junio de 1914 a las 11 de la mañana y La Negra –que así llamaban a la locomotora– asomó su trompísima por el alto del Floral para vigiar la ciudad. Y como cosa rara, los concejales que son buenos para desbaratar cualquier presupuesto municipal, armaron un fiestón para el 7 de agosto, de inauguración. Ese día toda la gente en Yumbo se emborrachó porque el progreso llegó. Oiga, qué progreso, como decía el tío Alfredo. A los indiecitos les quitaron la tierrita y al curita le taparon la boca con dos mil pesitos para que levantara una tapia en el cementerio para que el tren no aplastara a los difuntos.

Con el ferrocarril se desbarataron muchos matrimonios y se armaron otros tantos. Toda la muchachada iba a pasear a las estaciones y a enamorarse. Los domingos se iban de veraneo a La Cumbre porque salía el tren de los enamorados. Después seguían para Buenaventura a conocer el mar. Muchos se quedaron allá, que dizque pa conocer la infinitud y la inmensidad. Decía mi abuelo que el ferrocarril tenía primero cuatro vagones: dos de primera clase donde la gente iba sentada en parejita, y dos vagones de última clase, donde la gente se sentaba en unas bancas larguísimas de madera talada también. Entonces, como quedaba

buen espacio, la gente iba de pie, guindadas de una tubería o de unas cuerdas para no caerse. El vagón de primera costaba diez centavos y el de última clase cinco centavos.

La tripulación estaba formada por el conductor, el maquinista, el fogonero, los freneros, los jefes de estación, el telefonista y la cuadrilla de mantenimiento. Los trabajadores de la ferroviaria hicieron su rancharía a la orilla de la carretera. Estaba la policía de ferrocarril y los polizones que iban de Buenaventura a Cali. La gente que se trepaba al tren era muy elegante y vestían todos de blanco, con pavas, sombreros, bastón, paraguas, chalecos, relojera, mancuernas, botines y vestidos tobilleros, para que les funcionara a los señores la erótica imaginación.

Cuando terminaba la travesía, toda esa gente estaba negrita del hollín del carbón, por eso era tan importante el pañuelo blanco, para limpiarse y distinguirse de color. En los trenes viajaba mucha gente de servicio, don Jorge Eliécer Gaitán –el Negro, como le decía doña Sarita– y el mismísimo Ospina P. con permiso de su mujer y el trabajador de la administración; el escritor de *María*, don Jorge Isaacs, que trabajó en la obra y se pringó de malaria en esas selvas cuando apenas estaba abriendo la trocha pa las mulas. Pero la gente que de verdad sirve no los recuerda la historia. Gente como usted, como el abuelo, los trabajadores que dieron todo como los mejores. Gente de valía, honestos, que no pertenecían a la corrompisiña. Unos, de tanto trabajar quince días seguidos, hoy no pueden dormir y los otros están sordos por la contaminación por ruido. El tren también tenía comedor y una sola cacerola, así que el que tenía hambre debía coger turno porque la cacerola siempre estaba ocupada con los huevitos de algún pasajero. Como el tren pasaba por un poquil de pueblos, cada pueblito tenía su propia comida.

La estación del pandebono quedaba en Guanabanal; en Guacarí el bizcochuelo; en Cerrito las uvas; en Cartago las presas ogadas; en Zarzal la gallina. Al lado del Cauca, pasando por Jamun-

dí, en Guachinté, los muchachos que iban a estudiar a Popayán compraban el aguardiente y de ahí para allá queso, pandebono, panela de guayaba y pescado frito con patacones. La gente no aguantaba hambre. En todas las estaciones había una campana de bronce. Un campanazo, para avisar que el tren sale y dos para avisar que llega el tren. Si sonaban más campanazos era que algún sinvergüenza estaba molestando. El ferrocarril andaba muy rápido. La gente se cartiaba y el ayudante del tren sacaba la mano por la ventana y cogía las cartas que mandaba la gente para repartirlas después. Las máquinas tenían unos pitos de vapor que los hacían llorar para despedir a los difuntos y todavía siguen llorando por la muerte de los ferrocarriles nacionales.

Con el auge de los ferrocarriles llegó a Buenaventura a finales del siglo XIX la familia formada por doña Juana Francisca Quintero Asprilla, chocoana escritora de versos, y José Joaquín Álvarez Micolta, caucano, uno de los primeros maquinistas de ferrocarriles nacionales. El matrimonio tuvo muchos hijos, entre ellos a Patricio Romano Petronio Álvarez Quintero, que nació como pocos con un gran talento y la magia de los genios, con la creatividad a flor de piel y un corazón noble. Petronio no fue a conservatorio alguno. Nació musicalizado, lanzó al mundo el folclor del Pacífico y se immortalizó.

El gran Patricio Romano Petronio Álvarez Quintero, o simplemente Petronio, nació el 1 de octubre de 1914 en la isla de Cascajal, Buenaventura, en la costa Pacífica colombiana. Cuando murió su papá en 1926, Petronio empezó a trabajar desde muy pequeño en el Ferrocarril del Pacífico como aguatero y años después pasó a los talleres. Allí le regalaron un libro sobre mecánica que le permitió tener las bases del conocimiento alrededor de la locomoción y por su natural sabiduría y su gran personalidad lo ascendieron hasta que cumplió su sueño de ser maquinista de la locomotora La Palmera, perteneciente a los Ferrocarriles Nacionales. Hoy es un monumento en el centro comercial Chipichape, de Cali. El

trabajo en el ferrocarril marcó la vida de Álvarez, pues gracias a él recorrió el Pacífico colombiano. “Él manejaba la locomotora poniéndole ritmo a su rodar sobre las paralelas, que acompañaba con sus canciones que se iban con el humo y el viento”, como cuenta Juana Francisca, su hija, historiadora y sabedora de la vida de su papá el gran Petronio Álvarez. Heredó de su padre el oficio de maquinista y también el apodo de Cuco, por su astucia e inteligencia al manejar el ferrocarril y de igual manera deleitaba a sus compañeros con la guitarra. Interpretaba, componía e improvisaba canciones que ayudaban a vender las empanadas de cambray de su madre.

Enamorado del Valle del Cauca, orgulloso de su raza negra, de su tierra natal y de la cotidianidad de sus gentes, se inspira y en 1931 el gran Patricio compone *Mi Buenaventura*, tema que se convirtió en la canción más popular y hoy en el himno del Puerto de Buenaventura. También en honor a su entrañable puerto, crea en 1935 el conjunto musical “Buenaventura”. Era versátil. Compone bambucos, merengues, huapangos, sones, abosaos y jugas, pero fue el currulao, con toda la tradición de sus antepasados africanos, el que marcó su mundo musical.

Compuso “Teresa”, que describe el espíritu machista del negro porteño. En “Roberto Cuero”, el muerto vivo, pone anécdotas y costumbres populares funerarias de la región. “Bochinche en el cielo” muestra sus devociones religiosas. Petronio compuso tangos y milongas inspirados en su admiración por Gardel, por lo que fue llamado el “Gardel del puerto”. La mayor parte de su obra musical es inédita. En 1942, el maestro Petronio Álvarez conoció a Veneranda Arboleda Rodríguez, de Salahonda, Nariño, y después de once años de amañe se casaron en la Iglesia de San Nicolás en Cali.

El deseo de Petronio era que sus hijos conocieran el folclor y la tradición oral del Pacífico por medio de mitos y canciones. Este bonito negro, grande y corpulento, comienza a participar

en reuniones musicales en honor al Pacífico. Petronio Álvarez forma parte de la historia de la bohemia del Cali viejo. Con su guitarra alegraba a sus amigos en bares, cantinas y estaderos, con sus improvisaciones y sus canciones ya reconocidas como “Mi Buenaventura”.

Se había establecido la costumbre de ir a escuchar a cantores y serenateros, pero el cáncer óseo quiso solo escuchar al Petronio, así que lo postró en sus últimos años y le impidió seguir con su vida de bohemio. Petronio “El rey del currulao”, compuso poco antes de morir su última pieza, “La despedida”. Murió el 10 de diciembre de 1966 en Cali a los cincuenta y dos años, heredando su legado musical a la familia, amigos y en general a las gentes del Pacífico. En 1997, se crea en Cali en honor al Cuco el Festival de Música del Pacífico Petronio Álvarez, vitrina del folclor, la cultura y la identidad del litoral Pacífico.

En que se concluye lo  
tocante a la ciudad de Cali de otros  
indios que están en la montaña,  
junto al puerto que  
llaman la Buena Ventura  
(En castellano de la época)

*Pedro Cieza de León*



**S**in estas provincias que he dicho, tiene la ciudad de Cali sujetos a sí otros muchos indios que están poblados en unas bravas montañas de las más ásperas sierras que hay en el mundo. Y en esta serranía, en las lomas que hacen y en algunos valles están poblados, y con ser tan dificultosa como digo y tan llena de espesura, es muy fértil y de muchas comidas y frutas de todas maneras, y en más cantidad que en los llanos. Hay en todos aquellos montes muchos animales y muy bravos, especialmente muy grandes tigres, que han muerto y cada día matan muchos indios y españoles que van a la mar o vienen de ella para ir a la ciudad. Las casas que tienen son algo pequeñas; la cobija, de unas hojas

de palma, que hay muchas por los montes, y cercadas de gruesos y muy grandes palos a manera de pared, por que sea fortaleza para que de noche no hagan daño los tigres.

Las armas que tienen, y traje y costumbres, son ni más ni menos que los del valle de Lile, y en la habla casi dan a entender que todos son unos. Son membrudos, de grandes fuerzas. Han estado siempre de paz desde el tiempo que dieron la obediencia a su majestad, y en gran confederación con los españoles, y aunque siempre van y vienen cristianos por sus pueblos, no les hacen mal ni han muerto ninguno hasta ahora; antes luego que los ven les dan de comer. Está de los pueblos destes indios el pueblo de la Buenaventura tres jornadas todo de montañas llenas de abrojos y de palmas y de muchas ciénagas, y de la ciudad de Cali treinta leguas el cual no se puede sustentar sin el favor de los vecinos de Cali.

No hago capítulo por sí deste puerto porque no hay más que decir del de que fue fundado por Juan Ladrillo (que es el que descubrió el río), con poder del adelantado don Pascual de Andagoya y después se quiso despoblar por ausencia deste Andagoya, por cuanto, por las alteraciones y diferencias que hubo entre él y el adelantado Belalcázar sobre las gobernaciones y términos (como adelante se tratará), Belalcázar lo prendió y lo envió preso a España. Y entonces el cabildo de Cali, juntamente con el gobernador, proveyó que residiesen siempre en el puerto seis o siete vecinos, para que, venidos los navíos que allí allegan de la Tierra Firme y Nueva España y Nicaragua, puedan descargar seguramente de los indios las mercaderías y hallar casas donde meterlas; lo cual se ha hecho y hace así. Y los que allí residen son pagados a costa de los mercaderes, y entre ellos está un capitán, el cual no tiene poder para sentenciar, sino para oír y remitirlo a la justicia de la ciudad de Cali.

Y para saber la manera en que este pueblo o puerto de La Buenaventura está poblado, parésceme que basta lo dicho. Para

llevar a la ciudad de Cali las mercaderías que en este puerto descargan, de que se provee toda la gobernación, hay un solo remedio con los indios destas montañas los cuales tienen por su ordinario trabajo llevarlas a cuestras, que de otra manera era imposible poderse llevar. Porque si quisiesen hacer camino para recuas sería tan dificultoso que creo no se podría andar con bestias cargadas, por la grande aspereza de las sierras; y aunque hay por el río Dagua otro camino por donde entran los ganados y caballos van con mucho peligro y muérense muchos, y allegan tales que en muchos días no son de provecho.

Llegado algún navío los señores destes indios envían luego al puerto la cantidad que cada uno puede, conforme a la posibilidad del pueblo, y por caminos y cuestras que suben los hombres abajados y por bejucos y par tales partes que temen ser despeñados, suben ellos con cargas y fardos de a tres arrobas y más, y algunos en unas silletas de cortezas de árboles llevan a cuestras un hombre o una mujer, aunque sea de gran cuerpo. Y de esta manera caminan con las cargas, sin mostrar cansancio ni demasiado trabajo, y si hubiese alguna paga irían con descanso a sus casas; mas todo lo que ganan y les dan a los tristes lo llevan los encomenderos: aunque, la verdad dan poco tributo los que andan en este trato. Pero aunque ellos más digan que van y vienen de buena gana, buen trabajo pasan. Cuando allegan cerca de la ciudad de Cali, que han entrado en los llanos despean y van con gran pena. Yo he oído loar mucho los indios de la Nueva España de que llevan grandes cargas, más éstos me han espantado. Y si yo no hubiera visto y pasado por ellos y por las montañas donde tienen sus pueblos, ni lo creyera ni lo afirmara. Más adelante destes indios hay otras tierras y naciones de gentes, y corre por ellas el río de San Juan, muy riquísimo a maravilla y de muchos indios a salvo que tienen las casas armadas sobre árboles. Y hay otros, muchos ríos poblados de indios, todos ricos de oro; pero no se pueden conquistar, por ser la tierra llena de montaña y de los ríos que

digo, y por no poderse andar sino con barcos por ellos mismos. Las casas o caneyes son muy grandes, porque en cada una viven a veinte y a treinta moradores.

Entre estos ríos estuvo poblado un pueblo de cristianos: tampoco diré nada dél, porque permaneció poco, y los indios naturales mataron a un Payo Romero que estuvo en él por lugarteniente del adelantado Andagoya. Porque de todos aquellos ríos, tuvo hecha merced de su majestad, y se llamaba gobernador del río de San Juan. Y al Payo Romero con otros cristianos sacaron los indios, con engaño, en canoas a un río, diciéndoles que les querían dar mucho oro, y allí acudieron tantos indios que mataron a todos los españoles, y al Payo Romero llevaron consigo vivo (a lo que después se dijo); dándole grandes tormentos y despedazándole sus miembros, murió; y tomaron dos o tres mujeres vivas, y les hicieron mucho mal; y algunos cristianos, con gran ventura y por su ánimo, escaparon de la crueldad de los indios. No se tornó más a fundar allí pueblo, ni aun lo habrá, según es mala aquella tierra. Prosiguiendo adelante, porque yo no tengo de ser largo ni escribir más de lo que hace al propósito de mi intento, diré lo que hay desta ciudad de Cali a la de Popayán.

(Tomado de *El Valle del Cauca en el siglo XVI*.  
En *Crónicas históricas de la región*  
*Vallecaucana*. Fondo Mixto Fundacultura, Cali 1996).

# Breve historia del Chocó

*Rogelio Velásquez*



## El ámbito geográfico

...Tierra,  
húmeda, pluviosa, desgraciada,  
de pocos naturales, aunque ricos.

*Juan de Castellanos*

En lo que más pondero de los españoles  
no son las conquistas ni batallas con los indios  
sino el trabajo de descubridor.

*Cieza de León*

**E**l paisaje chocoano se caracterizaba por una larga faja tendida del golfo de Urabá a la frontera ecuatoriana. Por un lado, marchaba la cordillera Occidental y por el otro el mar de Balboa con sus esteros y playones, caños y encrucijadas. Al surgir la provincia de Buenaventura en 1923, el perímetro del viejo Chocó se redujo a los límites naturales de la boca del San Juan a la serranía del Darién, del golfo de Urabá a los valles de Curazamba,

Arquí y Murri, a los picachos y sabanas de Frontino y mucho de las planadas de Nore, Sasafiral, Tres Morros Paramillo. En los azares políticos jugaron como principales los cantones de Atrato y San Juan.

En 74 miriámetros de extensión se podían definir zonas diversas. La baja, formada por los cañones de los ríos, tierra de minerales y de alta vegetación. Guayacanes, nísperos, caoba, balso y palmas se entrelazaban poderosamente con bejucos y matorrales. En la maraña indómita habitaba el tigre, el mono, el perezoso. Se arrastraban las serpientes y era la patria del mosquito. Por todas partes se encontraban ranas y lagartos de escalas diferentes, caimanes malignos, peces y aves diferentes.

Plantas y productos vegetales dignos de empresas de consideración tenía ese país desde nuestro territorio. Piñas, cocos y cacaotales se abrían paso en el desierto de los bosques. Plátanos, limoneros, mangos, bálsamos, caucho, cedros, guaduas, vegetales medicinales y de industrias, movían su penacho sobre la selva sin medida. Al pensar en la riqueza que atesoraban tantos seres y especies, se recordaba lo escrito por don Antonio de Arévalo a la Corona en 1761:

*La fertilidad de toda la tierra, que además de dar con abundancia todos los frutos necesarios para la vida, pueden enriquecer habitantes con sus preciosas producciones de oro en muchas minas, cacao, añil, tabaco, café, algodón, cañas dulces para azúcar, palos de tinte y carey, además de ceras de indio y todo género de maderas materiales. Pues si en las mejores colonias que tienen los extranjeros en estos dominios, algunos de estos frutos, que se dan separados de ellas, las hacen ricas de tanto aprecio como en las nuestras hace de tanto aprecio a Caracas el cacao, y la isla de Cuba el azúcar y el tabaco. ¿Qué utilidades no se podrán sacar de esta provincia donde se hallan juntos todos esos frutos, con la facilidad que dan tantos ríos para cultivarlos y conducirlos?*<sup>3</sup>

---

3. Contraloría General de la República, 1943. *Geografía económica de Colombia*. Chocó. Bogotá: Imprenta Nacional.

Las quebradas principales de las costas eran Utría y bahía Solano en el Pacífico, y el golfo de Urabá en el Atlántico. Como índices de conquistas futuras aparecían Cabo Corrientes, Cabo Marzo, Cabo Tiburón, Octavina y Cupica, Nabuga y Limones, Triganya y Sapsurro, en infinidad de puntas rompeolas. Habitantes de esas soledades son los alcatraces y delfines, garzas y ballenas, el viento y el calor, neblina y el juego de olas, el barro y las lluvias y los elementos desencadenados.

A tantos boquetes descienden los ríos del Atrato, San Juan y Baudó, poblados en su parte baja de eneas y juncos. En todos se hallaban planicies extensas y anegadizas, kilómetros de aluviales, balsas de agua con vegetación halófila. En las márgenes, inundadas casi siempre, aparecen la tierra sin humus, débil para las máquinas pesadas. Soledad tan aparente esta, trabajada por el agua que mordía los barrancos rojos o amarillos, por los cantos de los monos y silbidos de las aves desconocidas, por el zumbido de los insectos, por frutas maduras que caen de los tremedales dejados por las inundaciones cotidianas.

La parte superior de los ríos modificaba el panorama. Playas duras, cardos en llamas, azucenos florecidos, carboneros verdes y lozanos. Savia que sube en espiral, ardillas que juegan, micos acróbatas, perros de monte o pericos que rompen la hojarasca. Mientras hierven remolinos y torrentes, se extiende por encima del aire un cielo que por momentos es despejado y luciente, y otras, las más, cargado de turbonadas y electricidad.

Porque en este mundo chocoano las tempestades son continuas, largas y sostenidas. Región de calmas tropicales, de calor constante, sin vientos considerables que refresquen la atmósfera, con evaporaciones que crean nubes que parecen montañas, orina de lluvias acompañadas de relámpagos, rayos y truenos y centellas que se dispersan por el ámbito. Después crecen los ríos, los meandros se aumentan, las quebradas tajan pajonales y los hombres se quedan prisioneros en los ranchos que crujen.

Caldas describió estas precipitaciones con las siguientes palabras:

*Llueve la mayor parte del año. Ejércitos inmensos de nubes se lanzan en la atmósfera del seno del océano Pacífico. El viento oeste que reina constantemente en estos mares, las arroja dentro del continente; los Andes las detienen en la mitad de su carrera. Aquí se acumula y dan a esas montañas un aspecto sombrío y amenazador; el cielo desaparece; por todas partes no se ven sino nubes pesadas y negras que amenazan a todo viviente. Una calma sofocante sobreviene; este es el momento terrible; ráfagas de vientos dislocadas arrancan árboles enormes; explosiones eléctricas, truenos espantosos; los ríos salen de su lecho; el mar se enfurece; olas inmensas vienen a estrellarse sobre las costas; el cielo se confunde con la tierra y todo parece que anuncia la ruina del universo. En medio de este conflicto el viajero palidece, mientras que el habitante del Chocó duerme tranquilo en el seno de su familia. Una larga experiencia la ha enseñado que los resultados de estas convulsiones de la naturaleza son pocas veces funestos; que todo se reduce a luz y agua y ruido, y que dentro de pocas horas se restablece el equilibrio y la serenidad (Caldas, 1808).*

De los 800 a 1000 metros de altura aparece el halo de los páramos. La humedad corroe los objetos de hierro, pudre el cuero, descompone los tejidos de lana y algodón. En la niebla reinante, aparecen los árboles cubiertos de líquenes y musgos colgantes que chorrean agua que humedece las hojas podridas. Encinos o cominos, cedros o palmas, traspasando la hojarasca, se prenden solamente al suelo que lavan los aguaceros, empobreciéndolo para la agricultura. En este medio se destacan los cantones de Atrato y San Juan. El primero estaba situado entre Irachura, en el alto río Andágueda y Castilla de oro, abarcando las crestas del Sinú, los precipicios del León o Guacubá, los cañones de Murri y Murindó, las madrigueras de Arquía. Cerraban el vasallaje los yacimientos del Darién, las rugosas planadas de Chamí y Tatamá y los montes lloroseños.

Correspondía a esta comarca el canal buscado con insistencia por Carlos V y las casas reales de Portugal e Inglaterra. El punto de unión de los océanos que movió las voluntades de Colón, Juan de Solís, Hernán Cortés, Lucas Vásquez de Ayllón, González Dávila, Gaspar de Corte-Real, Vespucio y otros, hacía parte de esa faja de montes que esperaba se cumplieran las palabras de Gómara: “Sierras son, pero manos hay. Dadme quien lo quiera hacer que hacerse puede” (Haring, 1938).

Al sur, colindando con el San Juan, estaba el istmo de San Pablo. Abierto a la navegación de canoas en los días de invierno por el sacerdote Gabriel Arrachatagui y no por Rafael Antonio de Cerezo, enlazaba los cantones y propiciaban el comercio. En sus laderas, entre árboles que sostenían el suelo, se extendían los minerales de San Pablo y Raspadura, los canalones de los Zaas, Mosqueras, Castros y Trespalacios, los bichos venenosos y los tambos de los negros.

La región del San Juan comenzaba en Caramanta y terminaba en el Pacífico. En esta anchura estaban Nóvita, San Agustín, Noanamá, Baudó y Tadó, treinta y siete ríos potentes y quebradas a millares. Por banda y banda indios desleales, peligrosos y corajudos.

Las capitales de estas provincias eran Nóvita, del San Juan, y Citará, de Atrato. Ambas habían nacido sin orden ni concierto con los movimientos castellanos. Colonizadas y dirigidas por los españoles, ideales de orden y justicia, de religión y política eran ultramarinos. Como en las otras partes de América, las migraciones a ellas fueron vigiladas para preservar de herejías y de extranjeros, sin que se escaparan de este esmero el comercio y la navegación, las funciones sociales, la fe y la moral, la legislación y el engranaje administrativo.

Hoces y encañadas fueron vistas o evocadas por viajeros de todas las culturas. Cartógrafos y geógrafos españoles midieron y describieron las costas, desde Morroquemado hasta Santiago en

el vecindario ecuatoriano, desde Cartagena hasta Veraguas. En esta labor se cuentan las distancias de un punto a otro, se miden las hondonadas, se enumeran los ríos, se habla de sementeras. Fieles a la historia y orgullosos de sus corrales, los viajeros, en navíos seguros, cantan las hazañas de los que ganaron para la monarquía tantos arregadizos y montañas, tantas barras de arena, tantas soledades.

Entre los primeros descriptores de los contornos costeros, puede citarse a Alejandro Malaspina en 1790-1791. En su libro *Viaje científico alrededor del mundo*, habla de la despoblación natural del Pacífico. Entre estaciones opuestas, virazones y calmas, en noches inclementes y días despejados, sujeta a observaciones exactas de latitud y longitud las islas del Gallo, las Gorgonas y Buenaventura, Chirambira y Cabo Corrientes, San Francisco Solano y otras abras y ancones.

Fidalgo y Montenegro redondean la visión colonial de la llanura salada. Después, viajeros modernos como La Moyné, Mollien y otros, estudian la carencia de inmigración, la economía estática, la lejanía al interior del país, la ninguna forma cultural de los habitantes. El estado material de la tierra, los usos y costumbres de los hombres, la vida de los indios, la suerte de los deportados, todo fue visto y contado de 1820 en adelante.

Por el golfo de Urabá el capitán de ingenieros Juan Jiménez Donoso, en 1780, con orden del Virrey Flórez, puntualiza las enrevesadas bocas de Atrato, lomas, ciénagas, saltos de agua, cerros y cordilleras de madera, aves y puercos monteses, palmeras reales, trochas de indios cimarrones. Para completar su informe, pide la apertura del río al comercio, corriente que estaba sellada al trato universal desde 1517.

Tres años antes, un funcionario español, cuyo nombre no ha sido revelado, se fijó en el pecho del Atrato. Con precisión y exactitud describió las vegas de Citará y el curso del río, se adentró en los riachos mineros y de estancias, en pueblos que no

crecían por el trato que se les daba. En este trabajo aparecen los tranportes regionales, las cuadrillas esclavas, los nombres de los amos, los indios que creían en las consejas de piratas que, surtos en los pantanos de Riosucio, en los esguinces del León o en los pitales del Porroso, en Turbo o Caimán, ensayaban rebeliones contra la España poderosa.

A distancia, Humboldt se detiene en los vegetales que alimentan los bosques que van de Pasto a Panamá, para preguntarse por el número de los estudiados en las obras impresas, por los descubiertos aunque sin analizar, por los que abarcan, en fin, el globo terráqueo. Habla de la cordillera Occidental que hunde sus espolones de piedra en las fuentes del Atrato, en las costas, en el río San Juan, en Panamá. El tudesco ve el oro de Andágueda, mide la producción total de la comarca, sin olvidarse de los cargueros que cruzan “la humedad constante y lo largo del camino, descalzos sobre la arcilla espesa y cenagosa, pasando a nado profundos torrentes de agua fría, pero siempre recomendables por sus cualidades que los acercan a las bestias” (Pérez, 1959).

Largo sería mencionar otros nombres que se fijaron en el comercio como don Antonio de la Torre Miranda, quien rectificó la navegación atrateña entre Cartagena y Citará; Jaime Navarro, Antonio de Arévalo, Antonio de Guzmán, Barnaldo de Quirós, Carlos de Claurriz, quienes hablan de flora y fauna, del sacerdocio y del Gobierno, de salvajes hostiles y saetas mortíferas, de fraudes a las rentas, reunión de poblaciones, etc. etc.

### *Rodrigo de Bastidas*

La dominación superficial del Chocó correspondió a muchos conquistadores. Intentada por todos los puntos cardinales, arrancó definitivamente de la costa norte, se remontó luego al oriente y al sur, atravesando alta lengua de tierra de la cordillera Occidental. En esta tarea corrieron muchos años, pues las barre-

ras naturales de ríos y montes inhóspitos, la carencia de caballos, la dispersión de los indios y las fallas de la alimentación, fueron obstáculos para vencer con rapidez a los indígenas establecidos en behetrías antes que en gobiernos regulares.

Por los años de 1500-1501 se inicia la tarea. Rodrigo de Bastidas, concededor de las costas de Riohacha, fundador de Santa Marta, descubridor del río Magdalena, Galerazamba, Cartagena, islas de Barú, la Fuente y Tortuguilla, Cispata y río Sinú, apoyado por Juan de la Cosa y Vasco Núñez de Balboa, fue el primero en pisar el golfo Dulce, como llamó al de Urabá Gonzalo Fernández de Oviedo (Fernández de Oviedo, 1944). Conocidos los isleños, caletas y resacas del lugar, dio la vuelta con sus compañeros al puerto del Retrete de donde siguieron a Jamaica.

En esta visita de inspección no hubo refriega con los nativos, ni comercio con espejos, cuentas de vidrio, narigueras y chaquiras. Tampoco hubo requerimientos como los pronunciados en Calanari, discursos que señalaban a los indios sus deberes frente al emperador Carlos V y el papa Alejandro VI. La ceremonia de posesión, emocionante por demás, que se verificaba con las rodillas en tierra y al aire batiente las banderas, cruces y espadas, se pospuso en esta ocasión, tal vez por no despertar la indiada de su ensimismamiento, quizá por olvido o pereza, por la prudencia y discreción del jefe, notario letrado de Sevilla.

### *Martín Fernández de Enciso y compañeros*

Surgen después Martín Fernández de Enciso, Ojeda y Diego de Nicuesa. Encomendados del gobierno de las costas del mar, desde el Cabo de la Vela hasta Veraguas en Panamá, extraerían oro y perlas, frutos y mieles, especies lujuriosas, azúcar y chocolate de las islas que gobernaban. Dando leyes gozarían del Nuevo Mundo. Fundando ciudades vivirían en crecimiento.

Nicuesa en Nueva Andalucía y Alfonso de Ojeda en Castilla de Oro, acabarían con la herejía reinante, con el culto al demonio que se sentía flotar en el reposo y el trabajo en las cosas públicas y privadas en los banquetes y en la muerte.

Fundado San Sebastián de Urabá en 1510, comenzaron las incursiones a los caseríos ribereños. El hambre que se experimentaba en la colonia llevó a los castellanos a cubrirse de hierro, a levantar las espadas, a calentar los fusiles, a dar qué hacer a los mosqueteros. Como respuesta a este aparato bélico se aprestaron las flechas y dardos, los arcos que disparaban en forma horizontal, vertical o sesgadamente, la macana o coa, los gritos, los rostros pintados que ponían pavor a los invasores, los sacrificios y la antropofagia.

Encuentros y sorpresas aniquilaron a los españoles. Sin vino ni aceite ni harina; agotadas las raíces cercanas de batatas y platanares, devoradas las provisiones compradas al criminal de Bernadino de Talavera; en espera constante de Enciso que permanecía en la española avituallando una gran nave; con el cerco permanente de los infieles que no habían dominado los tres franciscanos que oficiaban en el fuerte, sin pólvora ya, vino la rebelión de los soldados, lo turbio del espíritu.

En estas circunstancias, Ojeda se embarcó en la nave de Talavera rumbo a Cuba, no sin antes anunciar que si pasados cincuenta días no regresaba, Pizarro, su lugarteniente, podría levantar el caserío y licenciar los colonos. Ojeda no volvió. Con su muerte desapareció San Sebastián, primera fundación de España en nuestro país, la primera del golfo, la primera población que sucumbió al empuje de los naturales que defendían sus mujeres, sus selvas, sus hamacas, sus dioses y su magia, sus tambores y sus pífanos, sus fiestas seculares y su pequeña riqueza, el deseo de ver el sol sin sujeciones de andar libremente por las jorobas de los cerros.

## *Vasco Núñez de Balboa*

La historia del golfo se llena con las hazañas de Balboa y las felonías de Pedrarias. Cuando el jerezano avasalla con su presencia física, con su fortaleza moral, su contento es viejo, rencoroso, pícaro. Los dos comparten diez años de acontecimientos en esos valles de fuego, de lagunas y pantanos, inclinándose la posteridad por el espadachín de muy “malas costumbres”, según los apuntes de Pedro Mártir de Anglería.

Pedro Arias Dávila, segoviano, de noble linaje, educado en la Casa Real, combatiente en las guerras de Granada, Portugal y África, con sesenta años de edad cuando se le encargó el fomento de Santa María la Antigua, no podía ver con buenos ojos a hombres que abriesen los tiempos a codazos. Individuos como Balboa, de resoluciones rápidas y vuelos sorprendentes, le agriaban el ánimo y lo convertían en envidioso. Calma invertebrada como la de las esponjas y anguilas, odiaba crudamente a los que se mantenían en pie tratando de elevar su destino a planos memorables.

El “justador” desde su llegada en 1514, al frente de 2000 hombres de armaduras vistosas, sedas y brocados, atacó a Vasco Núñez. Tripulante mediocre de Bastidas en 1500, marino errante por los mares de Santa Marta, granjero de fondos ingratos en Salvatierra de Santo Domingo, deudor moroso en La Española, prófugo en las naves de Enciso; amigo de perros alimentados con carne humana, fieras que ahora devoraban indios y ganaban prebendas. Cofundador de la colonia que contaba con más de tres mil indios que sembraban, he ahí el pasado de ese que llenaba su deber con resignación y con grandeza.

Sobre su hamaca de pintas, el antiguo “galán” no olvidaba las correrías del hombre del barril. No comprendía las artes de que se había valido ese Vasco Núñez para hacer trabajar a los indígenas, armar un galeón de diez y siete canoas, bordear el golfo hacia el poniente hasta el feudo de Careta, descansar en la ensenada de

este nombre sin guazabaras lamentables. Dolorido recordaba la manera como 190 españoles y 1000 indios que remaban y cargaban, le habían seguido en silencio.

Ahí estaba el diario escrito por Valderrábano: “Jueves 1º de septiembre, parte la comitiva de Santa María; el domingo, 4, arriba a puerto Careta. Martes 6, se adentra en la selva; el 8 traba amistad con el cacique Ponca que colabora con informes al mejor éxito de la empresa; el 20 se reanuda la marcha para vencer a Quarecuá el 23 en batalla reñida de seiscientos cadáveres” (Carrasco 1944). En todo esto no hay quejas de los viajeros ni revueltas de soldados. Todos van mansos, sugestionados por esas tierras ásperas, por la vegetación impenetrable, por los bosques que se hundeen. Ni la fiebre, ni el calor, ni el hambre, ni los senderos que se cruzan en fila india, ni los reptiles, ni los mosquitos y zancudos, ni el agua de los ríos que toca las axilas, levantan la ira de los caminantes. Tan nobles excelencias de capitán lo preocupaban ciertamente.

Después, la gloria. Entrar al mar que se había buscado desde la llegada de Colón. Entrar primero que Ojeda y Enciso al océano que abriría la comunicación de Santa María con el golfo de San Miguel era fortuna. En realidad, Balboa no había incumplido su destino. Ese mar que jugaba con sus olas salvajes, sin arrugas en su frente azul y que rodaba gozoso como en la primera mañana de la creación, llevaría su nombre. Antes que hiciera nuevas cosas que lo elevasen en la política liberal de España, había que humillarlo, quebrantarlo, matarlo.

Relata el diario también, que en Yariza donde acampa, se oyen voces que pronuncian nombres de soberanos que se tienden hacia el sur.

Señorean las riberas del mar océano, clavados en sus tierras como las espigas. Tienen oro y perlas. Gobernado por el pecado de la riqueza, Balboa, dice el informe, vuelve a las piraguas. Son sesenta. Sin pensar en los vientos, cayos y bancos, visita a Cuquera

y Tumaco a quienes hace jurar obediencia no sin quitarles lo que es suyo. Este enriquecimiento le dolía en la mitad del corazón.

Grande el Adelantado en la victoria, lo había sido también en las derrotas. En los malos pasos de su vida andariega conoció las amarguras de San Sebastián; tenaz, sin cansarse, volvió sobre el río bajo el mando de Enciso. No tembló ante el hundimiento de la vitualla en la punta de Caribana, ni lloró con la muerte de la aldea de Balboa. Conocedor de las vegas, ordenó cruzar el golfo, pasar las bocas de Atrato, penetrar el Tanela e instalarse en los barrancos.

Sí. Definitivamente no convenía este hombre que se emparentaba con la canalla que merodeaba en las bosques por Anayansi, su querida. Ganar la tierra de Santa María había sido bueno, pero no para que la dominase.

Fundar la ciudad, adquirir sembradíos, dominar la raza, meter casas en los puntos altos, levantar capillas y monasterios, tratar de abastecer el poblado sin esperar de La Española, eran obras fundamentales. Pero ejercer el mando que ejercía, entrar al interior y llenarse de oro, tener casa propia, siembra particular, comodidades que lo igualaban al gobernador, eso había que cortarlo de un tajo, perdiendo ante el rey, malquistándolo con el Consejo de Indias o con la tropa del continente.

Ya eran muchas sus andanzas por el Atrato. En viajes sucesivos había sometido a los abraibas, abenamecheis y parte de los abibeibas. Había estado en Riosucio, cuyo nombre puso por el color de las aguas, en Vigía de Curbaradó, en los meandros de occidente y en Sinú, Caribana, Ponca, Pocososa, Comogre, le conocían y le obedecían en ocasiones. Acla, era suyo. En su puño estaban los ríos de Turbo, Tarena, Timumate, Acandía, Cilidonia y ejercía influjo sobre Cana.

Para acabar con él, Pedrarias tenía en su poder el proceso de su fuga de Santo Domingo, la rebelión contra Enciso, la muerte de algunos indios. Enciso lo había acusado a las cortes, ante propios

y extraños. Todo había sido juzgado, ventilado y archivado. Sin embargo, para dar miedo estaban los expedicionarios; Pascual de Andagoya, Jerónimo Vespucio, Juan Díaz de Solís, Hernando de Soto, Diego de Almagro, Sebastián de Belalcázar, Bernal Díaz del Castillo y mil más que por temor o servilismo meterían en cintura al infeliz en caso de alzamiento.

### *Muerte de Vasco Núñez de Balboa*

La carta escrita desde Acla por Andrés de Garavito, proporcionó la prueba que hacía falta. Era una calumnia en verdad, pero valía mucho para los planes de Pedrarias. Embarcarse hacia el sur, levantarse con el Gobierno, librarse de la jurisdicción, apoderarse de nuevas tierras... eso jamás. Estas afirmaciones bien dirigidas daban la cabeza de Balboa que estaba en el mar del Sur, en octubre de 1517, clavando ballenas, visitando bancos perleros, haciendo ondear la bandera del reino entre biruquetes y tumacos.

“Que Vasco Núñez pensaba alzarse contra su autoridad y establecerse por su cuenta en las costas del Mar del Sur; que se jactaba públicamente de amar a Anayansi y que proclamaba que el matrimonio con doña María, hija del gobernador, había sido pura comedia y negocio de conveniencias...” (Hernández, 1956).

El matrimonio con su hija nada le importaba. Se había llevado a cabo por darle gusto al obispo Quevedo y para tener cierta trascendencia sobre el que lo mantenía desvelado. Se conservarían los capítulos matrimoniales para reclamar la herencia y los títulos del ajusticiado. No tendría en cuenta el valor ni la experiencia de su yerno, la buena opinión de que gozaba entre los españoles, los papeles de puño y letra del Rey que le daban a Balboa derecho a las gobernaciones de Coiba y Panamá, los padecimientos del conquistador en los descubrimientos y pacificación, los servicios prestados a los peninsulares, los secretos que guardaba la región

y que el encausado conocía. Vasco Núñez estaba en sus manos y sería condenado.

La maldad triunfó. Llamado con engaño del Pacífico, fue puesto preso con otros compañeros. Sin un solo amigo en Santa María, con las acusaciones juramentadas de Alonso de La Puente, el contador Diego Márquez y el bachiller Diego del Corral, fue ajusticiado. Andrés de Valderrábano, Luis Botello, Hernán Muñoz y Fernando de Argüello, lo siguieron. Balboa fue decapitado no por los crímenes que se le imputaron, sino por la grandeza de haber descubierto un océano, un cauce nuevo por donde irían a transitar, por varios siglos, los pendones de la monarquía.

De Santa María partieron otras expediciones. Unas al golfo de San Miguel, otras a los montes orientales de Urabá, Atrato, a la provincia de Cartagena o al Pacífico. En todas hubo robo de mujeres, oro, combates. Puesto que los capitanes eran castigados si no traían metales e indios en abundancia a la presencia de Pedrarias, los colonos se esmeraban en sembrar de huesos humanos los lugares que recorrían, en incendiar y saquear, en destruir y abusar. El nativo era presentado ante el gobernador cubierto. “De prisiones y fuertes ligaduras, porque después de hechas mil pedazos las ropas y sudadas vestiduras se mordían las manos y los brazos con estridor de dientes y bramuras” (Castellanos, 1847).

Los indios se vencían luchando. Juan de Ayora y Francisco Becerra no volvieron de Urabá con sus malas ganancias. Francisco Vallejo, a tres leguas del golfo vio desbaratar su compañía en balsas y canoas. Ahogados los más, asaetado el resto, volvió a Santa María a contar sus desventuras, a verse degradado por su cobardía y a prepararse para salir a La Española como soldado incapaz.

Balboa mismo, con ser quien era, mordió el polvo en busca del Dabaide. En las orillas del Atrato dejó casi 200 hombres con su capitán ayudante Luis Carrillo. Otro tanto le ocurrió a Diego de Bustamante y Pedrarias, sobrino del gobernador en las serranías

de Abibe, donde la furia de los naturales castigó almas codiciosas y empuñaduras relampagueantes.

Juan Tavira, con 160 soldados, Pizarro, en 1523; Gaspar de Espinosa Gutiérrez de Cárdenas, Oviedo, en 1522; Pedro de Heredia y Francisco César, en 1536; Juan Badillo, en 1537, lucharon con los indios que mataban y morían por no roturar la tierra para los españoles, ni lavar las arenas para las arcas de los blancos, ni moler las cañas para el sustento de los errantes, ni dar las hijas para los ejercicios cotidianos. Lucharon por no ser un juguete temporal en la existencia de los que trataban de aumentar –entre crímenes y heroicidades– el ecúmene del cristianismo.

De Urabá se fue al oriente en “hazaña merecedora del epinicio”, según don Tomás Cadavid Restrepo, se venció a Nutibara, Tone, Nogobarco y Quinunchú y se fundó a Santa Fe de Antioquia; Badillo va a Cali; se conoce el bajo Cauca, las fuentes de muchos ríos y se echan las bases de caminos futuros. Por Murindó bajó el Atrato el conquistador Gómez Hernández entre “salvajes hostiles, saetas emponzoñadas, serpientes venenosas, fieras mortíferas, atmósfera nublada y huracanes aterradores”, como cuenta don Manuel Uribe Ángel en su historia de Antioquia (Uribe, 1855).

### *Pascual de Andagoya (1522)*

Establecidos los españoles en Panamá, comenzaron los recorridos por la costa del Pacífico. El primero en viajar seriamente fue el visitador de indios don Pascual de Andagoya, quien partió al sur en 1522 hasta la provincia de Biruquete.

La relación de sus andanzas le dio fama en la Península. En su escrito hace constar que en viaje de siete días, venciendo naturales y pactando con ellos, llegó a las bocas del río San Juan y regresó a Panamá. Para creer este informe es necesario ignorar los obstáculos de la costa, los vientos y corrientes, los métodos de navegación de la época, las embarcaciones usadas, los apremios

de las tales al entrar en los puertos, la distancia de la ciudad de Pedrarias a la bahía de Buenaventura.

Muerto el licenciado Espinosa, a quien se le había confiado la gobernación de San Juan en 1537, Andagoya pide y obtiene el mencionado territorio que abarcaba desde el golfo de San Miguel hasta la punta del San Juan, según Oviedo, pero que Jijón y Caamaño, citando el texto de la época, enmarca entre “las dichas tierras que hay desde el río San Juan hasta donde comienza la gobernación del Adelantado don Francisco Pizarro inclusive, sin entrar ni allegar a ellas, ni a cosa que tenga descubierta o poblada, o por la espalda de la dicha gobernación, guardéis los límites de la dicha vuestra gobernación, sin tocar en los límites de la gobernación de Cartagena” (Jijón y Caamaño, 1938).

Resumiendo a Jijón y Caamaño, podemos decir que Andagoya salió de Toledo en 1538 y se embarcó en Sanlúcar a principios del mismo año. Pasó por Santo Domingo en 1539 de donde partió con 15 hombres, 40 caballos y algunas municiones, arribando a Nombre de Dios el 24 de junio del año citado últimamente. En Panamá, donde hizo la armada, consiguió 200 hombres y permaneció hasta febrero. De Nombre de Dios sale a reconocer el Cabo Corrientes, pasando a la isla de las Palmas, en cuyo sitio desembarcó. De ese lugar pasó al puerto de Buenaventura, devolviendo su galeón por su mujer y sus criados y por uno de sus capitales y se quedó allí fundando la que llamó Ciudad y Puerto de la Buena Ventura (Jijón y Caamaño, 1938).

### *Francisco Pizarro (1525)*

Con los datos de Andagoya sobre el Perú, Pizarro, confidente de Balboa, celebró con Almagro y el canónigo Luque un famoso pacto para ir los primeros a explorar. Con dos embarcaciones y el piloto Bartolomé Ruiz, salió al mar en noviembre de 1525. Islas de las Perlas, Puerto Piñas, río Birú y Puerto del Hambre es el

recorrido. Navegando hacia el sur llegó Pizarro a Puerto Quemado. Herido y sin alimentos, volvió al norte y recaló en Chichama o Chinchama, de donde despacha a Almagro el oro recogido y espera auxilio. Lo habían vencido los aguaceros, el barro, la falta de vituallas, la conformación de la costa y los indios.

### *Diego de Almagro*

“En busca de Pizarro, dice Agustín de Zárate, don Diego de Almagro, que había quedado en Panamá, hizo otro navío y en él se embarcó con 70 españoles y fue en busca de don Francisco Pizarro por la costa hasta el río que llamó del San Juan, que era cien leguas de Panamá” (Zárate, 1944).

Gómara, al hablar de lo mismo, dice: “Almagro, que por acabar un navío partió algo después, fue con 60 españoles a dar en el río que se llamó San Juan, y como no halló rastro de su compañero tornó atrás” (López de Gómara, 1922).

Si a Almagro corresponde el descubrimiento del San Juan, a Pizarro le tocó el alumbramiento del bajo Chocó, Las Palmas, Buenaventura, isla Gorgona, isla del Gallo, Túmbez. En todo el recorrido se van cuatro años, en los que se roba a los indios, mueren españoles y se vuelve a Panamá, hasta que el jefe decide anclar en la ribera peruana y crear un Estado, una ley, y una iglesia de acuerdo con las instituciones españolas, destruyendo, a su vez, otro Estado, las leyes y las creencias de otros hombres.

### *Melchor Velásquez Valdenebro (1575)*

Del Cauca hacia el Chocó se sucedieron las expediciones. En 1575, Melchor Velásquez Valdenebro, hijo de Buga, noticiado de la muerte de Gómez Hernández, pidió a la Corona el gobierno de los chocoes. Sin esperar respuesta de sus despachos, entró con cien hombres a tierra de los indios coronados y totumas que

moraban en las cercanías, donde fue fundada la ciudad de Toro. Con falsos guías, la excursión recorrió un río mal poblado sin que lograra alcanzar los pueblos prometidos por las lenguas. Después de varias semanas de marcha, Velásquez increpó a los delanteros:

*¿Por qué me habéis mentido y engañado  
usando de tan gran maldad conmigo?*

*¿Trayéndome por ese despoblado  
sin gente, sin labor y sin abrigo?*

*Con gran razón estoy determinado  
a daros duro y áspero castigo,  
para que los demás, con escarmiento,  
enmienden este gran atrevimiento.*

El indio más antiguo le responde:

*Tengo por acertados los engaños  
evitando los daños y los males  
de nuestros naturales y parientes,  
por no dallos a gentes extranjeras,  
y tú mismo hicieras otro tanto:  
usa, que no me espanto de la pena,  
pues, estoy en cadena detenido:  
la muerte yo la pido, yo la quiero  
contento, pues me muero sin ofensas  
y por justa defensa de mi tierra.  
(Castellanos, 1942).*

¡Era la voz de una raza, el espíritu de un pueblo que hablaba sin cobardía para conservar la libertad en la comarca donde había nacido!

Dos años más tarde, Velásquez tuvo conocimiento de los noanamaes. Con setenta compañeros entraron al San Juan donde hallaron pueblos “cuyos caminos eran por el agua”, según Castellanos. Como los soldados no oyesen las palabras del jefe de no coger los sembrados, fueron atacados por los indios que mataron once españoles e hirieron a Melchor Velásquez en un brazo.

Acompañados en los ranchos de ribera, fueron sorprendidos de nuevo. En esta refriega el bugueño fue herido en un muslo. Comiendo tallos silvestres, con veinte soldados muertos y los otros enfermos, arribó a Toro a lamentarse de lo sucedido.

### *Francisco Redondo*

“En 1576, Francisco Redondo, vecino de Cali, recibió el encargo de pacificar y poblar la provincia de los chocóes y los chancos y otras comarcas. En estipulaciones escritas por la Audiencia del Nuevo Reino de Granada, se obligaba a llevar ciento veinte hombres con armas necesarias y convenientes, veinte arrobas de pólvora y otras tantas de plomo, caballos, pertrechos, municiones, bastimentos y demás cosas que conviniesen, y dos sacerdotes para las confesiones y administración de los santos sacramentos.

Jurado por Dios, la señal de la cruz y las palabras de los Evangelios; obligando su persona y bienes muebles y raíces, habidos y por haber; renunciando a sus fueros, jurisdicción, domicilio, vecindad y leyes que pudieran favorecerle” (Ortega, 1954), salió al Chocó a tomar posesión de todas las tierras, indios y caciques de su comarca, a ganar para sí, para sus hijos o nietos repartimientos que produjeran consideraciones especiales y reposo en la vejez.

Pero una cosa piensa el bayo y otra el que lo ensilla. Noanamaes y chocoes, chirambiras, guazúes, tatamias, coronados, tacos y totumas estaban alerta. El brazo y el arco, el veneno de sapos y ranas que mata rabiando, las lanzas de palma y las cerbatanas, las emboscadas, el fuego para arruinar los rancheríos permanecían en los tambos y sementeras, en los sitios de pernocto, cuevas y rastros.

Redondo no penaba en los potrillos veloces que hacen las diligencias por los ríos, en el habla de los bárbaros, en la dispersión de las barbacoas, en los secretos tribales, en la fuerza de las bebidas embriagantes, en el poder de la sepulturas. Ignoraba el

encuentro con un mapa de ríos hondos y sin playas, con vueltas de días, con troncos flotantes donde anidaban las serpientes. El desconocimiento de las cascadas y saltos del Tamaná, de los canales del San Juan, de los círculos intrincados del Atrato, conocidos y navegados por los naturales solamente, llevaban a soñar a este español que buscaba enriquecerse con el oro que lucían las narigueras de los indios.

No se daba cuenta cabal el pacificador quiénes eran los chancos. Ubicados entre Cali, Anserma, Cartago y otras poblaciones, “habían muerto muchos españoles e indios que pasaban por los caminos, robándoles sus bienes. Las depreciaciones que causaban perjuicios al Nuevo Reino y a las provincias del Perú, obligaban a transitar las vías con acopio de gente de que su majestad es muy deservido” (Ortega, 1954).

Melchor Velásquez y otros habían amellado sus armas en estos que no habían sido presos ni tampoco castigados.

De lo ocurrido, dice Castellanos:

*Mas este capitán salió huyendo  
con pérdida de muchos españoles  
que le mataron en algunos pasos  
los bravos defensores de su tierra.*

(Castellanos, 1942).

### *Payo Romero (1540)*

El primer intento de colonización del San Juan lo echó a perder Payo Romero, noble de nacimiento pero avaro y cruel como Pedrarias Romero.

*Tiranizaba los indios cruelmente movido por la sed de oro. Uno de los caciques llamado Tamayo, se había visto obligado a entregarle unos cuantos doblones, pero el ambicioso teniente de Andagoya no se saciaba y le exgía más y más. Un día lo llamó a su presencia, lo maltrató y lo puso preso. El cacique logró escaparse y una vez en su tribu, meditó la venganza. Sabedor de esto, Romero le*

*envió un emisario en son de paz y con promesa de que si volvía a su presencia haría una alianza. El cacique creyó al emisario y Romero tan pronto lo tuvo a su alcance, lo entregó a la ferocidad de sus perros. Esta perfidia recibiría pronto su castigo.*

*La tribu supo de aquella traición y la madre del cacique organizó la venganza. Unos cuantos indios bien taimados, en forma amistosa llegaron hasta el pueblo de San Juan donde vivían los españoles e invitaron al teniente y a sus compañeros a que fuesen río adentro a un sitio donde el oro abundaba. Los colonos cayeron en la celada y se pusieron en camino. Cuando todas las canoas que viajaban se habían alejado lo bastante del lugar y los españoles se encontraban somnolientos y rendidos por el calor, los indios que guiaban las canoas las volcaron todas a un tiempo y en las orillas aparecieron las patrullas de indígenas que se encargaron de no dejar arrimar a ningún español. Hiriéndolos cuantas veces podían con lanzas y dardos. Una vez que terminaron con ellos se dirigieron al caserío, le prendieron fuego y se llevaron consigo las mujeres españolas, de cuya suerte nadie supo más.*

*El hijo de don Pascual, cuando arribó por allí, supo lo sucedido de labios de un soldado, único sobreviviente de la espantosa tragedia y aterrizado abandonó la colonia en dirección a Panamá, con ánimo de no volver por aquellas tierras (Contraloría General de la República, 1942).*

### *Diego Martín de Ávila (1596)*

En este año de 1596, Diego Martín de Ávila, vecino de Ansermanuevo, deseoso de unir su nombre al de una gobernación, buscó el suelo tamaneño. En el trayecto, los poderes escritos se vieron amenazados por el clima, por los insectos que llenaban el aire, por las víboras que rastreaban, por los tigres y osos, por las días sin sol, por el hambre que se calmaba con raíces, por las flechas envenenadas que zumbaban y por las tempestades que sacudían el piso de la naturaleza (Arroyo, 1907).

Corrido el Garrapatas en la balsas y canoas, cateadas las orillas con bateas circulares, se echan las bases del pueblo de San Agustín de Ávila, hoy Sipí, aldea que no subsistió por la brega de los noanamaes que ya habían arrastrado y convertido a pavesa el puerto de Buenaventura, a Paya y Tatamá, y amenazaban continuamente a Citará y Lloró que empezaban a ser eslabones de convivencia y de rutinas civilizadoras.

# Texto original de fray Adrián de Santo Tomás, misionero entre los cuna en el siglo XVII (Ortografía del castellano de la época)



## Antecedentes míticos

Dios sobre asiento de oro, vestido de oro.

La religión que profesan estos yndios, es llena de supersticiones y blasfemias: aunque todos en comun dicen, y creen que hai Dios en el cielo sentado en una cana o banquillo de oro, vestido de oro y plata: su cuello/manos y pies adornados de corales y chaquiras. Su sombrero de plumas, su hamaca, en donde duerme, tejida de oro, su casa fabricada de oro y plata, y adornada de espejos: en su servicio tiene solo yndios del Darien, que de quando en quando le llevan en totumas de oro comida y chicha: ignora del todo lo que pasa en este mundo, hasta que muera uno de estos yndios, que en va derecho al cielo, y le informa todo lo que ha sucedido hasta entonces. Por su regalo le da un vestido, hacha y machetes para que roze, y trabaje en sus platanares, y demas sementeras. Los mandamientos, o leyes, a que estan

obligados en vida, son tres. El primero: no matar yndios de sus parciales. El segundo, no robar a alguno de sus naturales sin gravísimas causas, o necesidad. El tercero y último, no hurtar mujer que esta casada a su ley, ni violar Doncella si no tiene animo de casarse con ella; pero matar y robar a los españoles no tienen por pecado alguno, antes bien por obra buena, y acción heroica. En diciendoles que todo quanto hai en el mundo y cielo crió Dios, y todo que tenemos viene de Dios, o sea maíz, platanos, yucas, puercos, gallinas, peces, etc., o sea ropa, o herramientas siempre riyendose responden, que ellos estan rozando, sembrando, monteando, pescando y trabajando, para tener dichos frutos, y criando puercos y gallinas para comprar ropa, y herramienta. Dios no les roza, siembra, etc. ni les limpia sus platanales, ni les da ropa, ni herramienta, sino ellos mismos a fuerza de su trabajo la han de ganar. No obstante es muy común entre ellos, que los españoles tienen su Dios aparte, quien tiene mucho mas afecto a los suyos, que el suyo a ellos; porque les da ropa, herramientas, oro, y plata, y les enseña/leer, y escribir, oficios, etc. Ofrece a veces, dicen en el cielo pelea, o riña entre estos dos Dioses, y las mas veces vence el de los españoles a el de los yndios, y aquel por vengarse embia entre los yndios pestes de viruelas, alfombrilla, u otras enfermedades. Qualquiera desgracia, que les sucede, atribuyen al Dios de los españoles, por estar a veces muy bravo contra los yndios. Si se les pierde un perro, puerco, gallina, etc., luego dicen que el Nia (criados del Dios de los españoles) se le havia llevado para su amo. Tienen estos errores clavados en su imaginación de suerte, que parece, solo Dios por milagro puede quitarselos: aunque por todos lados quedan vencidos, con todo eso no es posible reducirlos. La causa de esta su secta, y pretinencia en ella, son los Leres, a quienes dan tanta estimación y crédito, como los christianos a los prelados de la yglesia; pues son sus sacerdotes, médicos, y jueces, y lo que enseñan, o dicen, está tan autorizado, como cosa infalible.

Creían que el sol, enojado, les quitó el privilegio de sustentarse por el olfato. “Su origen dicen ser el más noble de todas las naciones, y que un mohán siendo muy querido del Sol por sus buenas obras, les prometió un hijo para cacique y solo esperaba el consentimiento de ellos”, y habiéndolo aceptado, llegaron dos hermosos niños, que tuvieron todos los cuidados. “Por muchos años, los niños se sustentaron con el olfato de los manjares que les ponían, dejándolos sin jugo, y el vientre lo purgaban por el ombligo. Siendo grandes los casaron, mas ofreciéndosele ocasiones al niño se casó con otras muchas mujeres, y a la hermana con un indio natural de esta provincia; por esto el Sol, enojado, le quitó el privilegio de sustentarse por el olfato y le hizo igual a los demás en el comer y purgar el vientre por la vía ordinaria, lo cual lloran por no haber guardado este cacique, de quien ellos descienden”...

### *Vías de comunicación y comercio chocoanos*

Los caminos han sido las ventas de la cultura humana.  
Caminos del desierto, caminos de selvas y de los altos montes,  
todos han llevado los conocimientos humanos de uno  
a otro extremo del mundo.

*Enrique de Gandía*

La comunicación del Chocó con el mundo exterior fue siempre precaria. Colocado entre mares violentos, ríos numerosos y cordilleras desmedidas, los habitantes tuvieron que usar las trochas indias que no se habilitaron para el comercio regular que requerían las minas y poblados nacientes, por desidia del reino o mala fe de los primeros gobernantes, por temor a los piratas, privados y corsarios que navegaban los mares bajo bandera protestante.

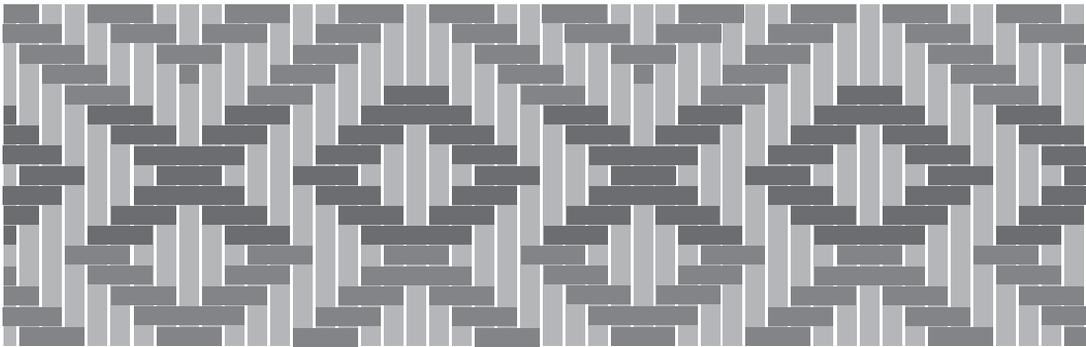
Sin embargo, por estos senderos abruptos que recuerdan por su similitud los de la provincia de Quito que conducían al Amazonas: “ásperos, escabrosos, de montañas espesas, peñascos

elevados, valles hundidos, laderas estrechas, derrumbos, cerros nevados, páramos, precipicios, soledades, ríos que vadear, puentes que pasar, quebradas que seguir, ciénagas, lodo y espinas que pisar, aguaceros casi continuos que aguantar, todo a pie, de seis, diez, quince y veinte días de largos, sin otra esperanza de víveres que los que se llevaran cargados en los hombros hasta llegar a los puertos y embarcaderos” entró la civilización occidental a tierra de chocoes, se hizo la historia y se redondeó la geografía de Colombia y del Continente.

Para darle orden a este capítulo, vamos a tratar las vías comerciales de la región partiendo de sur a norte. “Resbalándonos de raíz en raíz, enterrándonos en los barrizales, agotándonos en una gimnasia permanente y empapados por la lluvia que no cesa de caer”, partiremos del San Juan, río que llevaba al mar, a Guayaquil en quince días y en veinte a Lima y el Callao. Los traficantes de esta ruta llevaban abundantes vituallas, entre las que sobresalían la carne de cerdo seca al humo, plátano y maíz, barriles de vino.

(Tomado de *Fragmentos de historia etnografía y narraciones del Pacífico colombiano negro*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2000).

# LITERATURA





# Sonatina para dos tambores

Carlos Arturo Truque



No era cosa para dormir esa noche. Allí en el mismo cuarto, Na tres metros, tal vez menos, estaba Damiana con los fuelles, como dos hilachas. Lo malo era que el viejo vagabundo de míster Sterns llevaba tres días de andar como una cuba<sup>4</sup> de una orilla a otra del río engarzado en cuanto currulao<sup>5</sup> sonaba. Con él no valía nada: mientras hubiera una juga, ya las patas se le iban alistando solas.

Y las fiestas de la patrona de Santa Bárbara del Rayo vinieron a caer a tan mala hora, precisamente cuando la Damiana ya no podía con el aire.

Ese era el asunto: que a la mujer le dolía el aire y lo cogía por la nariz, para que le saliera otra vez por los fuelles con un sonido de conuno<sup>6</sup> retemplado. ¡Qué carajo! ¡Y ya tenía tres años de estar en las mismas!

---

4. Dicese de quien anda muy ebrio.

5. Baile de origen africano que se conserva en estado de pureza. Es la imagen en danza de la persecución que hace la hembra al macho y viceversa. Tiene marcado sabor sexual. Hay variantes como el patacoré, la juga y la guabalarga, que solo se distinguen del tronco por las diferencias en los tiempos.

6. Tambor pequeño.

—¡El ahogado, Santiago...! ¡El ahogado!

Y luego era el frío. Siempre tenía que tener frío, con ese sol de candela que mi Dios le había dado a Santa Bárbara de Timbiquí. Y por la noche, frío también.

Ella temblando, mientras él, con el cuerpo que parecía mel-cocha<sup>7</sup> de lo sudado, daba vueltas en la cama, sin poder dormir, desnudo y tocándose el cuerpo grandote con ganas de hembra. A veces salía a la azotea y se tendía en el piso fresco boca arriba a contar el cielo estrellado, estrella por estrella, hasta que los ojos le dolían. O hasta que ella, desde dentro, decía con voz ronca:

—¡El ahogado, Santiago...! ¡El ahogado!

Entonces entraba y se paraba, sin atinar a qué hacer, al lado de la cama de su mujer. Desde la oscuridad lo miraban sus ojos brillosos y oía, amplificadas como si los tuviera dentro de las orejas, los estertores, los tumbos y retumbos de los pulmones, que soltaban el aire. Lo que no podía entrar muy claro era lo del frío. Ella siempre se quejaba del frío, pero cuando le tocaba el cuerpo estaba este perlado de sudor y tan caliente como los pedracones del río a la hora de la siesta.

Míster Sterns, al referirles lo del frío, meneó la cabeza de un lado a otro y exclamó: “Very bad”. A Santiago hasta le extrañó que hubiera dicho very bad, porque siempre le parecía que estaba very good. Pero, por las dudas, y para hacerse más claro, agregó: “¡Mucho malo, carajo!, y le hizo la promesa de llevar a la Damiana en su lancha hasta Buenaventura. Y lo hubiera hecho, de seguro, porque era hombre justo como una balanza, si no se atraviesan las fiestas y se rellena la panza con biche<sup>8</sup> y tapetusa,<sup>9</sup> que por esa época corrían como ríos por las calles de timbiquí.

---

7. Dulce de panela espeso y elástico. Más apropiado sería describirlo como semisólido. Esta particularidad lo hace pegajoso no solo en los dientes, sino también en los dedos. En verdad solo se trata de panela blanqueada.

8. (También viche): aguardiente de color verdoso.

9. Aguardiente de color blanco. Como el anteriormiente citado, su producción es de contrabando. Lleva este nombre porque los nativos generalmente tapan los calabazos en que lo trasportan con tusas de maíz.

“El ahogado, Santiago... ¡El ahogado!” la oyó. No hubiera podido dejar de oírla, pero no había nada que hacer. Tenía que llamarlo precisamente a él, a Santiago, que era tal vez el único que no sabía hacer nada en casos como ese.

Eran tres años ya de estar oyendo las mismas palabras con el mismo tono ronco; eran tres veces trescientos sesenta y cinco días de oír un conuno y una tambora sonándole por las noches dentro de los oídos.

Era ya mucho tiempo de estarse toda la noche quieto y despierto contemplando un cacho de luna por entre el claro que dejaba la chonta<sup>10</sup> y la palma tejido del techo.

Eran muchas las noches de estar pensando en los senos duros y el cuerpo cimbreante de la otra Damiana, la que baila sus buenos patacorés y sus buenas jugas y currulaos en otras lejanas fiestas de “la patroncita contra el rayo”.

Muchas noches, no lo podía negar. Dejó que acabara el asunto de una vez. Tal vez fuera mucho mejor que el aire no entrara en esos fuelles de Damiana, sobre todo cuando le bailaban sus buenas ganas de pisarle el ala a Guillermina, una negra reidora que poco a poco se le iba volviendo “el tormento de sus tormentos” y que aunque no le había dado un besito, lo traía más alzado que una nube y mas golpeado que tambor de día de Reyes

–¡Jey,<sup>11</sup> vos, Guillermina! ¡Jey vos...! ¡Jey vos...!

Y ella, con el cuerpo liso, las tetas de natilla fresca, yéndose de las manos, saliéndosele de la picazón del deseo, de la desazón de macho alborotado que le ponía como un tubo metálico en la garganta, sin saliva:

–¡Tate,<sup>12</sup> vos, con tu arrechera! ¡Barujo, con el lambido.<sup>13</sup> ¡Se lo vo a decí a Ramiana!

---

10. Palma de durísima corteza y muy resistente a la humedad.

11. Exclamación que bien puede decir “¡Eh!”.

12. Del verbo estar (en arcaísmo).

13. Muy atrevido, en sentido de sexo.

—¡No le recij nara, cadajo!<sup>14</sup>

Y otra vez a buscarla. Otra vez “el negro lambido del Santiago”, con la boca seca de siempre que le daban ganas, buscando que no podía darle su Damiana, que tenía los fuelles como dos hilachas.

—¡Los conunos, cadajo, los conunos! —se dijo Santiago al oír el run run del otro lado del río, donde debía hallarse ahora borracho míster Sterns, su patrón, que le había prometido llevar a Damiana hasta Buenaventura, a ver si todavía era hora que le quitaran ese ahogado.

—¡Los conunos, cadajo, los conunos!

Así no era caso de dormir. Y menos Santiago que al oír tambores se le iba el cuerpo entero detrás. Allí mismo en la cama, le estaba picando ya el cuerpo. Era como si lo hubieran levantado de repente por dentro.

—¡Ese run run, cadajo, ese run run!

No; con eso no podía dormir; ya no eran los tambores de la Damiana solamente los que no le dejaban pegar los ojos. Ahora eran también los de afuera, los de verdad que tocaban en el baile de Santa Bárbara, abogada contra el rayo. Era el aire que se iba creciendo de tambores, marimba y guasás; era el maldito patacoré el que se metía en las orejas y se le enredaba en las patas del diablo, que no querían estarse quietas. Era la boca, su misma boca, diciendo pasito eso de “er<sup>15</sup> patacoré, que se va a caé... que se va a caé... que se va a caé...” mientras el cuerpo era una urticaria, sin reposo, prendido del ritmo que soltaban del otro lado.

—Ese run run, cadajo ese run run —se dijo nuevamente por decirse algo, preguntándose al mismo tiempo si míster Sterns, su patrón, estaría o no estaría en la fiesta, y si amanecería en condiciones de manejar la lancha y bajar a Damiana hasta Buenaventura. Se preguntó si no estaría ya a esta hora tan borracho que

---

14. “Recij nara, cadajo”. Deformación muy en boga que tiende a sustituir la “r” por la “d” y viceversa. Tal el caso de “codazón” para expresar “corazón”.

15. El. Se sustituye la “l” por la “r”.

se hubiera olvidado hasta de hablar inglés, pues el castellano no le había entrado nunca. “Ya ha de estar bien mariao”, se dijo con bastante convencimiento. “Mañana va a amanecer con la cabeza en otra parte y no le pasará por ella que tiene que llevarse a la mujer al puerto, a que le quiten ese ahoguido”. “Sería mejor que le recordara...”

Pero, lo de ir no era para decirle nada. Era que sabía que allá andaba la Guillermina, de falda almidonada, los senos parados como dos cucuruchos. Lo que pasaba era que le iban subiendo unos deseos locos de ir a verse con ella para sentir el cosquilleo que sentía cuando las tetas grandotas le retemblaban al bailar la juga y el patacoré. Lo mismo había sido al empezar a guiñarle el ojo a la Damiana, que tuvo, quién iba a creerlo, unos sueños de ¡ay, señor de mis pecados!, brincones e inquietos como guatines que le hacían cosquillas en el pecho por entre el lienzo acartonado:

–¡Jey, vos, Damiana...! ¡Jey, vos...! ¡Jey, vos...!

Pero ella, el cuerpo fullero, endiablado jugándole al toro esquivo, dándole sus quites con la enagua, mientras él correteaba bajito, extendiéndole los brazos como si fueran alas, sintiendo en la nariz el olor sabroso de la hembra sudada.

–¡Jey, vos, Santiago! ¡Jey vos, Santiago...! ¡Jey, vos...!

Ya no podía más. La sabrosura esa de los tambores se lo estaba tragando. En la misma cama lo tenía cogido como de una mala calentura. Sentía la picazón subiéndole de las plantas a la cabeza:

–¡Ese run run, cadajo, ese run run!

No había modos del sueño oyendo la cosa esa. La Damiana iba subiendo sus tambores; pero los de afuera parecían haberse vuelto locos. Eran de un ritmo apretado, casi sin intervalos. Quizá le fuera mejor en la azotea, tendido sobre la guadua humedecida por el sereno, libre de la sensación de hallarse enmielado que lo invadía cuando estaba en la cama. Y lo peor, que allí era el empezar a acordarse de la Guillermina y de que hacía tanto tiempo que no dormía en la misma cama con Damiana. No sabía si fue antes o después de eso que empezó a gustarle la otra; pero de seguro que

tuvo que ser después, porque la Damiana era toda una hembra, antes de que empezara a convertirse solo en ojos y tiras de piel que colgaban, tronco de negra abajo, un diablo para aguantar los envites<sup>16</sup> quedándose tiesita, moviendo solo las nalgas anchas y los senos robustos de calabazo. Y él, vuelto el patas, dándole aire con el pañuelo yéndose de frente, en firme, y parandose seco, mientras la tambora, los conunos, los guasás y las cantadoras iban trepando el baile a la nota más alta: “Er patacoré, se va a caé...”. Después era la voz de la vieja Pola la que quedaba arriba solita en ese último “que se va a caé”, serena como una cometa en el cielo tranquilo de los agostos de la infancia. Y desde allá, bajando por las sordinas que le hacían los cueros templados de la copla bonita: “Si el mar se volviera tinta, y los peces escribanos, no alcanzarían a decirte lo mucho que yo te amo”.

Y mister Sterns, con una botella de tapetusa en la mano, de una pareja a otra repitiendo en su español desastrado: “¡Mucho bonito, carrajo, mucho bonito!”.

Eso era lo que no le daba paz ni le concedía tregua. Ya eso andaba en su sangre sin saber desde cuándo. Esa era la sabrosura que no podía aguantar el negro lamido del Santiago, que tampoco resistía la sabrosura de coco fresco de la risa de Guillermina, saliéndose como pez asorado por entre el ala cuando ya la tenía casi pisada.

—¡Dejá a ve, negro lambido! ¡Barujo y vos con tu calentura!

Y así, lo dejaba plantado con un temblor extraño y algo como un vahído llevándose a la cabeza, mientras en la boca se le amontonaba la baba espesa como engrudo de zapatero.

—¡Jey, vos, Damiana! ¡Jey, vos, Damiana!

Pero no. No era asunto de contar ahora con ella, tendida allí en el mismo cuarto, luchando con el aire, con los fuelles como la bandera que trajo el coronel García del combate del río Telembí.

---

16. Parte inicial del currualo y sus afines. Muy galante, pues el macho reta a la hembra a la danza con mil figuras y con la ayuda de un pañuelo, pero esta se hace la desentendida hasta que cambia el compás.

—Ese run run, cadajo, ese run run —dijo pasito, extrañado de que la mujer no se hubiera vuelto para decirle como acostumbraba cuando ya materialmente sentía que se le iba el aire y le faltaba el resuello:

—¡El ahogado, Santiago, el ahogado!

La desesperación era tan grande en él como en ella. Por ese motivo deseaba que la cosa acabara algún día, repentinamente. Sí, que se le fuera quitando el viento despacito y dejaran quietos al rostro amarillo y a los ojos como pozos, escondidos en las honduras de un abismo. Tal vez si sucediera, no tendría que estarse de noche dándole vueltas al cuerpo sudoroso o mirando al cielo por entre los agujeros de la paja del techo, mientras el sexo “verraco” se encabritaba pidiendo la hembra que se le había comido los malditos fuelles y que no tuvo tiempo de gozar por completo.

En esto se dio cuenta de que algo le faltaba de afuera y que se había quedado lelo con los conunos de la Damiana. Pero el cuerpo le seguía lo mismo de temblón, lo mismo de hambriento: igual a esa noche que no aguantó más y fue hasta la cama de la mujer y le metió las manos entre el pecho, para encontrarse solo con dos vejigas que colgaban como nido de oropéndola y que ya se le escurrieron por entre los dedos.

En esa ocasión pensó, sin saber por qué lo pensaba, que esa no era Damiana; o que era ella misma sin cuerpo, sin el occidente que lo urgía y le hacía brillar los ojos como candelillas.

—¡Jey, vos, Guillermina! ¡Jey, vos, Guillermina!

¡Jeeey, vos...! Ya era lo que siempre que al nombrar a Guillermina, la confundiera con la otra Damiana, con la Damiana hembra, total, que una vez tuvo bajo el cuerpo ni se sabe cuántas madrugadas, después de arribar de una juga, ebrios de tapetusa, las carnes asadas en el “patacoré, que se va a caé”, con los pies hinchados de marcar compases e irse de medio lado tras la hembra escurridiza, de ademanes de “quiero y no quiero”.

Y por allá volvieron a prender conunos.

Primero le fueron dando bajito, como ronroneando, tal cual si el conunero le diera miedo de lastimar el cuero. Luego, subió el tono y marcó recio, porque empezaba la tambora grande y se prendía la marimba y se desgranaban los guasás: ¡qué carajo!, ¡quién estaba por dormir con ese pre en la oreja!

Y se fue incorporando lentamente. No era cosa de permanecer quieto en esa oscurana, viendo y no viendo, lo del otro lado. Era mil veces preferible estar en la azotea, tendido en el fresco, con la oreja abierta al rumbo de los patacorés.

Por allá sonaba la voz de la vieja Pola y esa marimba que le iba haciendo abrir la puerta sin ruido.

Así, sabroso, regustado el ritmo pícaro desgranado por los guasás; así, moviéndose en círculos, como sobre un tambor; así, con la sangre corriente, llevándose bien lejos, hacia atrás, donde ni memoria había.

Él, allí, dándose su gusto, tirando de los compases como de una cuerda, diablo de negro mandinga, con la boca como brasa “del patacoré que se va a caé”, se iba sintiendo mejor. Y allá en la tiniebla, la Damiana con su aire y sus pulmones que no daban más, sorbiendo espeso, sacándoles un último lance a las manos para sus dos conunos flácidos, que apenas vibraron un postrer compás antes de quedarse en paz, privaditos. Solo simples cueros, sin aire posible ni dolor probable.

Quizás no lo supo nadie. Tal vez fuera en el momento que un gallo con su pico llegó a las crestas del alba; o cuando la voz de la vieja Pola se quedó allá arriba trepada y serena como una cometa de cualquier agosto de la infancia, y, por entre la sordina de dos conunos reventados, bajo una copla reventada.

¡Quién sabe!

(Tomado de *El día que terminó el verano y otros cuentos*. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá. 1973).

# La mina del Ambiyaco

*Guillermo Edmundo Chaves*



**M**ina del Ambiyaco, en las solitarias vertientes del Güelmambí  
Ma treinta horas canoeras de Barbacoas.

Trasiega la selva un sopor letal, húmedo y denso como el vaho de una caldera. El aire inmóvil reverbera en espejismos de bochorno. Se ahonda una quietud de estanque turbio que solo a veces se conmueve con el apagado rumor de un torrente que cae detrás de una lometa de barrancos.

Unos balsos gigantescos hacen fluctuar la sombra marcando la pesadez del tiempo sobre los desolados playones. Al fondo, dos bohíos encenizan la selva. Reptan millonadas de insectos. La hora es profunda, viscosa y lenta como el tufo de los cenagales.

Ernesto, tendido cerca al río, no es sino otro punto de quietud en la letargia de la hora. Allí está desde hace dos semanas, en un ejercicio de voluntad como jamás lo ha tenido; desfallecido a ratos, superándose a veces y sumiéndose en una inconsciencia de sueños por donde apuntaba ya, como en aquel instante, el proceso de la fiebre.

Hubo un movimiento de vida.

–¡Casilda! –voceó el minero apareciendo–. Te traés otro poco de quinina para el blanco que se nos va a enfermar.

Ernesto levantó la cabeza y fijó los ojos en la negra que cruzó, en un escorzo de arco, de un matorral del monte a uno de los bohíos. Don Ezequiel se acercaba y el tedio sofocante se fue esparciendo un poco con el diálogo corrido y evocador.

–Se toma otra quinina, niño, que lo veo medio maluco. El zancudero de la noche es bárbaro y hay que precaverse antes de que le sacudan “los fríos”.

Encendieron un cigarrillo. El humo se quedó como inmóvil frente a sus ojos. Callaban. El viejo volvió a hablar.

–Usted está muy raro, don Ernesto, y yo estoy creyendo que la muchacha que se fue en La Goritzia para Tumaco lo tiene embolatado.

–No hay tal don Ezequiel. La conocí solo de paso en el campamento de mi hermano. La llamaban la Molinera y era una real moza como se ven poquitas en nuestra tierra. Claro, me intrigó su viaje; pero la impresión fue demasiado fugitiva. No crea, yo no me enamoro así no más.

En efecto, cuando Ernesto y don Ezequiel se embarcaban en Barbacoas para su viaje, partía la lancha Goritzia hacia Tumaco. Cuatro días se habían demorado en el puerto en distintas diligencias y en el momento en que la canoa del minero principiaba a separarse de la orilla, desatraco también la Goritzia entre el vocear jacarandoso de la negrería.

–Esperamos a que se adelante –le había advertido don Ezequiel–. No sea que nos coja el remolino.

El vaporcito se abrió en el río. Desde la pequeña cubierta los pasajeros saludaban con sus pañuelos. Y allí, entre ellos, iba la Molinera. Ya no flameaba el pañolón sobre sus hombros, ni le emperejilaba el refajo típico.

El calor había cambiado su indumentaria y abstraída y remota se fue alejando con el barco sin aperebir la presencia de Ernesto.

Luego este se había preguntado varias veces por la razón incógnita de ese viaje que confirmaba las palabras que al despedirse le dijo la muchacha. ¿Qué pasaría en el campamento?... El viejo, que había advertido su preocupación, nada le dijo por el momento. Mas, ahora, por distraerlo le hacía la evocación de la escena. Comprendía que el clima y el trabajo rudo estaban minando las fuerzas de Ernesto; pero, como estaba en su casa y lo apreciaba, no se atrevía a objetarle nada. Buscaba distraerlo, y a veces también lo inducía a que trabajara.

–Vamos, don Ernesto, que ya va calmando el sol y podemos “batear” otro ratico. Hoy tiene que completar otra onza de oro. No olvide que mañana es domingo.

–¿Domingo?... Ah, sí. ¡Vamos!

Y con el agua a media pierna, hundieron las bateas en el légame arenoso. Las levantaron sesgueándolas para hacer caer parte del agua y así volvieron a la orilla.

Después siguió la labor silenciosa, monótona. De rodillas, casi siempre, sostenían la batea medio arrimada al cuerpo y meciéndola, iban desplazando la arena con el agua que renovaban una y muchas veces. Poco a poco, tras de un largo bateo, quedaba en el fondo la arenisca gruesa entreverada con minúsculas pepitas de oro, según la riqueza del material. Durante la labor la cabeza tenía naturalmente que inclinarse. El cuerpo llevaba un balanceo leve. Y los ojos seguían el ritmo del agua que agitaba turbionadas de arena, y que ya esclarecida iba reflejando el cielo.

–¡Están pescando estrellas! –pensaba Ernesto cuando vio por vez primera en las playas de Barbacoas, ya al crepúsculo, el grupo abigarrado de las bateadoras.

–Morena –decía–. Vendeme ese cielito.

–Er cielo no se compa, pué. Mirá er serrano lo que ta diciendo...

Era bello el paisaje del laboreo en los playones barbacoanos. El río Telembí, como otros ríos del litoral, es de aguas clarísimas; y su lecho, en extensión de kilómetros de arenas de corrido con

repuntes de oro. Ríos milagrosos aquellos, alucinados entre la maraña, chita de riqueza soberbios de leyenda y de abandono.

Cimbreadan los cuerpos elásticos de las bateadoras. Las canoas cruzaban como flechas rizando con estrías de luz el agua esmeraldina. El sol retocaba euritmias de bronce en los torsos desnudos de los cargadores.

Toda esa poesía de paisaje empujó a Ernesto hacia la mina. Se decía a sí mismo, para alentarse, que la del bateo es una labor cuyo don bien puede alzarse en las manos lavadas. Y aunque pensó también en la enfermedad y en el azoramiento del clima, la pérdida de los cincuenta pesos que llevaba para instalarse en Tumaco acabó por decidirlo. Fue aquella pérdida en una ruleta del puerto, donde en busca de impresiones nuevas entró una noche. Jamás había jugado, pero lo encandiló la suerte de un serrano que estaba amontonando billetes. Botó un peso en el tapete y al punto lo dobló. Luego, otro y otro. Al fin se mareó de ambición y en un apunte adverso jugó todo lo que tenía. De esto nada le dijo a don Ezequiel. A él le habló con palabras que lo entusiasmaron por su ardentía.

—Definitivamente me voy con usted. Esto va a ser extraordinario. Más tarde diré que fui minero y que viví en lo más hondo de la manigua; que vadeé ríos y me enfrenté a las fieras... No me creerán, pero quizás algún día escriba páginas estremecidas donde viva el recuerdo de todo esto.

—Muy lindo, muy lindo, pero todo ficciones —exclamaba el viejo—. Ya verá la realidad. Es dura. Pero me encanta llevármelo. Tenemos buen plátano en el rancho como para no morirnos y de aquí llevamos otras pendejadas. En el aluvión que tengo hay como tres veces más oro que aquí. Bueno, así es el trato: el oro que saque es suyo y quien va a ganar soy yo con su compañía. Este es un gran día, don Ernesto. Si será que cumpla años y usted de fregado no quiere avisármelo...

Y animándose así, siguieron por el río selva adentro, camino del Ambiyaco.

El primer día se le desollaron las manos, pero aprendió a escoger los fondos de arena más propicios. El tercer día casi no pudo agacharse por el dolor en los riñones; mas, con recia voluntad, se enfrentó a su trabajo y las llagas de sus manos fueron esclareciéndose poco a poco. El sol iba retostando su piel entre tanto y se fue volviendo más callado y menos espontáneo.

Con el avance de los días vinieron tardes agobiantes. Quietud, aire pringoso, calor, letargia. Don Ezequiel con el Fidel, un negro de compañía, bateaba el agua de un canalón traído del Ambiyaco al Güelmanbí. Ernesto, cerca de ellos, se curvaba sobre el río. Ya la visión del mismo claro de cielo entre los árboles le pesaba como en techo de plomo. La monotonía era inmensa; monotonía solo igual a ese ritmo fatigante y ardido de la jurumba con que el negro acompasaba a veces el lánguido vaivén de sus brazos.

*A oriya del Guagüí  
por tu maña me peidí  
me peidí...*

El Fidel vivía en uno de los bohíos con su mujer, una mulata caratosa y un negrito de ocho años hijo de ellos. Era uno de los veinticinco trabajadores que don Ezequiel llevó a la mina, y que tuvieron que regresarse cuando se suspendió el montaje del molino. En otro bohío de dos piezas, es una de las cuales acogieron a Ernesto, vivía don Ezequiel con la Casilda.

—Es mi mujer legítima —le había dicho a Ernesto al presentársela—. Puede mandarle lo que quiera, pues está en su casa.

En Barbacoas la había conquistado el viejo, casi jugándose la vida con otros rivales. Tenía diez y nueve años. Su piel, en apretado temblor de sombra, rebrillaba como la fruta atardecida de los analulos. El cuerpo alto, flexible y casi felino en el andar. Enhiesto el busto, con ese relieve asaeteante que solo puede admirarse en ciertas mujeres de raza. Zahareños los ojos y la boca casi siempre sonreída en un tímido vaivén de marfil y de llama.

El viejo había puesto en ella todo el anhelo solitario de su vida. La quería a su modo, con locura y con recelo y por eso, para aislarla y enaltecer a sus ojos mejor su varonía, se la llevó a la mina como compañera y como sierva.

Ernesto admiró su belleza, pero por su color se acostumbró a tratarla despreocupadamente. Era atento y fino con ella, aunque la miraba con serenidad casi fría; y al viejo pareció complacerle íntimamente su actitud. Un día preguntó.

—¿Cómo es su tipo de mujer, don Ernesto?

—No sé, don Ezequiel. Yo quise alguna vez a una chiquilla rubia, frágil y un poco triste. Fue un amor de sueños solamente y por ella aprendí a hacer versos tontos. Luego tuve otros amoríos sin trascendencia alguna. ¿Sabe? Me parece que aún no me he enamorado de corazón y figúrese, a ratos pienso que ya he vivido demasiado...

Don Ezequiel se sonríe y comenta sólo para él: “¡Carajo, es raro! Es un niño en ciertas cosas”.

Don Ezequiel cayó enfermo con un grave ataque de paludismo que lo obligó a permanecer tendido en el chinchorro por varios días. La Casilda no lo desamparaba un solo instante y Ernesto lo acompañaba también por largos ratos, sobre todo en las noches. En ese trance, puso en prueba su solicitud y el aprecio que el viejo le merecía. Le contaba historias extraordinarias de libros que había leído; le relataba sus proyectos; le acercaba en el amor de lo distante todo lo que en la tierra lejana fue grato y entrañable para ellos. De ese modo iluminaba los torturados desvelos del viejo. Después, durante el día seguía con empeño febril en su tarea.

—Cualquier día —pensaba—, voy a caer rendido. Tengo que luchar, pues, para vender cara la sangre que pierda. O venzo, o me acabo. No hay más.

Y a la faena volvía aún antes de que amaneciera. Ya en ese tiempo había escogido para batear un sitio distante de la casa. Era un remanso oculto por dos grandes piedras cerca del barranco.

Iba allí por un sentimiento morbosos de vergüenza que, a su pesar, lo hacía retraerse, cual si conocidos suyos fueran a sorprenderlo de un momento a otro.

Cosas extrañas pasaban por su mente y supremos desfallecimientos lo agobiaban. Pero volvía a estimular su voluntad y se hundía en el lógamo buscando aislar sus recuerdos y sintiendo solo en la inmensa soledad el golpe lancinante de la sangre bajo las sienas sofocadas. Con un perro viejo de la casa se acompañaba, para prevenirse de cualquier asalto. Cerca de él ponía el revólver y el machete y la mochila caminera con una botella de aguardiente amarguecido con ajeno y con quinina.

A veces lo invadía una gran desolación. El tremedal principiaba a dominarlo. Las horas se le hacían infinitas y cuando se tendía descoyuntado a descansar, una especie de sudor viscoso le llenaba el cuerpo y el alma.

Luego se agitaba sonámbulo y saltaba a hundirse de nuevo en el turbión de las arenas.

—¡Oro! ¡Más oro aún!...

Y apretaba febricitante los granitos áureos, cambiándolos para el futuro en un engaño de proyectos.

—Ya tengo para girarles a mi casa unos centavos. Otro esfuerzo, y podré embarcarme para Buenaventura. Y le mandaré al viejo Ezequiel un chinchorro de colores y un gran carriel lleno de baratijas para la Casilda... ¿La Casilda?

Y la Casilda estaba, allí, mirándolo y sonriéndole.

—Se tá enjermanando, niño... Don Ezequiel le mandó decí que juera a batiá ceica de la casa, que anoche lo perro ventiaron e tigre.

—¡Que va! Con mi revólver me basta. Me han dicho que los tigres de estas selvas no son muy grandes.

—Ujú. Asina era uno que mataron ayí. Uté etá mal. Ayí le traje un cajuecito.

—Gracias, Casilda.

Ernesto se incorporó, entonces, mientras la muchacha, sonriéndole siempre, agregaba:

–Inte se lo toma lo vo ayudá un ratico.

Tomó la batea, y cruzándose el faldellín entre las piernas, se metió despacio en el agua observando los fondos de arena más propicios.

–Aquí –exclamó sacando la batea colmada–. Ujú, le vo a sacá do adarme.

Ernesto la miraba hacer embebecido. Su languidez se iba tornando en actitud activa y la figura de la muchacha centró definitivamente su atención, como si todo el paisaje bárbaro se hubiera dulcificado en ella. Y era que el escozor del movimiento la tallaba como si fuera una escultura y Ernesto pensó por vez primera que bajo la piel anochecida de ella, también corría el rojo tumulto de la misma sangre que en la gente blanca. Es impulso, deseo y palpitación.

–Mire pué, le saqué do adarme. Ahora, venga acompañá a don Ezequié.

Él la siguió calladamente mientras la brisa del traje sobre el cuerpo moreno seguía robándose el paisaje. Esa noche le dio el primer ataque de fiebre. Deliró y se revolvió en el chinchorro hasta bien entrada el alba. Un sonambulismo de arenales de oro lo enloquecía y la palabra que tanto repitiera parecía aventarle la sangre con una ruda palpitación de desespero.

–¡Oro!... ¡Más oro!...

Al día siguiente sudó copiosamente la fiebre y ya en la tarde se sintió más sereno.

Una ternura extraña lo invadió. Era como una dulce piedad por sí mismo, por su destino, por su vida. El recuerdo de los suyos le llegaba en hálitos de amargura.

(Tomado de *Chambú*. Capítulo V. Editorial Bedout, Medellín).

# Sermón del superviviente

*Faustino Arias Reynel*



Liberada la energía atómica, la tercera  
generación será de monstruos  
y el mundo  
quedará desolado  
*Bertrand Russel*

Lentamente abandonó la impenetrable  
oscuridad de la caverna,  
ciego de relámpagos,  
sordo de estallidos,  
solamente vestido  
con el rugoso cuero de su propia piel.  
Bajo su pie sangrante ardía la tierra calcinada  
y sobre la cabeza  
pesaba el cielo como una luz petrificada.  
De tiento en tiento sobre el suelo  
subió a la árida cumbre  
y frente a la desolación  
el silencio escuchó el grito postrero  
del ente ingrato

que mal usó la tea divina  
que en sus manos pusiera el torturado Prometeo.  
¡Soy el sobreviviente de un mundo que se suicidó en el universo!  
¿Quién oirá mi voz?  
¿Dónde está la onda caliginosa que expanda mi grito?  
¡Soy la última garganta y el último tímpano!  
Soy el último grito sin eco  
y el último tímpano para oír en silencio.  
Este es mi acento y esta es mi palabra:  
árbol soy  
árbol ciego plantado frente al mundo  
y al cielo desolado  
y al eterno crepúsculo.  
Árbol soy,  
árbol soy con los ojos vendados  
por un pañuelo de metal.  
No puedo ver las nubes, el abismo, la espiga  
ni ver la tierra seca, ni el cóndor  
ni la hormiga.  
No puedo ver el tallo, no puedo ver la piedra  
ni el áspid ni la rosa  
ni el ave ni la mar.  
Este es mi acento y esta es mi palabra:  
carne de piedra soy  
carne de piedra sorda y nada más.  
Voy en busca de un grito  
de una risa o de un llanto.  
Ya no escucho los pasos del hombre fugitivo  
ni el canto verde del colibrí en la rama,  
ni el rumor de los ríos sin valles  
y de los cantos sin nidos.  
Es de vidrio mi lengua  
y de piedra mi garganta.

El veneno del cosmos  
ha matado los peces  
que comían las algas,  
y van las caracolas  
sin eco, desoladas  
flotando entumecidas  
en las olas amargas.  
Emergen de las dunas  
las manos alfareras  
como raíces aéreas  
sin músculos ni venas.  
Sobre la tumba helada  
de los muertos instintos  
no palpitan los úteros  
estériles y fríos.  
Este es mi acento y esta es mi palabra:  
me duele el fango y el lirio  
y el cántaro quebrado.  
Y me duelen los hijos de mis hijos,  
monstruos sin lágrimas ni cantos  
buscando nuevamente el aliento divino  
bajo el atómico paraguas  
de un mundo apocalíptico.  
Este es mi acento y esta es mi palabra:  
estoy sin corazón buscando mi alma,  
y ante el niño, la rosa, la nube y la hormiga  
ya no puedo llorar.



# Declaración de amor

*Helcías Martán Góngora*



Las algas marineras y los peces  
testigos son de que escribí en la arena  
tu bienamado nombre muchas veces.  
Testigos las palmeras litorales,  
porque en sus verdes troncos melodiosos  
grabó mi amor tus claras iniciales.  
Testigos son la luna y los luceros  
que me enseñaron a escribir tu nombre  
sobre la proa azul de los veleros.  
Sabe mi amor la página de altura  
de la gaviota en cuyas grises alas  
definí con suspiros tu hermosura.  
Y los cielos del sur que fueron míos  
y las islas del sur donde fui a buscarte  
arribaba mi voz en los navíos.  
Y la diestra fatal del vendaval  
y todas las criaturas del océano  
y el paisaje total del litoral.  
Tú, sola entre la mar, niña a quien llamo:

ola para el naufragio de mis besos,  
puerto de amor, no sabes que te amo.  
Para que tú lo sepas yo lo digo  
y pongo al mar inmenso por testigo!

(Océano, 1950)

## Loa del currulao

Me hacía guiños tu fugaz cintura,  
negra, negrura de la negrería.  
Era en Buenaventura  
y una salvaje melodía  
trenzaba mi amargura  
y destrenzaba tu alegría.  
En la noche, la Vía  
Láctea de tu perfecta dentadura  
al sonreírme tú, resplandecía.  
Te me ibas, corza herida,  
perseguida gacela,  
dejando en pos la estela  
de la marimba ardiente  
y los rancos tambores.  
Con tu vestido de colores  
y tu blanco pañuelo  
eras alas de un vuelo,  
pétalo en la corriente.  
Crecía tu cadera,  
curva de sombra plena.  
En tu cuerpo bailaba una palmera  
esta danza morena  
hecha de gozo y pena.  
La enamorada esfera  
vibrátil de tus senos,

era una ronda de constelaciones.  
Toda era curva, menos  
la desgarrada voz de las canciones.  
Ardías con el fuego  
de los hondos ancestros abismales  
y era tu cuerpo un ruego apasionado...  
Los rituales tambores iniciaron su agonía.  
Era en Buenaventura y todavía  
en la noche, la Vía  
Láctea, de tu perfecta dentadura,  
al sonreírme tú, resplandecía

(Humano litoral, 1954)

## Elegía constelada

Que te perdí lo sabe  
la propia sombra donde estoy perdido.  
¿No sabe acaso el ave  
en dónde estuvo el nido  
y el corazón el pulso del latido?  
En vano me circunda  
la castísima lumbre de la estrella.  
En la noche profunda  
la voz de la querella  
solo pide la luz que viene della.  
Luz que por ella es llama  
en cuyo vivo incendio se consume  
mi sueño y se derrama  
lo mismo que el perfume  
la soledad que todo lo resume.  
Y para que responda  
solo mi soledad como testigo,  
bajo la noche honda

porque no estoy contigo,  
que te perdí con torpe labio digo.  
Que te perdí al perderte,  
ajena tú, cielo de la agonía,  
que no fue de la muerte,  
sino de tu alegría!  
¡Cielo del gozo y la melancolía!  
En vano la estrellada  
manera de la noche, se apresura  
a llenar la mirada,  
si tengo en mi clausura  
el duro resplandor de la amargura.  
Y estos labios reseco  
de golpear como arcángeles malditos  
la puerta de los ecos  
con las manos del grito  
para que me responda el infinito.

*(Nocturnos y elegías, 1951)*

## El aserrío

**E**l río Tapaje corría turbio hacia el mar. En la casa del aserrío, Francisco, mi anfitrión, entre el balanceo de la hamaca, oía los ecos del amanecer fluvial, puesta la misma golosa atención con que solía escucharlos, desde cuando, hace más de diez años, escogió este refugio litoral para convalecer de las heridas invisibles que le causó la boca ponzoñosa de la política provinciana. Gracias al tesonero esfuerzo diario, la empresa crecía y, ahora, se ocupaba en la construcción de un barco para el transporte de la madera de exportación hasta el próximo puerto. Sin embargo, Paco no mencionaba estos proyectos. Ni trataba inútilmente, como otras veces, de explicarme el proceso de envenenamiento

de tablones y vigas para hacerlos inmunes al comején y demás plagas, enemigas de la pulpa vegetal, que abundan en el trópico.

El diálogo tomó el atajo de lo desconocido. Hombre sin miedo y sin tacha, gozaba de la aureola del que se lanza por ríos y esteros en pos de una aventura enamorada, jinete de su oscuridad. Tras observar la mordedura del murciélago que después de adormecerme con el ventilador de sus alas nocturnas se sació con mi sangre, soltó la lengua, sin dar lugar a interrupciones. He aquí una síntesis de las palabras de Paco:

–Gracias al régimen casi militar que implantó mi abuelo, el capitán Conde, en el aserradero, regía la ley seca. El veterano de la Guerra de los Mil Días, a las muchachas del servicio doméstico las reemplazó por un cocinero negro.

–Experto en viandas criollas– y un ordenanza o *coime*, hijo del chino Pekú...

–Acababa de regresar del pequeño aeropuerto, cerrado entonces por el siniestro en que perecieron dos personas. Los que se salvaron, inclusive Rómulo, el administrador del aserrío, quedaron con deformidad física de por vida. De la avioneta estrellada me traje, como un recuerdo, ese cojín verde...

–Dormía a pierna suelta, cuando recibí la visita inesperada de una comisión de agrónomos e ingenieros forestales. A falta de cerveza les ofrecí agua de coco biche. Chichimo, el cocinero, se lució con un pusandado a la barbacuana, como no he comido dos en toda mi vida.

–Lo difícil fue improvisar camas para los diez huéspedes. A la cena opípara siguió una agradable sobremesa. Después, rendidos por la jornada penosa, cayeron fundidos, como si Chichimo les hubiera dado burundanga...

–Sería la medianoche cuando nos despertaron los gritos de socorro que lanzaba el ingeniero jefe de la comisión, a quien habíamos reservado la mejor pieza en consideración a su rango. Todos acudimos a auxiliarlo. Lo encontramos desnudo, bañado

en sudor. Repuesto del sobresalto agónico, refirió que dos manos frías, levantándolo por las axilas, lo obligaron a sentarse en el catre de viaje. A pesar del calor intenso, él creía sentir en sus carnes, todavía, las huellas de esas manos de hielo...

Solo cuando cruzábamos el canal de Chamón, el mismo que construyó el compadre Guillermo, atracó la lancha, en un remanso, y me ofreció Paco una taza de café a la que agregó una pita de coñac.

“Para evitar el informe en contra de los ingenieros forestales, me cuidé mucho de contarles que el rolo de la pesadilla durmió sobre el cojín verde con una manchita de sangre del aviador muerto, que aún conservo en el aserrío... Pero ese es otro cantar, con sombra de palma africana y cuernos de búfalo”, dijo. Y puso en marcha su motor.

# El mar bifronte

*Hugo Salazar Valdés*



## I

¡Este es el mar: acuático delirio!  
¡Cementerio de ríos suicidas que se buscan!  
¡Lámpara torrencial de espumados sollozos!  
Viejo solar brumoso de obreras lejanías  
su barba de sal sabe circunvalar la Tierra;  
es amistoso abismo con sus hombros veleros  
y su esplendor bilingüe de orfebre y hortelano.  
Solazado en su lecho de claridad materna  
se oye bajo el remero voraz de su pelícano;  
fabulosa bodega de ambulantes tesoros;  
el mar es el espejo sonoro del poeta.  
Acuarelista ileso de comunes paisajes  
decora su esmeralda de cunas y sepulcros  
y porque nadie pueda penetrar su secreto  
se refugia en la cámara del caracol invicto.  
Flores de edad metálica sus islas orquestales  
reconstruyen el eco seglar de las sirenas;  
renovador eterno es tambor de las olas

porque su estudio sea el templo de la música.  
La tarde multitud de mural y pañuelos  
en el bar del crepúsculo despide las gaviotas;  
atraca lento el barco cargado de luz muerta,  
el corazón es flujo del mar que no termina.

## II

De su ruda vigilia enamorado  
el mar toro sin sombra, cabecea  
el almanaque de los pescadores;  
y la llaga del miedo con el frío  
de prontas calaveras, sube crece,  
la seca vos de la ansiedad, en una  
vieja estación de ruinas olvidada.  
Águila enfierecida y lauro onírico  
la vida sin aceites ni esperanzas  
del pescador, en el peñón del día,  
rueda muda de grises en la ola  
que eleva el cero a déspota invencible;  
en el acero blanco de los ojos  
circulares de sal baila la muerte.  
Y miro el mar: rugiente cordillera,  
trampa de sal azul, adiós que vuelve;  
el mar sin él, sin mí, sin tu presencia,  
tuyo, mío, de sí, mar solamente.

## Quibdó

La fundaron a golpes de sol y de vigalias  
en las reconditeces abruptas de la selva  
y el hervidero verde del tiempo que transita  
en las hojas y lamas de la agreste arboleda.  
No llovía. Lloraban las nubes de ceniza.  
Holgaban los reptiles y temerosas fieras.

El tremedal soñaba la fruta de su víctima  
y el conjunto ofrecía la unidad de una orquesta.  
Ciudad carne de cuento narrado en la espesura  
de milenaria noche vegetal por el único  
fabuloso en las artes del terror y el placer.  
La enalban dulces aves y flores que deslumbran  
en las riberas fértiles del Atrato profundo  
que ronda silencioso su cántaro de miel.



# Víspera del naufragio

*Guillermo Payán Archer*



¿A dónde, hacia dónde iremos  
en esta noche? El oro y rosa  
del crepúsculo todavía  
arde en el sur. La quilla corta  
el mar y el júbilo tardío  
de partir invade las horas...  
¿A dónde, hacia dónde iremos  
en esta noche melodiosa?  
No mancha el cielo ni una nube,  
un aire leve hincha las lomas,  
y apenas mueve el barco, el golpe  
acompañado de las olas.  
¿A dónde, hacia dónde iremos  
en esta noche silenciosa?  
Nada se escucha. Nada tiembla.  
La luz del faro no perfora  
la oscuridad con sus reflejos.  
Y el corazón se nos desploma.  
¿A dónde, hacia dónde iremos

en esta noche dolorosa?  
Los marineros están tristes,  
y ya no cantan; y en la proa  
sufren mirando entristecidos,  
la tenue línea de la costa.  
¿A dónde, hacia dónde iremos  
en esta noche tenebrosa?  
El trueno anuncia la borrasca  
cercana y la mancha bronca  
describe círculos aciagos  
en los carbones de la sombra.  
¿A dónde, hacia dónde iremos  
en esta noche tormentosa?  
Están las velas destrozadas,  
hace agua el navío y escora,  
la tempestad y el viento crujen  
y almas y brújula están rotas...  
¡Nos moriremos en el mar!

(De *La Bahía iluminada*, 1944).

## El mar en el olvido

(A Helcías Martán Góngora)  
Distante, así, borrando en el olvido,  
-ola en la noche y sin estrella- ausente  
de la memoria, el alma solo siente  
su muerta luz y su rumor perdido.  
Uno es el mismo espacio oscurecido  
sobre el recuerdo, pensativamente;  
y su sal, sin pasado ni presente,  
a una ceniza igual ha descendido...  
Y ya su flora no es la misma flora  
acuática, ni ya esa submarina

fiebre la misma que se inflama ahora.  
Que olvidado... su forma se adivina  
apenas, como el rayo de la aurora,  
¡que no se sabe si arde o si declina!

(De *Noche que sufre*, 1948).

## Rosa del aire

Tal fue la voz, su forma solo era  
de aire... Y en el aire fue quedando  
detenida en su aroma y palpitando,  
como si el aire así la sostuviera.  
Alegre al juego de la luz, ligera  
como la misma atmósfera, y temblando..  
Es en la tarde en que la estoy mirando  
morir, por lo ideal más verdadera.  
Leve, inasible, casi desasida  
de materia, su imagen transparente  
quedó en su propia imagen abatida.  
Y deshojada, el corazón la siente  
levantarse lo mismo que una herida  
que nos duele en la sangre, dulcemente.

(De *Noche que sufre*, 1948).

## Cuerpo negro

*¡Soy morena, porque el sol me besó!*  
Salomón, I, V.

¿A quién buscar en estas noches del trópico?  
¿A dónde ir en estas noches del alcohol  
bajo el espanto del mar y el gemir de las palmeras?  
¿Con quién compartir esta locura  
de la sangre que quiere evadirse y matarse?

¿Quién podrá recibirme en estas noches  
de fiebres desesperadas y de insomnio?  
¿Qué mujer, qué cuerpo de mujer  
quisiera y pudiera compartir esta carne?  
¡Yo vi en la madrugada su cuerpo de ébano y ceniza!  
Lo vi moverse en la madrugada,  
lo vi alargarse y reducirse,  
lo vi temblar en el frenesí de la danza  
como una rama flexible de bambú,  
al compás de una música de negros y demonios,  
a la débil luz de los candelabros agonizantes.  
(Sordas melodías iban quebrando mi rencor  
y un raro almizcle descompuso mis nervios  
mientras todo el deseo germinaba en mis venas).  
Le hablaba como hablarle a una sombra,  
como a uno de mis espectros que pasan en la noche,  
para fijarlo sobre mi corazón y mi cerebro  
en una larga imagen lunada y sensual.  
Y lo tuve, apretado, ceñido contra mi pecho,  
persiguiéndome a través  
de mi sangre y de mis sueños,  
lastimándome con las uñas de sus apremios,  
estrujándome –¡oh! fruta– entre sus manos.  
¿Y cómo resistir?  
¿Cómo desprenderme de sus terribles garfios?  
¿Cómo romper esas ventosas de pulpo enamorado?  
¿Cómo sobreponerme a su terrible mandato?  
¿Cómo gritar si el mismo labio lo buscaba?  
Yo lo veía estremecerse y retorcerse  
anticipándose, a la hora de mi esperanza,  
ágil y sensitivo –miel de sexo, palpable–  
fino y dúctil como una lanza.  
Voces ebrias hablaron al fin de una ventana,

la noche aún nos brindaba sus crespones morados,  
su cabeza hizo nido sumiso entre mi almohada,  
carne nocturna y carne oscura y vencedora...  
Después, solo el temblor eterno de mi sangre  
¡y un cuerpo entrelazado a un hombre solitario!

(De *Los cuerpos amados*, 1962)



# Entre nos, hermano

*Arnoldo Palacios*



El pintor, con su ancha sonrisa, carcajadas mismas, bullicioso, y, no obstante vivir en las afueras de la ciudad y con la pereza que le producía el caminar un kilómetro a pie, luego tomar un bus para bajarse a tomar el metro en dirección de París, se presentó él también al Centro Intelectual Colorman, en embrión.

Iban los miembros a comenzar su coloquio. Cada quien se sentó. A menudo este tomaba la palabra; el vecino se la arrebatava de la boca antes de terminar el hilo de su pensamiento; aquel fumaba sin tregua, sacudiendo la ceniza en el piso. Solo el doctor Hipólito Dieudonné dado al trajín de la corrección total en las embajadas, solo él, aquí ahora, entre esos negros mulatos, uno que otro blanco, intenta ser ejemplo de cuándo había de tomarse la palabra, escuchar al interlocutor, o -llegado el caso- destrozar los argumentos del contrincante, eso sí, en un lenguaje a la altura de su rango.

El pintor lo miraba: quería retener bien ese rostro cuasi infantil; lo característico de esa mirada del doctor residía en sus ojitos inocentes. Pero, ¡cuándo le iba hacer el retrato!

A veces, en su taller, había empuñado el lápiz, trazando un croquis e incluso preparado la tela y el pincel.

Sin embargo, sería mejor que el doctor se decidiera ir y posar.

Claro está, ocupado como se mantenía el embajador, el pintor no deseaba molestarlo; encima de eso, hacerlo ir hasta su taller...

Físico de profesión, el doctor Hipólito Dieudonné no era indiferente a la política, por lo cual había entrado en la diplomacia después de ser ministro, senador líder, de un partido político.

Aficionado a la etnología, en estos instantes abandonaba la embajada para consagrarse a trabajos atómicos.

¿Qué lo había empujado, entonces, a la política? El hombre de color debería alcanzar una tal estatura intelectual, capaz de permitirle limpiar el tizne de la piel y confundirse con el blanco. Pero, a solas, el doctor Dieudonné, a ratos, se torturaba: por más que se bañase con el mejor de los jabones se quedaría negro.

La reunión se clausuró. “¡Gracias a Dios!”, exhaló el pintor.

“Doctor –le propone– quería hablarle aparte, entre nos”. Seguro deseaba preguntarle cuándo iría al taller.

“A propósito, ahora que me dice entre nos, le voy a contar una anécdota. Embajador de mi país, me encontraba yo en los Estados Unidos. Me tocó hacer un viaje en tren. Pues bien, en mi calidad de diplomático se me preparó todo, maletas, automóvil que me condujese a la estación, billetes de primera clase..., para qué alargar la historia. Usted sabe... Ya dentro, eché un vistazo a lo largo y ancho del vagón; puros blancos; yo, el único negro. Pero no le concedí importancia al hecho. Me arrellané en mi asiento, intenté abrir un periódico, más la fuerza emanada de aquel paisaje rodante, de cada piedra, de cada construcción..., todo gigantesco..., me atraía, me aterraba de admiración... A mi lado, me pareció que un blanco retiró, brusco, su codo, del brazo del asiento, al sentir el mío. Le pedí excusas, creyendo haberlo molestado, involuntariamente. Él no me miró, ni respondió con el menor murmullo siquiera. A semejante pequeñez tampoco le di importancia.

En el recinto del vagón hacía un calor de los demonios a pesar de tratarse, sin duda, de aire acondicionado. Por la ventanilla, turbia de humo de pipas, cigarrillos, vapor de respiraciones, la tierra se sentía casi impía bajo el frío. Las chimeneas vomitaban su humareda aplastante, serena. ¿Cuántos automóviles sacarán? Produce tantas, tantas toneladas de acero. ¡Qué coloso!

Cual níveas nubes blancas, desmoronadas, la nieve contorneaba las residencias y volaba de los techos con el viento, plateaba las colinas. La helada ponía un filo de navaja en los bordes de las ramas, desnudas ya desde hacía marras, desde el otoño”.

El doctor Dieudonné saca su cigarrera de plata: “¿Fuma?” –ofrece al pintor–.

El pintor, sin dejar de mirar al doctor Hipólito Dieudonné, a tientas busca una caja de fósforos en los bolsillos.

El doctor Dieudonné rastrilla su mechero. Se mete un cigarrillo a la boca.

“Decía –reanuda su relato– bueno, digo que el tren seguía andando. Aparece el conductor. Un movimiento, un unánime estirarse y encogerse de brazos, un suave murmullo erizó el ambiente. Yo también meto la mano a mi cartera y extraigo mi billete, lo examino minuciosamente, no sea que un error de esos que suelen a veces amargar la vida sin motivo se haya intercalado.

No, nada: primera clase. Perfecto. Me entregué a admirar la ruta norteamericana, palpando mi billete.

‘¡Vos!’ –se oye un grito seco–. Discreto, miré a ver qué pasaba en ese vagón de gente bien. Con el rabo del ojo, veo frente a mí al conductor. Pero, nada de extraordinario a mi alrededor.

‘¿Qué habrá sido?’ –me pregunto para mis adentros– estirándome mi billete al empleado del ferrocarril...

‘¡Conmigo!’

Y veo al tipo acercárseme a mí. Me arrebató el pasaje y sin darme tiempo de resollar, me atrapa del cuello, por la nuca, me

empuja a rodillazos, abre la primera portezuela, botándome al primer vagón que encuentra, uno de carga, para colmo...

Dos cordoncillos de humo se desprenden de los cigarrillos del doctor y del pintor, consumiéndole.

“¡Hacia un frío que taladraba los huesos allí, en ese vagón del carajo! Ni dónde sentarme, ni mucho menos dónde pegar los párpados. Me esperaba una larga travesía. Pensé en que he debido enfrentármele, pelear, hacerme linchar. Pero tal vez haya sido debilidad mía, a causa de mantenerme en este mundo de diplomáticos de señoritos. No. Fue, más bien, que el conductor no me dio tiempo de decir esta boca es mía. Me sentí abatido, le juro y los ojos se me encharcaron, allí frente a mí mismo.

En esas, un negrote robusto, con una mirada de niño, un negro de aquellos que trabajan en los vagones de carga, surge y se me viene sonriente. ‘Aquí es así –me dice–. No es nada, hermano, tranquilízate, de todas maneras no te irá mal’.

El negro aquel comenzó a arrastrar cajones monumentales repletos de quién sabe qué. Los ponía boca abajo, boca arriba hasta construir una especie de lecho. Encima puso un poco de paja recubierta de periódicos. Con cajetas de cartón me inventó una almohada como pudo y me ofreció un viejo abrigo de mangas ya un poco comidas, faltó de botones. ‘Yo te daré de comer. No será gran cosa pero no te morirás de hambre’ –me alentó–.

En fin. Ya todo listo, mi negro se me sienta al lado. Presa de una desconfianza escalofriante, él para las orejas, escruta a diestra y siniestra, pensativo. Fuera de nosotros dos, a nadie más vimos. Me dice al oído:

‘Ahora que estamos aquí entre nos, dime la verdad a mí, tu hermano: ¿dónde te robaste ese billete de tren? ¿He?’.

(Tomado de *Antología del cuento colombiano*, Ediciones Faro, Bogotá).

# Invitada del tiempo

Óscar Collazos



**Y**aunque lo jurara, ¿qué ganaría con ello? La abuela sabía que en los últimos tiempos se juraba por cualquier cosa, por las más nimias y ante las más atroces circunstancias. Pedirle que no jurara el nombre de Dios en vano era obligarlo a hacer lo que ella no deseaba.

El niño, acudiendo a la acostumbrada teatralidad de sus ojos puestos en blanco, diría que no había sido él.

—Por Dios, abuela, no he sido yo.

Entonces ¿a qué recursos acudir para sacarle la verdad como ella preferiría cuando sus sospechas se parecían a una irreplicable visión de los acontecimientos?

—Se lo juro, abuela, que no fui yo —dijo el niño, esta vez sin poner los ojos en blanco, cruzando los brazos como quien se dispone a una oración.

—¡No me jure el santo nombre de Dios en vano! —gritó la abuela—. ¡Muérgano desvergonzado!

La abuela salió a la sala y caminó hacia el corredor. Se sentó en la mecedora que todas las tardes le servía de reposo y vio un mar tranquilo, casi adormecedor, el mar que toda su vida se había

instalado ante sus ojos como un paisaje inmodificable, siempre fiel y sin embargo cambiante en su coloración. Sabía que su nieto esperaría unos minutos, tal vez apenas segundos, antes de venir a su lado. La tocaría en el hombro e intentaría malgastar otro juramento.

–No quiero verlo –dijo–. No me venga con zalamerías –se anticipó a decir antes de que el movimiento del niño (¿no era ya hora de aceptar que estaba frente a un adolescente de formas macizas y ademanes distraídos?), antes de que su voz quebrada hasta el llanto insistiera en otra inútil excusa.

–Quite de ahí, Adriano, déjeme sola –murmuró–. Usted no tiene perdón de Dios.

Si algo no le había perdonado a nadie era la mentira. Siempre dijo que si se empezaba con las mentiras, por inocentes que fuesen, se acabaría en un corral, como los marranos, o en una cárcel, como los sin ley. En sus monólogos de solitaria la mentira adquiría la dimensión monstruosa de un crimen.

–Pero abuela... –intentó decir Adriano. La abuela cortó toda posibilidad de diálogo haciendo más rápidos los movimientos de su mecedora: inició otra ronda de balanceos fijando los ojos en el apenas perceptible movimiento de una barca que entraba costeano la bahía a la altura del faro.

El reagrupamiento de las nubes y la esquiva luz del sol a las cinco de la tarde le molestaron tanto que se aventuró a pronosticar lluvia intensa en menos de una hora. En nada la reconfortaba esta fatalidad. Hubiera preferido una luminosa caída de sol, sentir el calor hasta bien entrada la tarde, sumergirse en otra de esas briseadas noches de Bahía Solano.

–Cierre bien las ventanas –pidió sin dejar de moverse–. Va a llover con ventarrón.

El muchacho no respondió. Aunque la abuela sabía que él ya estaba ejecutando su orden, le fastidió no escuchar una respuesta.

No había violencia en su reproche. En ese mismo instante se oyó el fuerte golpe de la madera y el chirrido del pasador,

pero no el esperado “sí señora”, fórmula requerida por ella en las respuestas de su nieto. ¿No había insistido, acaso, en una esmerada educación y repetido que cuando no se tenían las oportunidades de ser “estudiado” lo único que hacía dignos a los pobres era la honradez y las buenas maneras? ¿De dónde salían, entonces, aquellos aires de alebrestamiento en un muchacho que siempre había demostrado docilidad y un ejemplar respeto hacía sus mayores? “Los tiempos cambian como las frutas maduras: se pudren y se quedan para alimento de las bestias.” Esta era la idea que ella se hacía de los años pasados, de tránsito mismo del tiempo por encima de los hombres. No hacía falta muchos esfuerzos para imaginárselos oliendo a fétida descomposición para sentir la corrupción de sus formas, antes frescas, o la despiadada desaparición de lo que había sido apetecible como una buena y cálida tarde de sol.

En los escasos sueños que reservaba para el inventario de la vigilia, llegó a ver un inmenso campo de árboles talados y, en sucesivas imágenes, una inmensa vegetación convertida en cementerio de cuerpos descompuestos ávidamente masticados por bestias no menos descompuestas que la materia vegetal. No supo si lo soñaba o lo añadía a sus reflexiones. Siempre intentó decir que más allá de este pueblo, en un horizonte apenas visible, un montón de objetos traídos de las ciudades era exhibido con la perversidad del pecado la usura del dinero. “Naderías”, pensaba. “Un día nos llenarán de naderías y embelecocos eléctricos.”

–Recoja las sábanas del patio –pidió en voz alta.

Aunque no esperaba respuesta ni se imaginaba al nieto tan cerca de la mecedora, supo que él no diría una palabra, que ejecutaría la orden en silencio teniendo el cuidado de desprender de las sábanas los restos de hierba seca. Las sacudiría, doblaría y colocaría encima de la gran cama del dormitorio.

–Terco como su padre –dijo la anciana en voz queda.

Se sorprendió al hallar de inmediato esa réplica tan concisa y justa, respuesta que bien podría venir de un adulto y no de ese pedazo de carne en crecimiento.

–Nunca me dijo que él era terco. Ahora que usted está brava, resulta que me lo pinta como una mula.

–Sí, terco como una mula, porque solo a una mula se le ocurre largarse por el mundo dejándome un zángano de brazos como era usted.

No le resultó natural esta explicación. Se sintió excesivamente severa.

–No era eso lo que quería decir –corrigió apenada–. Usted me enreda con sus bochinchas.

–Pero lo dijo –replicó el muchacho, tan cerca de ella que sintió su respiración–. Ya metí las sábanas en la pieza y cerré las ventanas, para nada, porque no va a llover.

–¿Que no va a llover? Mire para la bahía y dígame qué quiere decir ese cielo y esas nubes.

El muchacho miro, y vio, en efecto, un abrumador cielo encapotado.

–Eso no quiere decir que va a llover –dijo–. Bueno, sí va a llover, pero no ahora.

–Ya me salió meterólogo –dijo la abuela.

–No se dice meterólogo. Se dice meteorólogo. Eso dice su amigo el profesor –corrigió con tono de autosuficiencia–. Eso le pasa por dárselas de fina –añadió riendo.

–Dígame como se diga, va a llover.

–Su amigo, el maestro, dice que las personas heredan vicios de sus padres. Así, que, bueno, mi padre...

–No quiero embustes –se defendió–. Déjeme tranquila.

Había suspendido el balanceo de la mecedora y se resistía a aceptar el desafío del nieto.

–El maestro no es Dios, puede equivocarse.

Se incorporó de la mecedora como si lo pensara, como si a cada movimiento de su cuerpo correspondiese una reflexión sobre el siguiente. Quedó finalmente erguida, con las manos en jarra. “Úntese sus yerbas para el reumatismo y déjese de cantaletas”, pensó decirle a Adriano, detenido por el tono imperativo de la siguiente orden:

–Meta la mecedora en la sala.

Fue una voz autoritaria. Quizá fuese a causa de la proximidad del muchacho. Él, por su parte, haría todo cuanto se le ordenase, aunque bailara en su memoria el juicio de la abuela sobre su padre de quien se hablaba escasamente. Siempre esperó que se dijese algo sobre él, sobre su vida, de la que solo retenía detalles, pobres fragmentos sin importancia despachados a veces por la abuela, comentarios de los mayores escuchados en Bahía Solano.

–Voy a dar una vuelta –dijo con sorna–. Antes de que llueva.

¿Llovería? ¿No estaba, después del pronóstico de la abuela, aceptando la posibilidad de esa lluvia acompañada de ventarrones?

Se asomó a la calle, casi desierta. Desde ese extremo del pueblo no podía verse la agitación que hacia las siete de la noche se iniciaba en el costado opuesto, donde se concentraban las actividades sociales de Bahía Solano. La abuela lo imaginó entrando a la cantina, acercándose a los jugadores de billar.

–No sé qué sacan con ver a unos tontos que le dan con la punta de un palo a tres pelotas de colmillo de elefante. Tremenda gracia matar a un animal para que unos tontos jueguen en una mesa verde –dijo en voz alta.

–No voy al billar –advirtió Adriano al salir, desde las escaleras que daban a la calle. Al verlo trasponer el corredor, la abuela se afirmó en otras de sus sospechas, esta sí perturbadora: el niño que había recibido llorando una madrugada de diciembre, catorce años atrás, se había vuelto todo un hombre. Tal vez fuese ya ahora de cambiar y de olvidarse del niño que ya no era.

–Regrese temprano –fue lo único que se atrevió a decir cuando Adriano pisaba la húmeda arena de la calle. “Igual que su papá” –pensó– y se internó en el dormitorio. Miró las sábanas plegadas encima de la cama.

Los años transcurridos desde que recibió el único envío de su hijo (un paquete de ropas usadas, destinadas a un niño que apenas conocía), sin ninguna información adicional, no acababan de darle la seguridad de estar viviendo en un espacio propio, pese a las reformas que ella había hecho en la casa con restos de la exigua pensión de maestra dedicada durante cuarenta años a enseñar lo imposible a un rebaño de niños que ahora la tuteaban. ¿Una cama de matrimonio? ¿Qué podía hacer ella con aquella cama de grueso colchón de paja, abandonada por la madre del niño y después por el padre?

Lejos estaba de suponer que podría haberle sucedido algo terrible. Al contrario: sospechaba que en su vagabundeo tendría un día la fatiga de quienes regresan con el cuerpo ultrajado por las incertidumbres y la memoria carcomida por las nostalgias, quizá con una lacónica frase de perdón. Volvería a reconocer al hijo que no había visto crecer.

“Se alistó para la guerra de Corea”, le dijeron. Pero de las brigadas militares nunca llegaron informes. Siguió las emisiones de radio y obsesionada por las noticias, esperó oír el nombre de su hijo en la lista de sobrevivientes, condecorados, sanos y salvos algunos, lisiados otros. Se llenó de orgullo cuando, con desmedida oratoria patriótica, se habló de los triunfos de ese batallón suicida enviado a tierras tan ignotas. No. No se había ido a la guerra de Corea.

“Se metió de cocinero en un buque holandés”, fue otra de las versiones, pero de Ámsterdam nunca llegó una carta ni el correo la sorprendió nunca con una caja de chocolates con almendras como las que alguna vez le trajo en su primer viaje al puerto de Buenaventura.

“Dicen que lo vieron en Bogotá”, se le informó, pero de Bogotá nada se supo pese a la frecuencia de los vuelos de aviones militares cuando se hubo convertido el potrero en un irrisorio aeropuerto bautizado con el pomposo nombre de Salsipuedes.

“Se lo tragó la tierra”, dijeron los más escépticos sin ocultar la melancolía de la incertidumbre. Fue cuando la abuela se empeñó en hacer todo lo posible para borrar del niño que crecía los rasgos o huellas del fugitivo, para moldear su carácter e impedir que un día se acabase pareciendo al desconocido. Llegó a pensar que esa fuga no era otra cosa que el intento de alejarse de un pueblo donde la suerte había sido un amor malogrado y su destino la monotonía de una juventud sin sobresaltos ni futuro. Pero, una vez urdida, esta suposición era descartada por su inconsistencia. Pensó, simplemente, que el hijo pretendía curar una decepción con la radical decisión de su fuga. “La muerte de su mujer apenas lo había trastornado”, recordó la anciana. Después del entierro volvió a la cantina y jugó su partida de billar como si sólo hubiese despedido a alguien que partía en un viaje de incierto retorno. Jugó solo. Nadie quiso comprometerse con su compañía porque nadie supo acercarse a la profundidad de tal dolor. Jugó solo hasta la medianoche, hora desacostumbrada, porque el propietario de la cantina no se atrevió a interrumpirlo. Para el hombre, la tolerancia tenía aquella noche el frágil aspecto de una flor blanca o de una fórmula de pésame entregada al amigo. Cuando el hijo partió, la madre, que no cumplía aún los cincuenta años, pensó que ya nada significaba la existencia del niño. “Ese había sido el turno de su viaje”, pensó ella. Debía esperarlo porque regresaría en un día sin tiempo, después de muchos años que tal vez no representaban otra cosa que la abolición del tiempo, un largo día sin esperas.

Cuando la abuela terminó de alisar las sábanas con la pesada plancha de hierro alimentada con brasas, se sentó en el corredor. El cielo se había ennegrecido hasta convertirse en un manchón superpuesto a un mar agitado por el ventarrón. “Habrá tormen-

ta –se dijo–. Antes de que anochezca habrá tormenta”. Y regresó a la sala. Tomó un viejo ejemplar de *Selecciones* arrugado por la humedad y continuó la lectura de una crónica sobre el bombardeo de Dresde.

Si algún tema le apasionaba era el de la pasada guerra mundial, de la que oyó hablar en las noticias de radio o en los chismorreos sobre la presencia de submarinos alemanes en las aguas del Pacífico colombiano. Calculó que la lectura de la crónica le llevaría el tiempo suficiente que tardarían en caer los primeros goterones, anuncio infalible de la tormenta. Pero lo que faltaba del texto, después de varias horas dedicadas en tres días a la lectura, era menos de lo calculado. Al llegar a la palabra *fin* (siempre le producía un inexplicable vacío la conclusión de una crónica y tardaba horas en la reconstrucción de lo leído), miró hacia la bahía: el cielo, invariablemente oscuro, las aguas, más agitadas. Depositó la revista en el nochero y se propuso leer al día siguiente la crónica dedicada a las hazañas del coronel Lawrence de Arabia.

Decidió sentarse de nuevo en la sala. Lo que para alguien, al observar el balanceo, podría ser el ocio previsible de una anciana, para ella era el tiempo exigido por sus reflexiones, si reflexiones eran esos accidentados paseos de la memoria, una memoria que no conocía otras fronteras que las de Bahía Solano ni otros personajes que los que había visto envejecer junto a ella, afectados por el sonambulismo y la abulia, la malaria y las fiebres palúdicas. “Andan como fantasmas”, decía ella de ellos. “Fantasmas en todo caso, felices”, le dijo el maestro de la escuela –su amigo– aficionado a hacer caminatas por la playa.

–Los muchachos se van y vuelven cuando tiene la misma edad que teníamos cuando se fueron –dijo ella al maestro al conocer la fuga de su hijo.

–Una falacia, Antonia. Eso que usted dice es una falacia.

–Yo que se lo digo –le replicó ella–. Vuelven como nosotros, viejos y amargados.

Para ella, envejecer era una suerte de competencia en la que los viejos soñaban que los jóvenes, en un esfuerzo sin límites, alcanzarían la meta que sus mayores ya habían superado. Con los años, coincidirían en la cita convenida para nivelar sus posiciones en el tiempo. Sin proponérselo, la abuela estaba definiendo esos rostros sin edad que habían decidido quedarse en Bahía, curtidos por enfermedades que nada añadían ni restaban al averiado mecanismo de sus vidas. De la noche a la mañana, hombres que durante años habían dicho “usted”, regresaban tuteando a quienes habían sido sus mayores y hoy eran sus iguales en esa hora sin progresión, en ese sinuoso tránsito de la vejez a la agonía.

No eran otras sus reflexiones cuando incluso en la vaguedad de sus monólogos, poco le importaba la precisión de las palabras. Para ella no había lenguaje capaz de precisar lo que hasta la abundancia se explicaba en sus sentencias. En aquel entrevero de acontecimientos estaba su hijo. Por mucho que un barco diera la vuelta al mundo –se decía–, tarde o temprano terminaría arriándose a las mismas costas de donde había partido.

–La Tierra es redonda, sí señora –le decía su amigo–, pero está llena de accidentes. No se haga ilusiones, que las naranjas son redondas y dulces y la Tierra demasiado amarga.

Nada alteraba la expectativa de la abuela. ¿Había sido su hijo un obstinado que se guardó la decisión de su fuga, que la alimentó hasta el extremo de no comunicarla a la madre? Lo dicho a Adriano, dos horas antes, le pareció, entonces, atrevido, quizá decepcionante. Pero volvió a preocuparle la fechoría del muchacho, la grosería de sus juramentos y la manera como pretendió hacerse el ofendido. Si el muchacho insistía en sus preguntas, ella volvería a acusarlo del delito cometido. ¡Ni asco le habría dado!

“Debe estar correteando a las morenas”, pensó. Jamás lo había visto, pero los rumores decían que cuando el sol iba desapareciendo y las sombras cubrían los matorrales de Bahía los muchachos iniciaban sus coqueteos y amores prematuros, siempre provo-

cados por las muchachas a las que acabarían levantándoles las faldas debajo de un guayabo, un almendro o entre palmeras que se apretaban en uno de los extremos del poblado.

No es que el hecho le produjese estupor o alterarse la férrea moralidad de sus años. Eran las mentiras de los jovencitos, dadas como excusa por su tardanza lo que la abuela no concebía, y menos cuando la evidencia asomaba en el nerviosismo o en la palidez de sus rostros. “Hijos de nadie”, decía, al ver el vientre de esas niñas que sólo después del parto hacían público un amancebamiento con el padre de la criatura. “El día que se averigüe por apellidos no van a encontrar más de diez entre las mil almas de este pueblo”, dijo al maestro, cada vez más taciturno, su amigo, al fin y al cabo el único ser ilustrado que había encontrado en Bahía y con quien, de no haber sido por la mutua falta de iniciativas, pudo haber establecido una ahora impensable complicidad amorosa.

—No es para tanto, Antonio —le decía él—. Deje que la naturaleza y el instinto hagan lo que no dejan hacer los curas.

—Usted sabe que sus ideas no me asustan —se defendía ella—. Así que lo mejor es que se las guarde. Le digo que no está bien eso de ver a las muchachitas con barriga y con hijos que abandonarán como muñecas desgreñadas y sucias.

—¿Leyó el libro de Vargas Vila que le presté, Antonia?

—Yo no pierdo el tiempo en esas porquerías —respondía la anciana a la provocación del amigo—. Revoltoso, apátrida y comecuras, eso es lo que es ese tipo. Un degenerado.

Hoy el maestro no veía más allá de su sonambulismo. Las cajas de anisado con que después de seis meses de servicio era pagado por otro funcionario borracho del Estado, jamás fueron canjeadas, como era la costumbre, por ropas o comida. Ante la evidencia de sus frecuentes resacas, nadie acertaba a decir qué llenaba el estómago de un hombre tenido como sabio. Un traje de lino blanco y unos zapatos desfondados se habían convertido en el único de sus atuendos conocidos. Los niños, arriesgando a

sabiendas el castigo, penitencias de rodillas sobre granos de maíz, coscorriones, muendas con pringamoza o sanciones tan excéntricas como el mandato de comer bosta de ganado reseca, seguían llamándolo el Espantapájaros. Aún en la aceptada ridiculez de su figura y en el pintoresco itinerario de su vida (había llegado del interior a las costas en la primera oleada de colonos, blancos y mestizos), el maestro mantenía un puñado de virtudes que, con el tiempo, serían objeto de discusiones, diatribas, maledicencias y apasionadas simpatías: era el único hombre que en la tolerada promiscuidad de Bahía Solano había mantenido la inflexible norma de la castidad. El casto varón de Bahía prefería adormecerse recostado en la mesa de una cantina a continuar la parranda en la oscuridad de las playas, en un acople precipitado con alguna mujer fugada de su rancho. Todo se sabía y a no ser que la discreción del maestro hubiese sido extrema, de él no se sabía más que lo tristemente cierto: ninguna mujer había perturbado su vida.

Jovencitas calenturientas, viudas restablecidas del ostracismo, adúlteras conmovidas por la castidad del tipo, atractivo ejemplar antes de que diera la vuelta de sus sesenta años; putas de paso hacia Panamá habían intentado sacarlo de la indiferencia y habían acabado por aceptar la realidad de casto invencible.

La abuela sentía hacia él un impuso protector que en ocasiones se parecía a la ternura y en otras a la piedad que inspira un hombre solitario. Pensaba, sin embargo, que ese viejo curtido y lenguaraz acabaría sepultándolos a todos. Ninguna enfermedad, ni el más leve malestar lo habían atacado en casi cincuenta años de vida en el poblado. Frente a su memoria desfilaban rostros despedidos en los funerales, contemporáneos o menores que él, imágenes rutinarias de muertes oportunas o prematuras, como si él, en el centro de estos acontecimientos, solo aspirara al tedio de la inmortalidad.

—¿Quién dijo que los viejos seguimos derecho hacia la muerte? —le preguntó un día a su amiga ante testigos desconcertados

por el sentido de la frase—. Antes, tenemos una vieja cita con la infancia.

Todavía hoy, fascinada por esta clase de palabras, la abuela sentía reaparecer fugazmente el rescoldo de una aventura malograda. “Si se hubiera atrevido a cogerme una mano”, parecía decirse con nostalgia, pero lo cierto era que el maestro y la anciana reiniciaban a veces un diálogo impenetrable en el que la emoción de ella y la aparente indiferencia de él se diluían en las luces de un atardecer sin iniciativas.

—¡Llego El Triunfo! —escuchó ella que gritaban en la calle—. Abuela, llegó un barco —repitió la voz de una mujer para que la anciana la escuchara.

La abuela se levantó y se asomó al corredor. En el costado izquierdo de la bahía, a pocos metros de la playa, el barco era recibido por un grupo de hombres y un corrillo de niños. “Hoy habrá parranda —pensó—. Y si vienen vagabundas, navajazos y corrinche.”

—Llevamos más de un mes sin cervezas —le había dicho el día anterior el maestro—. Cuando en este pueblo faltan frijoles, se come arroz blanco, pero cuando se acaban las cervezas nos sentimos más solos que nunca.

La anciana imaginó a su nieto entre la banda de curiosos de la playa, brazos voluntarios que ganarían algunas monedas llevando bultos de víveres hacia los graneros de Bahía. “Mañana se llenará este pueblo de cholos”, se dijo, e imaginó a los indios taciturnos llegados de los ríos vecinos. “Esos se emborrachan y lloran; los negros se arrechan y se dan machete por celos”.

La llegada de un barco era el único contacto cierto con el mundo. Las crónicas de los viajeros y marinos ganaban en esas ocasiones una audiencia silenciosa y maravillada, aunque se tratase de simples embustes.

—¿No quiere venir, abuela? —le preguntó la mujer que se acercó al corredor a saludarla.

–No, Isolina. Yo ya no estoy para esos trotes –dijo, e hizo un gesto de desinterés.

En otros tiempos la llegada de un barco le producía una emoción casi infantil, como si en él viniesen estampadas las huellas de un universo inaccesible. El movimiento de descargar y la bulla de los muchachos le resultaban parte de una fiesta que continuaría en la noche con la música de ronco tocadiscos de pilas o con el estruendo de las chirimías.

–Si ve a mi nieto entre esos corrincheros, dígame que me debe una, que aquí lo espero, Isolina.

Recordó la última parranda del poblado, los gritos pendencieros de los borrachos, el sermón amenazador del cura que, una vez más, esperó en vano la llegada del vino de consagrar. A la mañana siguiente, los irreductibles trataban de consumir las últimas cervezas bajo un sol que hacía crujir los techos de cinc. “Deben ser como las nueve”, calculó.

Se había adormilado en la mecedora. El aguacero con ventiscas había sido tan pasajero que le daba rabia aceptar el pronóstico del niño. Cerró la puerta que daba a la calle, se enfundó en su áspera bata de dormir, apagó la lámpara de queroseno y se dejó llevar por el adormilamiento. “Igualito a su padre”, se repitió. Creyó oír los maullidos de un gato. Estaba acostumbrada a escucharlos, pero esta vez le resultaron más desesperantes, como si se tratara del distorsionado llanto de un niño. Vagamente, en duermevela, oyó pasos por el corredor. No le dirigiría la palabra –se dijo-. Había estado en el billar, curioseando en medio de los marinos. Mañana –pensó- retomaría el hilo extraviado en la madeja y sería más severa de lo que había sido en la tarde. Pensar que catorce años de esfuerzos caían en el vacío, que la educación dada a su nieto acababa en la vergüenza de los embustes y en la crueldad cometida aquel día por el niño, le producía un sentimiento de frustración y humillación indeseable.

Los pasos se hicieron más próximos. Para evitar el encuentro con el muchacho, la abuela fingió dormir. “Pisa como un hombre”.

Minutos después se hundió en un sueño de reconfortantes visiones: sintió la llegada del hijo como si apenas ayer hubiera partido. Lo vio descender del barco, extraordinariamente limpio y grande, saludar a sus envejecidos compinches, dirigirse al billar y jugar solo la continuación de una partida interrumpida. Escuchó, sin poder precisarlo, el sentido de las palabras, la referencia de viajes, aventuras, desgracias pasajeras y amores extraviados, mientras era invitado a nuevas tandas de cerveza. Pese a las arrugas del rostro, la dureza de sus facciones, a la boca más ajustada y pequeña, quiso ver al hijo con el aura de la juventud que le conoció antes de partir. No deseó pensar que el tiempo había pasado sobre otra vida como era de esperar, sin una pizca de generosidad.

Se despertó sobresaltada cuando, en las visiones del sueño, se interpuso el prolongado maullido de un gato.

—¿Es usted, Adriano? —preguntó, todavía afectada por las imágenes del sueño—. En ellas, una mujer de aspecto extravagante posaba silenciosa al lado de su hijo. “Se trajo una vagabunda”, pensó con rencor y no supo si era una frase proferida en el sueño o recién pensada en la vigilia.

—Llegué hace un rato —le contestó una voz sin emoción.

—Sabía que era usted —dijo la anciana—. Soñé que llegaba en un barco que había sido blanco.

El maullido lastimero del gato era real.

—Duérmase, mamá, que mañana le cuento mis vainas —oyó decir.

—No me cuente nada —pidió ella—. No voy a poder dormir.

Le pareció escuchar un comentario desprovisto de enojo.

La anciana deseó preguntar algo pero no halló las palabras.

—¿Ya vio a su hijo?

—Sí, lo vi en el billar. No sabía que era mi hijo. Me preguntó que por qué usted decía que había sido más terco que una mula. Esperé que viniera, pero no ha llegado. Estuvo todo el tiempo mirándome jugar, sentado encima de un bulto de plátanos.

La anciana se removió en la cama y alargó las pausas del diálogo: hurgaba en sus sospechas.

–No lo espere –dijo– que no va a venir. ¿Cuándo salía el barco?

–A medianoche. Iba a Panamá.

–No espere volver a verlo –añadió ella–. Se largó. Todos se largan sin decir esta boca es mía. Traté de educarlo hasta donde pude.

Una deprimente sensación de fracaso le recorrió al recordar el episodio de la mañana. El cruce de voces, de un cuarto a otro, o desde el umbral de la pieza hasta su cama, hacía más largo el silencio de las pausas.

–¿Sabe lo que hizo esta mañana? Cogió a la gata de la casa y al gato del vecino, los metió en un costal y los echó vivos al mar. Me juró que no había sido él, pero yo estoy segura de que nadie más que él pudo haber hecho esa barbaridad. Siempre me dijo que no lo dejaban dormir con sus maullidos.

Estaba a punto de llorar. Retuvo el llanto. De nada valía.

–Si se fue –dijo el hijo–, no le irá mal. Será capaz de cualquier cosa antes de morirse de hambre. Como debe ser.

La abuela sintió al rato la caída al piso de un par de botas y el susurro de una voz femenina.

–Descanse –dijo–. Mañana me la presenta y me cuenta sus cosas.

–Iba a decirle que no vine solo –dijo finalmente el hijo.

La anciana lo estaba imaginando en una casa de mujeres de un puerto, abrazado a una muchacha que sería desde esa misma noche su querida. Antes de recuperar el sueño, ya había decidido que abandonaría para siempre la amplia cama de matrimonio. No era para lamentarse. Pese a los años transcurridos en aquel cuarto, nunca había sido un sitio suyo. Siempre se movió dentro de él como una invitada a quien se le prorroga la partida.

(Del libro *Adiós Europa, adiós*, Seix Barral, Bogotá, 2000).



# El esclavo

Juan B. Velasco Mosquera



Esta noche te dije:  
qué suave y cálida es tu piel  
-oscuro pozo de luz-  
y en la penumbra busqué en tus brazos  
la huella fantasma de las cadenas,  
mientras creía escuchar,  
en los lejanos ecos del tiempo,  
el chasquido del látigo  
del amo inmisericorde.  
Presencia de la noche interminable  
que siempre regresa a beber, insaciable,  
en nuestras propias noches.  
Falacias, vanos temores,  
si hermosa yaces en el lecho,  
leve en el sueño,  
ya sin el peso de la infamia  
y ahora, sin duda,  
el esclavo soy yo  
de los amores de tu cuerpo.

## Sombra del ahogado

Altos alaridos en la noche,  
ladridos de perros sonámbulos  
viven en la orillas.  
Se ha visto bajar por el río,  
con los ojos abiertos y luminosos  
como faros felinos,  
el cuerpo del ahogado.  
De nada valieron los conjuros  
para borrar del aire  
la huella de lo impronunciado  
que se pegó como infecta  
baba de víbora  
en la piel de los remeros.  
Urgido el brujo sentenció:  
“su muerte no será completa  
hasta que su sombra  
no acabe de destamar  
las ligaduras que lo atan,  
y esto solo será  
cuando arribe por fin  
a las lejanas playas de Sapzurro”.  
Su madre, espantada,  
nunca regresó al sueño,  
aún no termina de decir  
sus rezos.

# Desesperanzas

Mary Grueso Romero



Esa casa está sola  
y otras muchas  
oscuras, desvencijadas  
fantasmagóricas y trágicas.  
La pobreza cae a pedazos  
por sus paredes.  
De los ojos de las ventanas  
salen lluvias de soledades  
mirando sin parpadear el horizonte  
mientras a su alrededor  
se aparece inexorablemente  
el abandono. En las noches  
se oyen ecos de soledades.  
Es el corazón de sus dueños  
que se quedaron impresos  
formando remolinos  
de espirales.  
Ellos huyeron por la vida,  
sin mirar las huellas tras su paso,

de pueblos que se mueren de tristezas,  
de anhelos nunca satisfechos  
ni en las ciudades, ni en las calles  
ni en los semáforos.  
Escondiendo en sus entrañas  
su dignidad maltrecha  
alzan las manos al transeúnte  
mientras a mí se me revienta el alma por los ojos.

# Élida

*Alfredo Vanín*



Nos sobreviven, Élida.  
Nos dejaron sin tiempo para desandar  
los golfos de la mala fortuna.  
Perseguíamos cangrejos de mar  
los cuerpos desnudos se abandonaban  
sobre los troncos salpicados.  
Aún el guardafaros sale de madrugada  
al canal de San Pedro  
él, que era tu padre,  
pero no envejeció.  
Y el desconcierto es tu manera  
de asediarme  
de quebrantarme contra las escolleras  
de dejarme entre redes de anémonas  
y rayas submarinas y tú  
no sobrevives.

(De *Cimarrón en la lluvia*. Centro de  
Publicaciones del Pacífico, Cali 1991).

## La noche es un mordisco de fiera

La noche es un mordisco de fiera.  
Salvo en las brumas del mediodía,  
los felinos hibernan en mis laberintos,  
devoran lo que encuentran,  
afrentan a mis dioses,  
remedan el andar de mis gaviotas,  
y tienen el descaro de aplazar las batallas.

(De *Islario*. Ediciones Pájaro del Agua, Cali 1998).

## Tahúr naciente

Navega que navega  
todos de pie riñeron. El augurio era unánime  
se empecinaba en su tormento:  
este río, este mar, este camino de profundos ojos  
lo traerán de vuelta  
hecho bacán o envuelto en una túnica  
de ciegas celestinas.  
Una fortuna fue sellada,  
el temor manifiesto a las tabernas  
nodrizas del que fumaba en proa  
(y era virgen aún)  
recordando quizás un naípe roto  
por una espada o un milagro  
mientras acariciaba entre sus dedos hermosos  
de coyote  
un alamar antiguo  
ganado en un rincón de Savahanah  
en el istmado Portobelo,

en Maicao o Beté.  
Todos los vientos lo siguieron  
cuando tuvo el coraje de enseñar sus canicas  
y el aserrín de los bolsillos  
en los más arduos desafíos  
escándalo para las dulces ménades  
y otra vez las canicas y la bronca  
y hasta los trompos mocetones.  
De nada serviría ausentarse (dijeron como albatros)  
igual ha de encontrarse con sus furias  
con el ocaso de sus cardenales  
con su milonga o su viaje  
ni la voz estentórea contra el muro  
ni el vago entuerto de una calavera  
le detendrán su día  
de puñal o de sombra.

(De *Jornadas del tahúr*. Hoyos Editores, Manizales 2006)

## Aguamala

Largo fue el verano.  
Rilke

Todo volvía a ese punto de partida en el que vos tenías que enfermarte, sin que ahora sea posible desmentir a mis esquivos profetas.

Hemos dado demasiadas vueltas en torno a hechos cumplidos. Por eso hoy decidí ignorar mis crepúsculos y venir a dejar todo en claro con vos, en medio del olor a medicinas de tu cuarto que alguna vez compartiste con Andrés.

El verano fue intenso. Me quedé largas horas en mi pieza, mirando hacia el río cuyas aguas se habían vuelto rojas como si hubiesen removido el fondo.

Imaginábamos la escena futura con miles de peces muertos por el color invasor que no desterraba ni el doble movimiento de la marea.

Vos enfermarías, lo intuí desde el primer día del verano. Y te podés ahorrar la risa incrédula. Siempre has mantenido alguna alianza con los amigos para denigrar de mis premoniciones que según ustedes no son más que estrategias del escándalo, y ahora, dirán, puro contagio de lugares comunes sobre espurias historias del verano. Pero ya es imposible no contradecirlos: no puedo seguir imaginando maravillosos desastres para hundirme en ellos.

Hacia tanto calor que llegué a pensar que todo lo que tuviera peso y sustancia se derretiría bajo el sol inclemente. Los tanques para recoger el agua de la lluvia se llenaron de telarañas y en el fondo comenzaron a medrar las larvas. Al fin y al cabo fue el verano más largo de nuestra memoria y eso que para rebuscar sus fábulas este pueblo no anda a la zaga de ninguno. Las casas sufrieron un desgaste acelerado, se evidencia en sus tablas crujientes. Los techos se retorcieron y algunos llegaron a desprenderse, pese a que muchas casas todavía ostentan el zinc venido de Alemania, tan alabado por su firmeza y duración por los mayores que construyeron o renovaron estas casas. Se llegó a temer que de pronto lloviera por todos los días sin lluvia y las casas sin protección se inundaran, pero recuerda que los aguaceros comenzaron a llegar despacio y hubo tiempo para reparar los techos. En las esquinas, las piedras calientes impedían prolongadas paradas. Hasta la hora de mayor fervor cotidiano en las esquinas, a las seis de la tarde, cuando normalmente afloja el calor del pueblo y la brisa desde el mar cabalga sobre el río, se sentía el hervir de las calles. Marzo parecía una brasa en la boca del infierno; vos y yo, un rescoldo de incertidumbres...

Las primeras lluvias me animaron a visitarte. Destruyeron las excusas, mis eternos escrúpulos de visitar enfermos. Sabés, Irene, que los hospitales y los cementerios y otras formas de ma-

soquismo no han sido mis fuertes. Pero ya todo era inevitable. Los desastres arrastraban su hora con obstinación de fenicios. Solo cuento con tu frágil complicidad porque fuiste también testigo del imperceptible derrumbe de Andrés, tu prometido.

Los colegios cerraron. Era inútil acercarse a las pocas oficinas del pueblo. Los carteles remitían a una espera indefinida, los papeles se doblaban bajo el brazo mientras el sudor hacía más ignominiosa la incertidumbre.

“Pueblo de desajustes”, decían los que regresaban a casa con las diligencias aplazadas, “por algo lo apodaron Aguamala”. Estuviste lejos de las oficinas de la reforma agraria y yo me ausenté de los correos y me dediqué a atisbar el cielo, el río que se tornaba cada vez más rojo mientras vos enfermabas, mientras Andrés...

Los pequeños cultivos sufrieron un revés de muerte. Las campañas electorales a las que tanto fervor inútil le ha dedicado nuestra gente se diluyeron en una apatía incomprensible. La vida se extravió demasiado en una sensación de desfallecimiento. Hasta las fiestas de Semana Santa perdieron colorido. Apenas sí se remedaron las largas procesiones detrás de las imágenes sangrantes. Pero no hubo abundancia de platos en las casas ni embarcaciones coloridas en el embarcadero llegadas de los caseríos de arriba del río. ¿Te enfermó la carencia de agua, el aire abrasador que se hacía más intenso de noche, o la trágica apoteosis de Andrés cuyo destino es inconcebible para quienes ahora disfrutan del retorno de los aguaceros?

Hablaron del juicio final hasta los descreídos. El color de las aguas del río hizo pensar en las aguas rojas de la Biblia, porque con tanto río suelto hasta para los delfines extraviados, la sed era afrentosa. Hubo rogativas con promesas que no llegarían a cumplirse porque quien haya soportado semejante estiaje es otra persona después de las primeras lluvias. Hemos regresado a una aparente normalidad en la que creemos ser los mismos, pero no. Y vos menos que nadie, porque una mujer que solo tuvo un hombre

después de cumplir los cuarenta años, un hombre que tomó por asalto lo que guardaban tus rechazos y encierros, al perderlo de esa manera se pierde también todo deseo de revancha. Porque la pérdida fue extraña y definitiva sin que nadie más que vos y yo podamos descifrarla.

Alguien debe ayudarme, Irene. Lo que intento hacer visible era hasta hace poco un matorral espeso, pero cada palabra ha mostrado su verdadero rostro y ahora sabemos que Andrés no volvió a las ciudades en las que fuimos sobrevivientes pobres y felices, desbordados por una felicidad sin amenazas ni reclamos. Debemos prometernos recordarlo siempre (aunque esas palabras ya no existan) con su porte al mejor estilo de viejos cantantes antillanos, la risa de bacán y la gorra andariega. Nadie se atrevió a concebir ni ejecutar algún propósito durante esos días. El único fue Andrés. Tenía que ser de mi generación para ser tan imprevisible. Y no digás que conmigo aprendió rumbos difíciles: la vida no transcurre en línea recta, Irene, hay giros en ella, saltos que nos vuelven irreconocibles. Debés creerme, Irene.

Ahora los aviones han perdido la ruta hacia Concepción de Guapi, ese nombre que es como un latigazo en plena espalda, como Eusebio diría, ese otro amigo que si tuviera un poco de paciencia podría juntarse con nosotros y ayudar a descifrar el laberinto en el que andamos.

Me niego a pasar por el parque y si lo hago, obligado por las pocas calles, sigo sin volver la cara, recurso por lo demás precario, pero que al menos aminora lo que solo sería soportable si alguien estuviera dispuesto a acompañarme. Solo vos podés hacerlo, Irene. Este fuego crudo con la tragedia al frente es demasiado para uno solo. Por eso vine, Irene.

Sé que perturbo tu restablecimiento al renovar el recuerdo próximo de Andrés, el único hombre amado, a quien tu misma madre facilitó las visitas nocturnas que se volvieron infalibles. Era por fin tu sueño realizado, el deseo cumplido de un hombre

entre los malos orgullos, porque incluso tu mamá enviudó joven y desterró de su corazón cualquier sentimiento que la acercara a otro hombre. Ella ha debido consolarte, conozco su entereza. Primero la pena por la inexplicable fuga de Andrés y luego su frialdad ante lo inevitable. Pero ella no entendería jamás este juego maligno. Debo, incluso apresurarme. Ella no demora en llegar con el café, que por cierto me reconfortaría para seguir juntando los duendecillos del tiempo, de ese tiempo que se partirá en dos como un carruaje desbocado.

Con heroínas o sin ellas, las grandes palmeras y los arbustos endebles han vuelto a sentir los efectos refrescantes de las lluvias y han retornado a su color verde los que no perecieron en la fuerte sequía. Y ese parque por el que tanto he de dejado de pasar, no es más que un cuadrado de ciento veinte metros con senderos diagonales que convergen a la plazoleta del centro. En las zonas verdes abundan las lluvias de oro y los pastos menudos cobijados por unas palmeras antiquísimas y tulipanes africanos. Su costado occidental da inevitablemente a la iglesia.

Con Andrés íbamos mucho al parque. Él salía del taller de motores, yo abandonaba la oficina y Eusebio y Ricardo la central eléctrica y nos reuníamos en alguna banca a resucitar historias. En la plazoleta del centro Policarpa Salavarrieta ostentaba su majestuosidad pedestre. Hace pocos meses, antes del verano, retiraron su estatua decrepita por cincuenta años de salitre y discursos. ¿Recordás el pedestal vacío, visible desde tu oficina? ¿Recordás las burlas nuestras –Andrés debió contártelas– a los mandatarios cuando decíamos que eran ellos los que deberían reemplazar, tiesos y estultos, la estatua? El color verdoso que había adquirido la figura de la heroína se acumuló al ritmo de los bandos municipales y las oratorias republicanas. La pobre resistió lo que pudo. Una madrugada fuimos testigos de Andrés trepando en el pedestal, con arengas que terminaron en diatribas contra los poderes celestiales y terrenales y por último contra el estado

de sitio. La casa parroquial y el cuartel de policía quedan cada uno en un costado, pero nadie se dio por aludido. El discurso fue perdiendo intensidad por los espasmos de la risa, la borrachera en lo mejor de su estrépito. Veníamos del bar de Tulio y nos dividimos, como cada vez lo recuerdo: él donde vos, Ricardo a una casona de madera que regentaba su tía, Eusebio a buscar las faldas de Demetria y yo a presenciar las primeras luces frente al río, antes de recogerme en mi cuarto, al que a veces llegaba Amparo, sin avisarme nunca, antes de marcharse en un viaje que no tendrá regreso, porque obedeció a la llamada de familiares que encontraron sitio en algún pueblo de los cañaverales del Valle del Cauca. De pronto la encontraba dormida como una cordillera bifurcada en mi cama y al sentirme se despertaba y me contaba la última historia que había circulado, entre la que recuerdo una: el diablo se había aparecido con sus grandes cuadrillas en el huerto de la casa de la vieja Pinillos con una algarabía que hizo ahuyentar a los cerdos y a las doce gallinas. Chispas azufradas siguieron sintiéndose en el aire durante una semana y cada azotea esperaba con temor y orgullo el momento de presenciar o tener que inventar esa visita. Tengo la rara sensación de que rejuve nezco. A todos debe ocurrirles igual, pero pensarán en la magia restauradora del invierno. Habrá que esperar algunos años, otra generación, si es posible... Pero, para qué engañarse. Andrés no está lejos, Irene. Está solo pero ya no hay manera de rescatarlo porque sería violentar su última y más firme decisión. Es cierto que yo también estoy solo, pero no tiene importancia: ya pasó el verano y el tiempo ya no existe. Y no veremos el júbilo de las floraciones de mayo, porque nos abocamos a algo peor que una serpiente rondando el lecho de un recién nacido. “Algo raro ocurre”, me gritó hace unas horas la señora que me arrienda el cuarto donde vivo. “Los de la empresa aérea recibieron un llamado de los aviadores porque no encuentran esta ruta”.

Tu enfermedad había comenzado antes del verano. Quizá él te anticipó algo y vos... Vamos, te reís de mis intuiciones y eso me alegra porque no era mi deseo perturbarte. Solo quería convencerte para que me ayudaras a detener la catástrofe. Mi boca vuelve a ser movida por los duendes ocultos. “Esto es Aguamala, un pueblo de negros al que se lo vive llevando el diablo”, murmura la gente entre comentarios políticos y cálculos de votos. Y en breve será una incógnita para los escrutadores lejanos, quienes pensarán en un error de los cartógrafos coloniales cuando aparezca un nombre sin sentido en el mapa. Y todo porque un hombre de mi generación quiso repetir hasta las últimas consecuencias lo que había sido un juego de trasnochadores: pararse allí, en el pedestal, pero esta vez más sobrio que un animal del Arca. Lo cierto es que comenzó a envejecer tan de prisa como lo permitió el cuerpo curtido de un mecánico, desnudo y a la intemperie, sin que alguien intentara bajarlo de allí, para fortuna nuestra. Se volvió irreconocible tan pronto como ocupó el pedestal. Al principio ni vos misma lo reconociste desde tu oficina. Algunos malhumorados se quejaron. Un hombre desnudo como la chatarra de los buques, impúdico y reseco como las momias, no podía ser el digno reemplazo de la heroína epónima. El alcalde alejaba los reclamos y, por primera vez en un alcalde, de manera sabia. El mundo andaba de cabeza, decía, y no había nada raro en que las estatuas brotaran desnudas de los pedestales vacíos y se resecaran con el sol. El escándalo se apaciguó y todo se atribuyó al rigor del clima y a los espejismos del sol implacable.

No digás que busco a todo trance la manera de crearte incertidumbres. No demora tu mamá con el café que fue a buscar a la tienda y hay tiempo para verlo entero en su pedestal, desconocido en su vejez, alterando el curso del tiempo que empezó para nosotros a girar hacia atrás y para él desbocado hacia adelante. Vos, Ricardo, Eusebio, tu madre, todos los que seguimos atados a este pueblo corremos hacia formas de origen y un día sabremos

que el desastre llegó sin estafas porque las señales fueron dadas. No podemos aproximarnos a Andrés porque precipitaríamos lo que ya cobró cuerpo. Lo que jamás sabremos fue la manera como se trastornó el tiempo, cuál mecanismo del reloj fue alterado por la decisión de Andrés. El quedará solo en el parque sin que nadie pueda perturbarlo, hasta convertirse en cenizas. El pueblo se volverá invisible en su resplandor para los pilotos del aire y del agua, como si se lo hubiesen tragado los infiernos.

(Guapi, 1973. De *El tapiz de la hidra*.  
Facultad de Humanidades Univalle, Cali, 2002).

## Naufragio 12

*Hernando Revelo Hurtado*



En todo golpe de puerta  
hay un presagio,  
una tierna ansiedad:  
el amor o la muerte.

## Naufragio 17

Después de muchos años  
comprendí  
que yo era el último silencio de mi padre,  
que poseía su voz  
y su manera de lágrimas  
y que sus besos  
aún estaban intactos en mis labios  
para la frente de mis hijos.  
Esta mano que escribe este poema  
apretará algún día el corazón

después de un sueño y moriré.  
De este designio inevitable  
solo me duele que mis hijos  
tengan que asomarse a ese espejo de desdichas,  
a ese abismo de duras revelaciones.  
¡Qué será de Simbad y David y sus lágrimas  
buscándome por todos los rincones de la casa!

## Nafragio 20

Mar: gracias te doy  
por las gaviotas que se quedan  
picoteando mis palabras al final de la tarde.  
Por tu iodo que oxida mi memoria  
y la convierte en un refugio de girasoles rojos.  
Gracias te doy  
por la mujer de mar  
que arrojas en cada maretazo  
a la orilla de mi lecho  
y deja la dulzura de su sal  
pegada a mis poemas.  
Gracias, mar,  
por los barcos que atracan en mis sueños,  
por tu olor a tristeza  
y por tu algarabía de mulatas en los puertos  
que espantan a la muerte  
y despiertan mis más remotas fábulas.  
¡Hágase, oh mar,  
tu voluntad!  
de sal de sol  
de mar de amor  
de paz de pez  
en mis poemas.  
Amén.

## Naufragio 23

Si el río corre hacia abajo siempre  
no seré igual  
si me miro en él dos veces.  
Esto lo dijo Heráclito.  
La sentencia de Heráclito  
es ya casi inmortal,  
está en el tiempo.  
Un hombre en el sur,  
“ciego de tanto ver”,  
rescata la sentencia del olvido,  
la hace suya,  
la reclama para que esté el día de su muerte.  
Cada poema  
es un río interminable;  
en cada verso Heráclito regresa.  
Todo hasta aquí muy bien.  
Pero, si el río va y vuelve  
sobre el mismo lecho,  
sobre el mismo cauce,  
amparado por sus dos orillas  
celosas de manglares  
va y vuelve,  
entonces, ¿la sentencia?  
Porque al mirarse dos veces  
en su espejo líquido (metáfora ya dicha)  
¿es la memoria de tu rostro la que miras?,  
o el rostro en la memoria del espejo  
¿no es, acaso, el rostro que se lleva?,  
¿el rostro que me trae, navegando?



# Para que sepan

*Medardo Arias Satizábal*



Voy pisando plátanos  
sobre la hoja verde  
que África añeja  
en las calles de la isla;  
voy echando fango en mis tobillos,  
olvidando  
aquel niño desnudo  
parado en medio del aserrío...  
Voy llevando este remo vegetal  
hacia el río de brumas que me espera  
más allá de los churos de la madera  
sumergido en la neblina del adiós.

## Lenguas

Confusión de lenguas  
en el sereno tibio del puerto;  
bolero antiguo, girando,

desde el humo de la infancia.  
Los barcos se fueron  
y no es cierto que la lluvia  
traiga peces del pasado.  
Detrás de los pasos,  
nadie sabe del truhan que muere  
con una gardenia florecida en el pecho;  
nadie, puedes tener la seguridad,  
sabe de los hijos bastardos  
de los marineros.  
Los barcos atracarán  
en la fábula despintada  
de las cantinas.  
Mis hermanos gastan  
-rueca de ronquidos-  
la respiración del ancestro.  
Esta casa huele a ruidos,  
a agua florida,  
camino de la iglesia.

## La pasajera del *Sandalwood*

Después de cruzar la bocana del puerto el barco entró en aguas tranquilas. Tres pitos llamando al remolcador hicieron sentir a Rita una alegría juvenil. Como si fuera una muchacha de catorce años en su primer viaje por el mundo, apretó las manos contra el vientre donde acababa de sentir el bramido de los pitos mientras corría hacia la proa.

Las olas de la bahía eran de un azul profundo, casi turquesa, y contrastaban con un cielo limpio donde el sol parecía barrer brevísimas nubes hacia la costa. Desde el puente, el capitán empezó

a transmitir órdenes. Rita miró hacia arriba y contempló por un instante las piernas de dos oficiales; intercambiaban binóculos, vestidos de blanco. Lucían pantalones cortos y mascaban chicles con gravedad inglesa. Se detuvo en las escamas doradas que el sol dejaba ver en sus rodillas.

En el extremo de la isla, alargada como un cocodrilo, la luz de esa tarde formaba coágulos brillantes en las hojas de las palmeras; eran como glándulas entremezclándose, culebrillas que bailaban nerviosas al fondo de un estanque. A ella le parecieron espejismos, islas candentes fundidas por el resistero.

Rápidamente se retiró a cubierta en busca de su litera. Frente al castillo de proa tropezó con un martillo y por poco pierde el equilibrio. Era el momento del ataque. Varios estibadores se hacían señas desde el muelle.

Un marinero del *Sandalwood* arrojó varios cabos.

“¡Tres grilletes, fondo!” gritó el primer oficial antes de soltar el ancla. Las gruesas cadenas bajaron haciendo un ruido de herrumbre y desde los limos pantanosos subió hasta su nariz un perfume de algas descompuestas. En ese momento cerró el libro. Por el ojo de buey miró a los primeros tripulantes que descendían por la escalerilla. Un hombre con aspecto de contrabandista aplaudía en el muelle, corría en zig zag como un jugador de béisbol que pretendiera atrapar una bola imposible, pero en verdad saltaba para apanar, todavía en el aire, paquetes de cigarrillos que alguien lanzaba desde cubierta.

Sobre el techo de las bodegas, Rita podía ver la cúpula de una iglesia, semienterrada en el resplandor sangrante de ese atardecer. Bajo la ducha, imaginó cómo vestiría en su primera noche en ese puerto del Pacífico. A sus cuarenta y cinco años, conocer nuevos lugares del mundo, ataviarse con ropas de colores en puertos desconocidos, se le antojaba un gozo sin par. Envuelta en una toalla amarilla salió dando saltitos hasta el camarote. Cuidó de aplicarse suavemente la toalla, para dejar gotas de agua viva

resbalando todavía por sus brazos, bajo sus senos. Esto le permitía siempre lucir un aspecto fresco. Tomó del ropero un sombrero de pajilla y se enfundó en un talego beige, cuidando de no llevar brasier. Sobre sus zapatos ligeros, de hilo chino, se contempló en el espejo. Tenía los ojos lavados, rojizos, como quien lleva varios días bebiendo en una piscina. Se aplicó perfume detrás de las orejas y tapó la botella de vodka en la mesilla. Las cartas de una baraja se hallaban desperdigadas en el piso. Durante la travesía, cuando no departía en el salón de baile o compartía con su compañera de viaje, prefería avanzar en la lectura de *Nostromo* o jugar en solitario con un póker veneciano.

Pasó rápidamente el *rouge* sobre sus labios, al tiempo que apagó las luces circulares del espejo. Al cerrar la puerta de la litera vio a los marineros que salían festivos por la popa, como impulsados por alegres *pizzicatos*. Recién bañados también, hacían bromas, al tiempo que se daban puñetes amistosos en los hombros. Con una serena felicidad, avanzó bajo las luces tenues del pasillo. Estaba a punto de tomar la escalerilla cuando recordó sus cigarrillos ingleses. Los había comprado en Kingston, en la tienda de un judío, y estaba segura de no encontrarlos en ningún puerto de la ruta.

Regresó sosteniendo con pulso firme el bolso colgado al hombro. Quizá abrió demasiado las piernas al girar la llave en la puerta, si se atenía a la mirada lasciva del contraamaestre.

—¿Le ayudo, *my lady*?

—Sí, claro. Tal vez necesita un poco de aceite...

—La sal del mar por fin se come estos barcos.

Pugró con la llave y empujó reciamente. Las manos de este eran toscas y nobles como las de un carpintero, observó. Respiró profundo al encender nuevamente la luz del espejo. El hombre desapareció de la puerta sin despedirse. Minuciosamente, acomodó el tabaco en la cigarrera antes de saborearlo por el filtro.

Ya el bus se ponía en marcha cuando bajó por fin al muelle. Subió precipitadamente y se acomodó delante de una pareja de ancianos que sonreían como chiquillos, enfundados en sus camisas tropicales.

El conductor se detuvo una vez más para esperar a la última paseante. Era Christie, una solterona de Norfolk, su compañera de litera. Un chiquillo corrió hasta la escalera para ayudarla. Bajaba casi haciendo piruetas, vestida de una manera que a Rita le pareció ridícula. La observaba desde la ventanilla con un poco de lástima. Dos ganchos infantiles le sujetaban moños a lado y lado de la cabeza. Su vestido marinero estaba bien quizá para una muchacha, pensó. Dio un respiro y se acomodó a su lado. Rita casi no lograba escucharla por la algarabía escolar que de pronto invadió el automotor. Estas excursiones con niños-ancianos que obturaban cámaras y señalaban por las ventanas al pasar cerca a los suburbios, le parecían aburridoras, demasiado formales. Desde hacía varios meses deseaba una aventura, un *affaire* verdadero, lejos de los guías turísticos y de los bistrós típicos donde los pasajeros del *Sandalwood* se hartaban de langosta y piña colada.

Unos bombillos desnudos alumbraban pobremente aquel bazar del puerto. A retazos, la luz caía sobre las fauces disecadas de meros, caimanes con ojos de vidrio, pequeños crustáceos. Más allá, varios hombres se afanaban mientras pintaban paisajes sobre conchas de tortuga. En el piso se ofrecían corales, estrellas de mar, bocadillos de coco, botellas de aceite de tiburón, el elixir para la tos.

Simuló que escuchaba la jerga en torno a un bululú y se apartó del grupo. Desde un quiosco con techo de palma se escapaba una música de relaciones sensuales, frenéticas. Las aspas de los ventiladores parecían luchar con el peso del aire. La orquesta de pronto dejó de tocar. Los bailarores iban hasta sus mesas riendo, intercambiando tragos, ajustando sus paraguas cortos en el

bolsillo trasero del pantalón. Debía llover por mucho aquí, pues también las mujeres llevaban sombrillas colgadas de sus faldas.

Un hombre gordo, lustroso, negro como brea, sacó un pañuelo para secarse el cuello. Por el micrófono dijo algo que Rita no entendió; la fiesta recibió sus palabras con una ovación. El clarinetista se puso al frente para empezar una marcha lúgubre, sentimental a la vez, extraña danza que los nativos seguían con abrazos, con pasión. Lentamente se deslizaban por la pista del quiosco, repleta de tapas de cerveza, aserrín y cajetillas vacías; entrelazaban sus manos con hondura, como si cumplieran un rito pagano.

Le parecieron fantasmas danzantes delante del reflejo de las bombillas moradas. Aquel brillo sifilitico dejaba apreciar a una muchacha solitaria al fondo del bailadero. Tenía las piernas cruzadas, permanecía en silencio. Rita tuvo la impresión de que sus ojos también estaban en silencio. A través de sus sandalias aparecieron unos largos dedos, bien cuidados. Más arriba, la tersura de sus piernas sugería el color de la canela fina, delicados perfumes.

Luces fluorescentes se encendieron después de la canción y pudo ver a los lejos, bajo un arco de palmeras, las luces borrosas del *Sandalwood*, como desdibujadas por la luz de las estrellas. Se recostó más a la barra, con una lata de cerveza en la mano. Le parecía que aquella muchacha silente del rincón la observaba a intervalos nerviosos, con una vibración que no disimulaba, al tiempo, una elemental coquetería.

Quizá era solo curiosidad. Una extranjera de ojos verdes ataviada con un sombrero de pajilla en este sitio no era visita corriente. Detuvo su mirada en la boca de labios finos, en sus ojos tibios bajo el arco de unas cejas sugestivas. Estaba sola quizá. Era, sutilmente, una mulata, pero su cabello de color castaño rojizo caía en suaves ondulaciones sobre sus hombros. Sonreía viendo bailar, como una niña tímida que no hallara otra expresión más amable para agradecer el entorno festivo. Una blusa ligera le

dejaba al descubierto sus hombros manchados de pecas, constelaciones de eróticos brillos, miel sobre miel.

Rita fue hasta ella. Un hombre de unos veinte años, nativo, con el pecho descubierto donde dejaba ver un lazo de oro con un timón pendiente, le alargó una mano a la chica, como invitándola a bailar. Ella agradeció y su mirada adquirió de pronto un gesto azorado. A Rita le pareció que pedía disculpas por no saber bailar. El hombre la hizo poner de pie con un ademán entre tierno y torpe. Desde esta mesa donde la extranjera contemplaba la escena, aquella muchacha le pareció surgida de algún sueño de los pantanos. Giraba delante de su mirada, en una danza delicada, donde las manos venían a ser más expresivas que todo el ritmo de su cuerpo.

Sus rodillas firmes, las piernas torneadas por algún ebanista divino, los hoyuelos claros arriba de las pantorrillas, todo ese encanto que traducía en la danza un lenguaje de castidad despertó en Rita una emoción noble. Desde hacía mucho tiempo no experimentaba una sensación similar. Su trabajo como profesora asociada en el departamento de lenguas modernas del *Marymount Manhattan College* de Nueva York, le dejaba poco tiempo para apreciar dimensiones estéticas diferentes a su rigurosa disciplina. Sus artículos, publicados en prestigiosas revistas académicas, le habían ganado cierta reputación como ensayista del arte renacentista y de la literatura hispanoamericana. Pese a tener pocas amigas, gustaba de pasear dominicalmente por Staten Island, por las rutas de ciclistas de Long Beach. Visitaba a menudo a sus padres residentes en Virginia. Una alumna le había confesado recientemente lo atractiva que podía lucir con ropa deportiva, opinión que había desdeñado con el mismo olimpismo que llevaba su soltería. Se sabía bella, pero no dentro de los esquemas clásicos de las mujeres de su edad. Desde que descubriera su atractivo entre los varones, jugó a romper con las formalidades de la moda. Entre vestir bien o desarreglarse, prefería esta últi-

ma opción. Por ello lucía un deliberado desaliño que más bien se tornaba en atractivo desparpajo ante el bien cimentado carácter de su personalidad. Pocas amigas habían logrado penetrar esa recatada intimidad en su refugio de Greenwich Village.

Amigos y pretendientes de juventud ya no figuraban en su programa de vida. Sumergida en el trabajo docente e investigativo, llegaba a pensar, a veces, en la poco o ninguna necesidad de una relación afectiva.

El tarapatiri de una trompeta que reiniciaba el baile, puso fin a sus reflexiones.

Desde aquella noche, sus paseos por el puerto se hicieron cada vez más solitarios. El capitán del *Sandalwood* había fijado zarpe para dentro de quince días, por daños en la sala de máquinas, circunstancia que la tranquilizaba. Con cualquier pretexto, evitaba salir en el bus turístico junto a Christie, pues prefería, mejor, aventurarse sola por las calles adoquinadas del puerto, entre bares y chiringos, como si tratara de reencontrarse con los ojos de aquella muchacha.

A veces le parecía verla en el embarcadero. Se dirigía hasta ahí, pero solo encontraba al grupo de nativas vocingleras que discutían acerca del arribo de los vapores.

En ocasiones estuvo tentada a preguntar por ella a los lancheros. Ellos, sin embargo, hombres ocupados, poco debían saber. Averiguó a las marchantas en las tiendas del mercado donde recalaban barcazas provenientes de los ríos. Penetraba en los freideros de pescado, como una exótica visitante; auscultaba entre racimos de plátano y bultos de cecina, parapetada en sus grandes lentes oscuros. Los jugadores de dominó que situaban sus mesas junto a la orilla del mar, la veían pasar a través del brillo de las velas, camino del malecón.

También los chinos cocineros, instalados en las cercanías del canal, supieron de su presencia. Ella discurría por ahí bajo las lámparas de papelillo y pasaba tardes enteras sentada frente a

los pequeños restaurantes donde el viento hacía bailar dragones en las ventanas. Después de tomar un poco de wantan y algunos rollitos de vegetales, guardaba su baraja y continuaba caminando.

Una obsesión sagrada le hacía perseguir por las calles el rostro de la niña del quiosco. Su errancia por la isla solo era interrumpida por largas horas de lectura nocturna en su camarote. Había vuelto sobre los textos del padre De Las Casas y sobre las *Impresiones del Nuevo Mundo*, escritas por Giuseppe Pigaffetta, descripciones en las que aparecían los contornos de aquellos litorales habitados por mujeres esbeltas de ojos color miel y piel de pájaro.

Bajo el resistero danzante en las alas de su sombrero, Rita Jarvis veía pasar los días como una película velada por una llovizna de gasolina. Recostada a las pilastras del embarcadero, miraba pasar el bus de pasajeros camino del bazar de baratijas. Seguramente Christie la estaba pasando bien; desde hacía dos noches no venía a bordo. Estaría tal vez en el lecho de algún gigoló, narrando la tragedia de su soltería. Para las mujeres que esperaban a sus maridos en el embarcadero, esta extraña paseante que fumaba largos cigarrillos, era quizá alguna madame escapada de un burdel parisino.

Al fin, una tarde, después de almorzar a bordo, Rita vio pasar a una joven, casi una niña que caminaba descalza por el muelle. Con una batea en la cabeza, iba vestida de negro. Tenía una mirada digna, los brazos delgados como los de ella, aunque el traje oscuro parecía prestado. Era muy linda para ser tan pobre, se dijo. Cerró el libro y fue hasta la escalerilla. No podía ser. Los hoyuelos de las pantorrillas semejabán muchísimo esa visión encantadora contemplada en la noche de la danza. Guardó velozmente sus gafas de marco de carey, las únicas que usaba para leer y bajó al muelle. Ella le había sonreído. Su rostro era afable, pese a la huella de dolor que le daba un rictus a sus labios. Cuando la vendedora llegó al casino de estibadores, Rita no tuvo dudas. Apuró el paso tratando de disimular su prisa. Una especie de ahogo provocado

por la carrera y el viento fresco del mar, le pusieron la respiración a ritmo de chachachá; pasó entre cargadores sudorosos, entre marinos ebrios bajo hileras de mástiles inclinados hacia las bodegas. La pérdida de peso ocasionada por una dieta espartana permitía que avanzara con mayor libertad. Se había fijado el propósito de perder seis kilos desde el comienzo de la travesía y sus delgadas piernas, moviéndose a placer dentro los anchos pantalones, le hablaban claramente del fin logrado. Por arriba de su delineada cintura, bajo el busto altivo que envidiaría una adolescente, sentía latir el corazón como en los días de juventud, cuando había conocido el amor por vez primera. Continuó caminando firmemente, sin correr, para no caer en el asfalto, en los charcos de lluvia y combustible. Al llegar a la puerta del muelle, un agente aduanero alzó la mano para saludarla. La muchacha desapareció entre la multitud de obreros que descendía a esa hora de los buses portuarios. Como pudo, se abrió paso hasta llegar a la claridad de la calle y entre el viento caliente de la tarde alcanzó a divisar el traje oscuro, cerca al coliseo marino donde los boxeadores ensayaban *jabs* delante de espejos ahumados.

No podía saber cuánto tiempo le había tomado esta anhelante persecución. Había pasado ya por las bodegas de chatarra naviera, a través de los cobertizos de anclas oxidadas y cascos deteriorados por el salitre, cerca de los hangares hediondos donde los pescadores guardaban las nasas rotas. Tenía conciencia de haber cruzado los mercados cenicientos sin mirar a las legiones de mendigos que estiraban sus brazos descarnados para clamar una moneda, frente a las robustas mujeres que soplaban abanicos de paja sobre platonos de pescados desollados para espantar las moscas. Por fin, se dio cuenta de que ella cruzaba un terreno baldío, un trozo de playa a donde iban a parar las barcas destrazadas por las mareas. Ahí, seguramente, frente a esa playa, los lancheros improvisaban pequeños astilleros para curar con brea las mataduras de sus canoas. Regados en la arena se veían pe-

dazos de remos, proas castigadas por las tempestades, restos de salvavidas ya despintados por las lluvias. Un lanchero martillaba recio sobre una armazón de madera cruda; hacía un ruido seco, un eco triste que daba a este paraje un aspecto más desolado.

A Rita le pareció que aquel hombre tenía una corona mortuoria entre restos de madera aserrada. La vendedora entró en una pequeña choza semiderrumbada sobre la playa. Agitada y con el rostro rojo de sol, Rita se acercó hasta la vivienda; sintió un espasmo frío cuando alcanzó a divisar, desde afuera, cuatro velas ardiendo en la sombra de aquella cueva. No obstante, se tranquilizó y pensó en la iluminación propia de las viviendas de pescadores a esa hora de la tarde.

Se infundió valor para llegar hasta la puerta. De rodillas, ante un Cristo, la joven sollozaba junto a una anciana sentada en una mecedora de mimbre. En el piso de arena había restos de flores, hojas marchitas que volaban con el viento de las olas cercanas. El brillo de sus ojos entre el rostro arrasado, le delató remotamente la dulzura de la muchacha del quiosco; sin embargo, sus pies no podían ser los mismos; Ella tampoco lucía un lunar en la mejilla. En el estero cercano alcanzó a escuchar un murmullo de rezos; corrió hasta ahí llevada por un palpito impetuoso. Hasta el canal que formaba el mar entre la playa, bajaban hombres y mujeres con velas encendidas. En una barcaza con guirnaldas de flores, un ataúd con la tapa abierta deja ver un bello rostro de mujer, con los ojos en silencio. Una pesadilla de espanto hizo que Rita se llevara las manos a la boca para no gritar; así la recuerdan los pescadores de Santo Domingo de los Colorados; una mujer madura, de bellos ojos verdes, abiertos al espanto, deslumbrada ante el rostro céreo de la difunta que huía en el remanso del estero, hacia el incendio del atardecer.

Rita Jarvis regresó a Nueva York un mes después. Aquel suceso ocurrió el 31 de mayo de 1965. Los visitantes del cementerio luterano de Fresh Pond Road, se detienen a veces, sin entender,

ante el epitafio de una tumba sin nombre donde no faltan claveles.  
Es una frase tomada de un diario íntimo:

*Tres pitos me llevaron al embarcadero. Un lancharo de sombrero fúnebre me transportó sin hablarme.*

*La travesía del Sandalwood, como mi vida, había terminado...”.*

# Cleotilde y los pianos

Óscar Olarte Reyes



Sus dueños acababan de darle la vuelta al mundo cuando se decretó la abolición de la esclavitud y ella era muy joven en esos días. La vida de Cleotilde Sinisterra se pierde en la memoria de su nieta María. Con el desorden de sus recuerdos se entreteje la primera parte de esta historia. Había encontrado a Julián Carabalí en el mismo Barbacoas, que por esa fecha era más conocido como la ciudad de los pianos. Las casas de los amos abrían de noche sus balcones y las armonías de los teclados se mezclaban con el estridente y monótono ruido de las cigarras, mientras en la penumbra de los solares los amores ocultos se realizaban en el fuego sin la llama de la pasión. Cleotilde concibió a su primera hija entre las notas de los pianos y al nacer la llamó Iluminada Sinisterra. Con el tiempo dio a luz a Miguel y a Cleofe Sinisterra. Les dio su apellido y se opuso siempre a llamarlos con el Carabalí de Julián “porque yo fui la que los parió y nadie me quita ese derecho”.

Se había visto en las grandes casas de madera que miraban correr la imprevista corriente del río Telembí por donde entrarán otros días las barcas de los colonizadores, las mismas aguas que vieran llegar los baúles de mercadería europea y vieran salir

embarcados los cofres repletos de oro en polvo buscando el mar orientados por las estrellas del norte e impulsados por los vientos hacia la ciudad fortificada de Panamá. Hija de esclavos de procedencia Bantú, Ewe, Fon y Akan. Nacida esclava entre mineros y artesanos del oro, se vio desde temprano en el trabajo de sacudir tapices de cachemir, mantener libres de polvo los pasillos entablados de cedro, los pasamanos de guayacán y relucientes los muebles de cobre dorado donde sus amos reposaban durante las frecuentes veladas y tertulias. Las grandes salas y los balcones por donde salían las notas de las flautas de caoba con llavería de plata, el brillo de las cuerdas del violín y los mordetes de los pianos fueron los espacios que estuvieron durante mucho tiempo a su cuidado, lo mismo que las porcelanas de Sevres, las cortinas de las habitaciones, los linos y las sedas que vistió la familia Del Castillo durante la bonanza que producían las venas auríferas de la tierra. Eran los tiempos de la bella época exuberante y pedregosa, los pájaros cantaban sus horas grises entre los destellos abarrotados de sus jaulas de oro.

En la bullanguería sofisticada de los bailes que daban, los vinos franceses paladeados hasta el abuso provocaban la euforia de los músicos –mejor, de todos– y se turnaban los instrumentos de tal forma que las luces de la aurora los sorprendían en la zarabanda de jotas. Cleotilde revoloteó esas noches con los cristales y las bandejas de pasteles y apagó las lámparas de Baccarat al restablecerse la calma olorosa a tabaco y carne ahumada de los banquetes matrimoniales. La fiesta callejera pertenece a los mestizos y libertos. En el paisaje lluvioso, sus cantos como agujas atraviesan el aire de las celebraciones religiosas. Los curas encabezaban las procesiones en compañía de los amos, luego venían algunos notables, los libres y por último la masa de esclavos. Llevaban santos en andas y cantaban canciones religiosas católicas insertas en estructuras rítmicas africanas. Finalizada la procesión, los blancos se retiraban a sus soberbias casas de

cedro y los negros a gozar del día libre de los amos y uniendo sus voces en los versos falseados del “cojón peludo tiene usté/a ver, se lo toco/no hay para qué/a ver se lo toco/no hay para qué”. Voz cantante y coros en la rítmica aguardientosa impregnada del agridulce de sus axilas, palmoteando su entrega en la emotividad de lo profano: “Allá va la Paula con su remeneo/mírenle ese culo cómo le va haciendo/como mazamorra cuando están batiendo/y María Manuela que lo tiene grande/grande y encombado como una panela”. Y el coro otra vez “cojón peludo tiene usté/a ver se lo toco/no hay para qué”.

Cayó la noche. El viento arrastró gruesas nubes sobre los ríos de oro, las centellas caían cerca del poblado dando la sensación de colarse por debajo de las puertas. El rumor del jolgorio se apagó en el ambiente y los truenos ocuparon su espacio. Pastor Díaz Del Castillo, sin poder conciliar el sueño, saltó de su cama y ordenó a sus sirvientes clavar barras de hierro en las alturas de las colinas cercanas para evitar un rayo fulminante sobre la casona. Estaba claro, la tempestad duraría el resto de la noche y nada mejor que tomar precauciones. Así fue. Los vivos resplandores cayeron atraídos por los metales en medio del diluvio que duró hasta las primeras horas del nuevo día. Cesó de pronto y todos salieron a mirar los estragos. El río había subido de nivel y fluía turbio y espeso arrastrando grandes troncos en su turbulencia. Un gigantesco higuerón destruido por un rayo expuso las entrañas de la colina en que estuvo empotrado y los riachuelos formados por la lluvia empujaban en su descenso una masa arcillosa cargada de arenas auríferas. El río de oro codiciado por todos corría ante la mirada incrédula de los barbacoanos. Entonces ocurrió lo insólito. Los esclavos, sin recobrase aún del temor causado por la tormenta, vieron en el lecho la mano del demonio y huyeron del lugar mientras Pastor Díaz Del Castillo y su familia llenaban sacos con el sedimento disuelto.

Todo lo que pudo servir como empaque fue utilizado. Se anudaron las fundas de las almohadas, las mangas de los pantalones, los sacos, los vestidos de encaje de las mujeres, las sábanas y hasta las cortinas.

Lavaron tanto oro que al poco tiempo Pastor fletó un barco para darle la vuelta al mundo, pero no zarpó sin antes organizar una acción de gracias a la virgen de Atocha y pagar los diezmos en un acto que congregó a incrédulos y envidiosos en el atrio de la iglesia. Pastor Díaz Del Castillo aseguraba, de paso, su ingreso al paraíso eterno.

La Virgen había sido traída desde España a principios del siglo XVIII. Sobrevivió a las guerras de independencia y peregrinaba montada en una canoa por los caseríos y enclaves mineros recibiendo regalos de las familias propietarias: delantales bordados en oro y esmeraldas, coronas empedradas, brazaletes y pulseras, cordones de filigrana plana, churos y zarcillos salidos de los crisoles y las forjas de los orfebres en forma de barras y transformadas en láminas y filigranas por el yunque, el martillo y el estirado para construir una soldadura con flautilla, las alhajas que portaría hasta su desvalijamiento en el siglo XX.

Pastor se despidió en la orilla, bajó el río y entonces se hizo a la mar. Lo contado es poco. La voz colectiva dice que en la embriaguez de la fortuna comieron y cagaron oro.

Los trabajadores llevaban una existencia digna de compasión. Todo estaba arreglado para que consumieran lo mínimo produciendo lo máximo. Ese pasado llega hasta nosotros en la voz de las gentes. Friedeman lo escuchó así y así lo contó:

Antes de que nosotros los negros llegáramos  
los indios vivían aquí en este mismo sitio.

Los indios vivían debajo de la tierra y comían oro  
en platos de oro y bebían oro en tazas de oro  
y sus hijos jugaban con muñecas de oro.

Cuando nosotros llegamos los indios huyeron,

por debajo de la tierra hacia las montañas  
donde comienzan las ríos. Cuando salieron,  
grandes pájaros blancos los atacaron, los  
desangraron... pocos indios quedaron vivos.  
Pero antes de huir, los indios cogieron todo  
el oro y sus tazas llenas de piñas de oro y  
las muñequitas de oro y despedazaron todo con pies  
y manos ¡y volvieron todo polvo de oro!  
... Ahora, nosotros los negros tenemos que  
rompernos el cuerpo para encontrar el polvo de  
oro y poder mantenernos vivos en los sitios  
donde antes vivieron los indios...

Julián Carabalí vio pasar sus mejores años en las refriegas de la minería. Durante ellas, los aguaceros nocturnos que llenaban los estanques de las partes altas de las colinas acapararon su atención. “Mañana habrá agua para lavar la terraza”, decía. Y en la mañana la dejaba correr por una acequia mientras hombres, mujeres, niñas y ancianos emprendían la afanosa búsqueda del metal y a veces de pepitas y chicharrones. Ninguno conoció los socavones. Su trabajo consistía en repetir procedimientos legados por los indígenas. Desbarataban terrenos que daban muestra de mineral, los abrían con barras de hierro, cavando entre los estratos de piedras grandes y redondas que los jóvenes pasaban de mano en mano hasta un punto lejano. El agua de lluvia que se dejaba escurrir llevaba las arenas y piedras pequeñas al canalón donde atrás mujeres permanecían tambando el cascajo y la arena para separarlos, dejando el mínimo de grueso. Seguían las aguas llevando arena, agua y lentejuelas doradas hasta la plaza de la mina donde ocurrían los últimos pasos de la separación de elementos. Playar con bates de madera en el acompasado movimiento del cuerpo dejaba el oro amontonado en su orilla.

Un grato y vivo movimiento del ánimo invadió la casona el día del nacimiento de la primera hija de Cleotilde. Todos llamaron la

atención sobre sus grandes ojos y el resplandor que emanaban desde la penumbra del cuarto. “Está iluminada”, dijo alguien y todos los nombres que propusieron luego, sonaban como palabras inútiles, porque a fuerza de decirle la iluminada nadie quiso llamarla de otro modo y así se quedó. Con el correr de los años, el tierno brillo de sus ojos infantiles se trocaría en el fuego lento en el que Sebastián Benítez, un español buscafórtunas encontraría el motivo definitivo para desordenar sus instintos reprimidos.

Julián fue responsable del mantenimiento de la alberca de agua durante años, eso le enseñó el lenguaje de los vientos y las nubes en las que ponía largamente sus ojos. Pero trabajo tan rudo no colmaba sus ambiciones. Quería una vida más llevadera, por eso se propuso como aprendiz en los talleres de los orfebres. Fue por esos días cuando conoció a Cleotilde. Trabajaban para el mismo amo y chocaban sus miradas en encuentros furtivos dentro del patio de la casona. Cuando a las siete de la noche se prendían las lámparas de gas del alumbrado callejero, él se escurría buscándola en la oscura complicidad de solares y las flores de la pasión.

Cuando llegó la comisión y proclamó la libertad definitiva de los esclavos, tronaron los tambores y el júbilo inundó el espíritu de los favorecidos. Toda la gente de chonta se reunió en el poblado a celebrarlo. Bajaron las canoas repletas de libres que ahora abandonaban las minas de los amos y bailaron hasta la fatiga en la plaza. Cleotilde salió con sus hijos, que ya eran tres, y vio a Julián por última vez entre los bailadores. Su recuerdo se pierde con su bolsa cargada de tenacillas, martillos, buriles y otros instrumentos que asomaban por sus bolsillos en la embriaguez de la parranda. Aún no se apagaba la sed en las gargantas de los nuevos libres cuando apareció el barco que zarpara años atrás a recorrer el mundo. La nueva noticia corrió como pólvora encendida. Pastor había viajado hasta dar con los casinos de Estados Unidos donde las ruletas y los naipes se encargaron de pasar la fortuna de oro en polvo de sus bolsillos a las arcas blindadas de los tahúres. Volvía,

dice la gente, con una mano en la dicha y la otra en la percha a la búsqueda de otro golpe de suerte o de recuperar lo que pudo haber quedado de la mina de cargazón abierta por la tormenta eléctrica. Pero ya la maraña había crecido y fue imposible localizar el punto exacto de la veta despilfarrada.

A pesar de su nueva condición, Cleotilde permaneció en la casa de quienes habían sido sus amos. Allí crecieron sus hijos hasta que uno a uno fueron haciendo su destino. Iluminada se fue a los quince años a trabajar en la casa de don Sebastián Benítez. Miguel se aventura temprano en la colonización de nuevos territorios donde al poco tiempo empezará a conocerse con el nombre de Rompemontes y Cleofe encuentra en Tomasito Mandinga al compañero con el cual compartirá primero la infructuosa búsqueda del oro y luego el trabajo de colonización emprendido por su hermano Miguel, hasta su encuentro con la medicina de las yerbas que ejercerá hasta su muerte.

Cuando Iluminada llegó a la casa de los Benítez era una negrita picante y vivaracha. Empezó como ayudante en la cocina, pero doña Beatriz Valdenebro de Benítez, la señora, se percató de su delicadeza en los oficios y la tomó como aya, encargándola del cuidado de sus ropas y de su arreglo. Beatriz era una mujer de nieve. Nunca pudo con el calor del trópico. El bochorno húmedo del mediodía le enrojecía las mejillas y se despertaba en las noches sudando entre los toldillos. Iluminada le preparaba los baños de plantas frescas en tinas de madera, le apretaba las tirantas del corsé y le espantaba los mosquitos mientras ella se ponía su vestido de tul y el pañolón de encaje con peineta para ir a la misa. Pero ni los abanicos ni lociones mentoladas conseguían devolverle a su cuerpo la frescura añorada de la península. Por eso, cuando descubrió que su esposo visitaba a la aya mientras ella dormía su más profundo sueño, se quedó como si nada pasara y organizó su viaje de regreso con la pequeña fortuna acumulada durante los últimos años. Una mañana, en ausencia de Sebastián, ordenó a

la servidumbre embarcar todos sus baúles y pertenencias en un navío que estaba al zarpe y en la casa desocupada dejó una nota que decía: la venganza es un plato que se come frío.

Al leer la nota, Sebastián Benítez no hizo ningún comentario. Se paró en el balcón y tembló imperceptible como un colibrí suspendido. En los días que siguieron el chisme y la burla alternaron a su alrededor como murciélagos. Con el honor mancillado y su imagen de macho pisoteada por el desplante de Beatriz, emprende la tarea de recuperar su lugar en la pequeña sociedad blanca. Reanuda su comercio de oro, al poco tiempo amuebla nuevamente su casa y empieza a frecuentar las tertulias nocturnas de los antiguos esclavistas en las que siente desde el principio la frialdad de los saludos. Entonces lo comprende perfectamente. Lo que mata es el escándalo, piensa en silencio, y deja que la planta descuartizada de la venganza eche raíces en su corazón. Ahora los retará, hará públicamente lo que todos hacen al amparo de sus altas paredes. Es cuando Iluminada, la mujer de fuego, ocupa en el balcón el espacio donde Beatriz Valdenebro, la mujer de nieve, buscara en otros días el viento fresco de las seis de la tarde. Los ojos de Iluminada resplandecen en el balcón como luciérnagas entre el chicharreo de las matronas y el asombro de los varones. Sebastián disfruta en silencio su acto individual. Los primeros que se atreven a reprocharlo reciben en respuesta una sacudida pública de sus actos vergonzosos, empiezan a temerle. Anda diciéndole la verdad a todo el mundo y hay que eludirlo a toda costa. Nadie sabe qué hacer con él, pero él sí sabe qué hacer con todos.

La amargura de la posición social perdida se compensó rápidamente en la cañamiel de los labios prohibidos. Debió experimentar mucho placer al sentir su lengua como un pez atrapado en la red negra de su cuerpo, porque su descendencia fue numerosa y al morir Sebastián irían a engrosar la trabazón de parientes en el pueblo de Chilví. Barbacoas desaparece por ahora en este relato. Queda sometido a incendios arrasadores que sumados a

la decadencia del trabajo en las minas y a la explotación minera de los extranjeros lo convertirán en el sitio nostálgico donde el “había una vez” de los cuentistas y el “a principios de siglo” de los historiadores, esperan su oportunidad para sacar a flote una de las historias regionales más cargada de hechos sorprendentes pero ciertos.

(Tomado de *Prisioneros del ritmo del mar*. Primera edición).



# La media ligada

*Faustino Arias Reynel*



**E**ra un sol para piedras. El pantano de la orilla del río estaba tostado y se había puesto blanco resquebrajado, formando todas las figuras geométricas habidas y por haber. El agua del río estaba caliente y plagada de coleópteros microscópicos, quizá la única especie animal visible que a esa hora podía moverse, porque a las tres de la tarde, la hora cero de la manigua, ni los vegetales se mueven por falta de viento. Los árboles estáticos sobre enormes raíces aéreas simulaban gigantes serpientes y saurios prehistóricos fosilizados.

Cuanto más avanzaba la canoa río arriba, más escaseaba el elemento humano. De vez en cuando, una choza con su columnita de humo o un diminuto sembrado de arroz con un espantapájaros para ahuyentar los millares de loritos todoel día (así los llaman porque comen desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde). En el corazón de la selva se oía a veces el grito de algún pájaro, como el alarido de un hombre martirizado. O las cinco notas monocordes y monorrítmicas de alguna marimba rudimentaria, igual al sonido de un calabazo de agua que se derrama. Esa musiquita se llama agualarga y los negros la tocan

en los grandes veranos para atraer la lluvia con el sonido, similar al agua que corre.

Los dos bogas cantaban para no dormirse. El fotógrafo identificador, bajo el somnífero calor de la canícula, se había tapado la cara con un periódico para librarse de los rayos quemantes del sol.

Bernardo Sanlucas, inspector de cedulaación electoral por el Partido Liberal y Víctor Emilio Jara, por el Partido Conservador, cada uno con un libro sobre las rodillas, trataban a veces de leer, pero no podían, agobiados por el silencio y por el sol amodorrante que pesaba como una piedra sobre las cabezas.

Víctor era como un extranjero, tal vez de Bogotá o Girardot y estaba para graduarse de abogado. Durante el primer día de viaje había guardado las distancias burocráticas y raciales con los bogas negros, pero al poco tiempo su curiosidad intelectual por ese mundo nuevo y la fuerza de los detalles de un viaje largo y aburridor le habían hecho comprender la sencillez primitiva y el humor simplista de esos negros sinceros, ignorantes, de amplia y blanca sonrisa cordial. En el río Calambí no hay un solo conservador, pero Víctor Emilio, con la esperanza de encontrarlo, no pasaba por casa alguna sin trabajarla.

—No sé si es por cumplir con mi deber —decía— o por ver si encuentro algún copartidario por aquí.

Y todos reían.

—Bogas: allá en esa orilla veo gente.

—Eso no e gente, dotor. Esa e una vaca

—Pues a cedulaar esa vaca, negritos.

—Bueno, dotor. Vamos payá, pero le alvertimos que esa vaca e liberal.

Y se reían socarrona y cariñosamente los negritos marrulleros.

Ya se tomaban ciertas confiancitas con el doctor Jara. Y para no llegar hasta las chozas, porque estaban cansados, se inventaban cualquier pretexto.

–Vean, doctores. En esa choza que se ve allá lejo murieron ocho tisicoj en una noche. Ayí no hay naiden. De ganas van buscá salí con loj pulmonej agujeriaoj, como juelle de herrero pobre.

–Ciejto –decía el otro boga–. Dejen a esa gente tranquila, ja, ja, ja...

–Por eso e que ejtoj remontaoj. Dicen que el gobierno jode y jode y nunca acanba.

Todas estas cosas hacían más liviano el viaje. Había que subir dos días más para llegar a Rampiral, allí descansar tres días, mientras el fotógrafo revelaba y preparaba las cédulas para entregarlas al regreso, de choza en choza.

*Bolívar fue a Barbacoaj  
cuando salió de Tumaco,  
yegó fumándose el dedo,  
creyendo que era tabaco.*

Así cantó una vez el proero Juan Orobio y se quedó mirándolos con cierta picardía, pero, en vista de que nadie dijo nada, se echó a reír.

–Mijmamente cómo voy a yegá yo si uno de loj doctores no me convida a un cigarriyo.

Cuando llegaron a Rampiral, un caserío de veinte casas, con una escuela, con paredes y pisos de guadua, el primero que bajó a recibirlos hasta la orilla fue Astolfo, con su pálida cara de zambo palúdico y los pantalones arremangados hasta las rodillas, llenos de manchas de plátano. Bernardo Sanlucas los había conocido diez años antes en Tumaco, cuando Astolfo era un muchacho simpático y servicial. ¡Cuánto tiempo había pasado!

Ahora Astolfo era un hombre tragado por la selva, igual a todos los que le rodeaban. Hombres casi vegetales, sin aspiraciones, tal vez sin recuerdos, cumpliendo rudimentariamente las más elementales funciones biológicas, adormecidos por la canícula y la hipnotizante visión permanente de un paisaje invariable e inmóvil.

—Tengo la hija enjuerma. Vá camino de trej mesej que se tá muriendo. Dejpuej de Dió don Gregorio dice que me la salva...

Bernardo entró al cuarto cuyas rendijas estaban tapadas con telas viejas y papeles sucios. Primero tuvo que acostumbrarse a la penumbra antes de localizar a la enferma de nueve años, tendida sobre un catre y cubierta con una sábana de franela azul celeste.

Sobre un baúl un frasco y dos vasos. En el suelo, una pequeña bacinilla blanca. Bernardo le puso la mano en la mejilla y la niña no tenía fiebre. Debajo de la piel se le sentían los huesos fríos. La muchacha abrió los ojos y se quedó mirándolo, entre sorprendida y ausente de sí misma.

—Estás dejando morir la muchacha, Astolfo.

Miró al trasluz uno de los frascos. Contenía un agua sucia llena de sedimentos, hojas y raíces maceradas. En ese momento subió don Gregorio el curandero, viejo y largo, enjuto y medio agachado, con manchas rosadas en las manos sarmentosas y en su cara negra, con un sombrero grande de rampira y un pesado bastón de quende<sup>17</sup> en la mano.

—La dolencia é muy jodida. Ej puro iragüilde<sup>18</sup> y la culpa la tiene el mismi Astolfo, que la pasó de noche por la vuelta del Chorotogo —dijo el curandero—. La muchacha oyó el cununo del muerto y se iragüildó. Yo le medí el iragüilde y tenía doj cuartaj de ejpanto.

Bernardo San Lucas lo interrumpió indignado:

—Cállate, brujo bribón y asesino. ¡Lárgate o te tiro por la ventana!

Víctor Emilio se interpuso. Nunca había oído esas cosas y quería oírlas y saberlas.

—Cuénteme cómo es eso, don Gregorio —dijo Víctor Emilio y añadió—: No te sulfures, Bernardo. A lo mejor...

---

17. Quende: árbol de madera dura y pesada. De sus ramas se elaboran bastones.

18. Iragüilde: enfermedad imaginaria de los niños por ver un muerto o pasar por un cementerio.

—Ejtoy de acuerdo —dijo el brujo asustado y continuó—: Puej ya verá. Al negrito Chorotogo lo mataron en la segunda vuelta del río, abajo del caserío. Ejtabamoj en un baile en mi casa y ayí ejtaba Chorotogo, de novio pa rejuntase, cuando llegó Juan José y le quitó la muchacha. Como el Chorotogo era maj juerte, le dio su paliza y pa evitá maj pelotera se bajó del baile u se ju caminando por la orilla del río pa su casa, haciendo suná su conuno,<sup>19</sup> porque el cununito era de él. Juan José se le adelantó por el monte y lo eiperó y le atravesó el arpón por el pejcuezo. El Chorotogo cayó muerto, encima de su conuno. Y como cayó boca abajo, sin mirá pal cielo, ayí ejtá su alma tocando su conunito, dende que cae el sol.

—¿Y eso que tiene que ver con la enferma? —preguntó Víctor Emilio.

—Puej que Ajtolfo se fue trej mesej a cogé unoj caimitoj, se le vino la noche y pasó esa hora por la vuelta del Chorotogo. La muchacha oyó soná el cununo y a lo mejor vio al mejmo muerto con su arpón en el pejcuezo y allí la tienen con doj cuarta de ejpanto. Le da fiebre cada doj diaj y no come nada.

—¡Brujo carajo y sinvergüenza! —le gritó Bernardo—.Te largás ya mismo.

El brujo se bajó humillado y furioso. Bernardo bajó hasta la canoa y trajo una inyección 914. Había visto chinches en la cama y tenía la seguridad de que lo que mataba a la muchacha era una fiebre recurrente.

Por la noche durmieron en la escuela desocupada, pues la maestra vivía en Tumaco con su marchante, cobrando el sueldo cumpliente y solo venía a Rampiral cada tres meses a la cosecha de arroz.

Cuando despertaron por la mañana, Bernardo dijo que se le había perdido una media. El boga comentó:

---

19. Cununo: tambor rudimentario, alto, hecho con el tronco hueco de algún árbol. Bongó primitivo.

–A loj ratonej lej gujta loj caljetinej.

–Y a los gallinazos también –respondió Víctor Emilio, riéndose–.

Al regreso hacia Tumaco, para evitar los zancudos prefirieron dormir en la canoa anclada frente a la Bocana de Rampiral, donde el viento barría con zancudos y jejenes. Destaparon una botella de aguardiente y se pusieron a contar historias. De pronto, el boga Juan Orobio se soltó a reír porque siempre que iba a decir alguna cosa lo anunciaba con grandes carcajadas.

–Oiga, dotor, el liberal. ¿Al fin ujté topó la media que se el pepdí? Puej le voy a contá una cosa: el brujo Gregorio dijo que ujté lo había humillado y que él se vengaba y se la cobraba, que con un garabato le había robao la media, por una endija de la ejcuela.

–¿Y qué más, negrito? ¿Qué más? –insistía Víctor Emilio–.

–Puej que.... él enterró la media en el cementerio, junto con un poco de brujería y que entoncej la media quedaba ligada con el alma de su pata, dizque porque cada parte del cuerpo tiene su propia alma.

–Sigue, sigue, negrito –decía entusiasmado Víctor Emilio–.

–Puej qué... a ujté ejta pata se le iba a quebrá o se le iba a podrí. ¡Dioj me ampare! Que solo él podía curá con la misma media, depuej que ujté se le arrodillara y le pidiera perdón.

Bernardo se echó a reír.

–¿Te fijas, Víctor? Tienes que rectificar aquello del gallinazo, que me tiene un poco caliente.

Dios dispone y el gobierno descompone. Víctor Emilio fue trasladado a otra parte y Bernardo Sanlucas se fue a cudular al altiplano a las frías aldeas de Túquerres, por donde serpentean las carreteras partiendo las verdes y fragantes sementeras. De los viejos compañeros solo quedaba el fotógrafo.

–Mañana nos vamos a Piedrancha. Dizque hay mucha gente por cederal y nos acompaña el dentista escolar.

Y se fueron. En el camino se embarcaron en el automóvil un sacerdote y su sobrina. El carro seguía por la carretera hacia las tierras bajas, por entre verdes campos y lejanas lomas azules, coronadas de nubes blancas, como humo de volcanes evaporando. La carretera baja desde tres mil metros hasta seiscientos metros sobre el nivel del mar, en una sucesión de curvas que da vértigos.

Veinte kilómetros llevaban de recorrido bajando hacia las hondonadas cuando el carro empezó a rodar vertiginosamente y su velocidad aumentaba cada segundo. Los pasajeros pudieron darse cuenta de que el conductor movía todas las palancas y pisaba los pedales desesperadamente.

–¡Se rompieron los frenos! ¡Se rompieron los frenos! –gritaba horrorizado–.

–¡Arrímalo al talud! –clamaba el dentista–.

En la próxima vuelta habrían salido disparados a los abismos de más de trescientos metros de profundidad. El chofer empezó a arrimarse poco a poco hasta que hizo contacto con el talud.

Como en un sueño lejano, Bernardo Sanlucas oyó un tremendo ruido de cristales rotos en su cerebro hasta dejarlo sordo. Luego fue el silencio de la muerte, de la nada, del cero y del caos.

Cuando recobró el conocimiento, el cura y el chofer lo extraían de los escombros. Bernardo no podía hacer ningún movimiento, no podía pararse. Como en una cámara estereofónica, oyó al dentista decir:

–Tiene quebrado el pie derecho.

–Sí –dijo el cura–. Sólo tiene quebrado el pie derecho–.  
¡Bendito sea Dios que nos conserva la vida!

Cuando Bernardo oyó lo de la fractura comenzó a desvanecerse y frente a él, a una pulgada de distancia, vio la cara del brujo Gregorio que se reía con su labio inferior colgado y le mostraba el calcetín perdido, la media ligada con brujería al alma de su pata quebrada.



# Mi abuela Rita

*Yijhan Rentería Salazar*



La casa se había hecho pequeña para las seis personas que ahora vivíamos en ella. Fue mía la idea de alargarla tres metros hacia el patio trasero, una solución con la que todos estuvieron de acuerdo. Y las cosas habrían sido perfectas de no ser por el asunto del limonero de veintisiete años que se aferraba al suelo a diez pasos del final de la casa.

—Hay que cortarlo. No puede quedarse ahí —dijo mi madre mientras el jornalero que habíamos contratado observaba la situación a la espera de la orden para tirarlo abajo.

Dejé la decisión suspendida mientras entré a la cocina a tomar café. Ese limonero, el árbol de chirimoya que mi madre ya había mandado a cortar y el aguacate que el vendaval de junio pasado arrasó desde las raíces, habían sido sembrados por mi abuela. Eran mi forma de mantenerla viva tras seis años de muerte. Caminé de nuevo hacia el patio entre la indecisión y el hastío del café, demasiado dulzón para mi gusto. A mitad de camino, como por efecto de un interruptor, se encendió en mi cabeza la solución.

—¿Podemos trasplantarlo, don José? —pregunté. Su cara revelaba la dificultad del asunto.

–Es muy grande y con esas espinas es muy duro moverlo, lo chuza todo a uno...

–¿Y si le ayudamos? –insistí.

Mi madre, seducida por la idea de que el árbol sostendría el terreno, se unió al pedido. El hombre aceptó sin remedio trasladarlo al final del erosionado patio. En las últimas dos décadas las fauces de un precipicio le habían robado cinco metros al terreno.

Con cada palada de don José para agrandar el orificio donde lo plantaríamos se ensanchaba en mi cabeza la memoria de mi abuela Rita. El perfume de la tierra mojada, el machete clavado en el suelo y la taza con restos de café sobre el tallo trunco del chirimoyo, disparaban el recuerdo. Vino a mí uno de los tantos días en que la acompañé a cuidar el patio de una de las casas que ella misma levantó para sus hijos. Un colchón de hojas secas se extendía en el lugar.

El amarillo de las guayabas dulces y agrias resaltaba entre la hojarasca. Hacia el final del patio, cerca de la quebrada, un par de guanábanos habían madurado sus frutos. En los costados comenzaban a crecer los racimos de bananos y primitivos. Mi abuela rio al ver todas las papayas agujereadas por los pájaros. Mientras surcaba y resemebraba algunas plántulas recordó a Francisco, el padre de sus segundos mellizos:

–Era un pendejo, un vendido... Uno a veces se arrepiente de juntarse con cierta gente –dijo– y continuó. Me mantuvo cansada hablándome siempre de las correrías del papá y sus amigos gringos, unos tipos que llegaron al Chocó como en 1919 buscando oro. El viejo les facilitó todo: habló con el intendente, les prestó un rancho para quedarse y hasta les hizo de mandadero. Al año empezaron a hacer plata y le dejaron de hablar; nunca le pagaron. En esa pobreza nació Francisco, en el 22, mija. Pero él se vanagloriaba diciendo que su papá fue muy amigo de los gringos de la Chocó Pacífico. Dígame si no era un pendejo. Me acordé de él porque a veces, estando yo en Buchadó, limpiaba el patio así como

ahora y Francisco, en vez de ayudar con el azadón o el machete, contaba las historias del papá y sus amigos gringos, como si eso fuera mucha cosa. También me echaba piropos de lo bonita que tenía la espalda, de lo lisa que era mi piel. Era un baboso –terminó esa vez, mientras hacía un no con la cabeza.

A Francisco lo había conocido por puro azar en el 54, durante las fiestas de Bebaramá. Él aguardaba en el muelle mientras ella desembarcó tan desprevenidamente que le pisoteó la maleta. Se apresuró para reclamarle, pero cuando quiso balbucear la primera palabra ya Rita había liberado su carcajada. Él pronto advirtió la gracia con que se le movían los hombros al compás de la risa; rio también y le extendió la mano para ayudarla a enderezarse. No se embarcó.

En la noche, decidido a verla, llevó puestas todas sus alhajas. Cuatro anillos en la mano derecha para darle el saludo y uno en el dedo índice de la izquierda por si debía señalar algo. Aunque Francisco bebió durante toda la fiesta, la ira le impidió emborracharse. Fue solo uno de los muchos parejos con los que ella bailó esa noche. La conversación fue tan escasa que apenas le alcanzó para saber su nombre y que tenía tres hijos. Sobre la media mañana se arrepentía de no haber zarpado Atrato abajo; estaría cortando madera en Cacarica y no aquí, mordiéndose las tripas de la rabia. Era jornalero de una empresa renombrada que llevaba maderas del Chocó para fabricar muebles y contrachapado a la capital del país.

Mi abuela me contó que dos días después se encontraron en el río y él no vaciló en reclamarle. Ella le aclaró que había ido a pasar las fiestas con su familia, por eso había bailado con sus primos y no con él. No era para tanto. Para finales de junio, con el asunto olvidado, el enamoramiento era evidente. Él subió un par de veces a Quibdó para verla. Pasaban juntos tanto tiempo como la geografía y sus vidas ocupadas les permitían.

Entre el ir y venir por el río los amores se hicieron fuertes y seis meses después, en Navidad, mi abuela Rita y sus tres hijos se embarcaron hacia Buchadó donde Francisco vivía solo con su mamá, quien sin miramientos le reprochaba en voz alta haberse juntado con una madre de tres hijos que no eran suyos. Él pasaba los días cortando madera río abajo y regresaba cada fin de semana. Para Rita fueron tiempos difíciles junto a su suegra. Por instantes recordaba las advertencias de sus primos y sus intentos de persuadirla de no irse a vivir Atrato abajo. Le contaban historias de muertos que bajaban descompuestos por el río. Champas atacadas por la chusma que disparaba contra cualquiera y caseríos desocupados por los bandidos en un solo día. Le quitó el sueño la historia de un matrimonio que se celebraba con una balsada cuando llegaron los chusmeros y se llevaron al novio. Le contaron la leyenda de uno de ellos que asesinó a un recién nacido con su bayoneta y días después corría loco por las orillas diciendo escuchar el llanto de la criatura. Aunque no tuvo que ver esos horrores con sus propios ojos, vivir con su suegra Amanda era suficientemente tortuoso: le restringía el uso del fogón, el agua azufrada para beber, el petróleo para las lámparas y los momentos de risa con los niños.

La casa era fresca y espaciosa, cabían todos con holgura suficiente como para evitar ver a su suegra de rato en rato. Atrás, a la distancia de cuatro escalones de madera, se extendía el mar de tierra que era el patio, sembrado hasta donde alcanzaba la vista. Para mi abuela, la siembra era consuelo y refugio. Plantaba hierbas aromáticas para las comidas, caña agria para los rebotes de lombrices de sus hijos, amansajusticia y dormidera para aplacar a la vieja Amanda, sauco y escancel para refrescar a Francisco a su regreso y florales caprichosos que escupían al suelo los capullos sin abrir.

Poco después de llegar, la rutina de sobrellevar a su suegra, cultivar sembrados que no eran suyos, cuidar de sus hijos y recibir

el pescado que su marido mandaba desde río abajo, había empezado a hartarla. Le pidió a Francisco que la llevara a su trabajo, quería ver ese lugar que él le había descrito como gigantesco y difícil. Él se negó, pues no era lugar para mujeres. Ella insistió la semana entera hasta que el hombre dejó de responderle. Aprovechó la oportunidad de su silencio y se apresuró a alistar todo para la salida. Una vecina solitaria con la que hizo amistad aceptó quedarse con los niños.

En el puerto, Rita se sentó junto a Francisco con determinación. Aún no aclaraba el día cuando el sonido de la lancha se hizo cercano. Se puso de pie y fue la primera en subir. Se sentó en la mitad de la embarcación y reservó un puesto para él.

—Estás tentando al diablo —fue lo único que dijo Francisco durante el viaje.

Mi abuela y yo habíamos terminado de limpiar la mitad del patio. Ella hizo una pausa para erguirse.

Con la mano izquierda sobre el palo del azadón y la barbilla sobre la mano, continuó:

—Cuando vi ese peladero, hija, sentí como un frío. Para donde volteaba se veían los troncos cortados de los abarcos. En un momentico cortaron cinco y seis palos. Le pregunté a Francisco lo que pasaba con esa tierra después y me respondió que cómo así, que qué iba a pasar, que nada, que eso quedaba así y que si iba a empezar a preguntar pendejadas me devolvía esa misma tarde. Esos corteros trabajaban duro: mientras los unos talaban los otros sacaban del camino los árboles más pequeños y así podían arrastrar los troncos hasta el canal que ellos mismos habían abierto para dejar entrar el río y sacar la madera en un planchón hacia el Atrato. El viernes de esa semana, antes de regresar a Buchadó, vi el canal por primera vez: había como quinientos palos balseando, ahí, muertos de verdad y Francisco me decía que eso era poquito para lo que daba el monte. Los animales se buscaban otro lugar

y eso era todo. Yo me preguntaba para qué tanta madera, como si fueran a construir un pueblo entero.

Mi abuela detuvo el relato mientras entramos a la casa. Se sacó un cigarro sin filtro del bolsillo de la falda y se tanteó las trenzas buscando un fósforo. Lo encendió frotándolo contra la piedra molendera, fumó un par de veces y se puso el extremo encendido dentro de la boca. Con el pasado removido entre las arrugas de la cara y luego de enturbiar el aire de la cocina con un humo denso, siguió hablándome con la dicción enrarecida por la candela junto a la lengua:

—Volví allá otras dos veces, la última fue en la primera semana de febrero del 57. La jornada era cada vez más adentro en el monte y se veían más animales enloquecidos buscando otro lugar para meterse. Ardillas, monos, pájaros, arañas, culebras; todos correteando el monte al igual que los corteros. Ese último día, un cortero disparó dos veces con su escopeta. De entre las ramas vimos cómo un perezoso caía de una a otra tratando de sostenerse con uno solo de sus brazos. Cayó como anudándose varias veces sobre su propio cuerpo. Cuando estuvo quieto el hombre se acercó y lo sacudió del brazo poniéndolo boca arriba. Ahí estaban las dos crías mamando de la madre muerta que todavía los abrazaba. Tu abuelo se rio y dijo: “Vean este par de vergajos”, y todos soltaron la carcajada. Cuando el planchón nos sacaba hacia el río yo iba pensando: “este no es hombre pa mí”. ¿Qué hacía yo con un cortero?

—Y entonces ¿qué hizo, abuela? —pregunté—.

—Nada, ya qué... estaba preñada.

Con su tercer embarazo a cuestras, Rita se alistaba sembrando nacederos cerca del agua. Le ayudarían a perder la panza rápido y a recomponerse tras el parto. Aunque crecían como maleza en orillas tranquilas, ella decidió sembrar los suyos. Los puso en el hoyo mientras invocaba todas sus propiedades y les susurraba lo que quería de ellos. En eso estaba cuando una presencia extraña

se le hizo cierta. Dio prisa al rezo. Si ojos traen... y puso un puño de tierra en el orificio. Si manos traen... y el sonido acelerado del agua le pareció más intenso... No me hagan daño, amén. La oración o la certeza le sacudieron el miedo. ¿Necesita algo?, preguntó sin darse vuelta. No, pero quiero saber qué hierba mala le estás metiendo a mi patio para dañarme los sembrados, le contestó Amanda. Mi abuela no musitó palabra.

Ella, que prefería aguantar a Francisco que a Francisco con su madre, no dudó en aceptarle la propuesta de irse a vivir con él a Cacarica. Sabía que lo vería apenas por las noches entre semana, cansado con ganas de un baño y de dormir luego de la cena. Luego los viernes él subiría el río para estar con su mamá hasta el domingo. Disfrutaría de esa paz. Solo pidió que la casa tuviera sembrados o al menos tierra. Cacarica era una vereda pequeña por donde pasaban hacia el Atrato chilapos de Turbo, tules de la frontera con Panamá, emberas de Monteadentro. Había siempre con quién intercambiar una buena historia mientras los niños se acercaban discretamente, jugando a disfrazar su intromisión en las conversaciones adultas.

Sus hijos, que aún no tenían edad de ir a la escuela, se encariñaron con un par de perros sin doliente que Rita cebó con comida diaria y baños para extraer las garrapatas. Eran una caravana de cinco entre los caminos. Comían moras de monte durante los mandados. Chico y Rinti, como los llamaron, abandonaron el aspecto fantasmal de los primeros días para mostrar el brillo del pelaje café y negro en lugar de esa pelusa de misericordia que tenían antes. Ladraban enérgicos mientras jugueteaban con los niños frente a la casa.

Hubo tiempo seco entre marzo y abril. La subienda era abundante en el Atrato y en los ríos cercanos. Los niños se permitían la glotonería de iniciar una posta de pescado y pasarse a otra para probar distintos sabores. Las sobras eran arrojadas a las gallinas a la mañana siguiente.

El silencio sostenido de la Semana Santa se puso sobre los ríos, se suspendió la siembra, la caza y la tala en el monte. No se navegaba en los días santos y el olvido de ese detalle le significó a Francisco quedarse con Rita y no con su madre. No se lamentó. Disfrutaba los momentos en que podía contemplar la enorme panza a contraluz. Una risa nerviosa se tomaba su cara cuando parecía ver olas bajo la piel de mi abuela. Fueron días calmos hasta que irrumpieron vientos bulliciosos que sacudieron los techos de las casas y levantaron objetos livianos del suelo.

Llovió sin pausa desde la noche del sábado hasta el domingo al mediodía. El río crecía aceleradamente. Todos sintieron miedo. El agua rozaba el tercero de los cuatro escalones de la entrada de la casa cuando Francisco le pidió a mi abuela recoger las sábanas, la ropa, las manoplas y los gorritos que había estado tejiendo para el bebé. El río subía entre las ranuras del piso de la sala y los niños estaban aterrados. Eva consolaba a Esteban, su mellizo tres horas menor. Marcos lloraba a gritos aferrado a las piernas de su madre mientras le miraba la cara tratando de evitar ver el agua casi en sus rodillas. Francisco clavó dos mesones de madera contra una esquina de la sala y sobre ellos una tarima de tablones gruesos. Allí subió a Rita y a los niños. “¡Chico y Rinti!”, dijo Marcos en medio de un llanto lastimero al percatarse de que habían dejado de ladrar.

Francisco, que sufría de asma, los había atado a los guaya-canes de la puerta trasera. Con el agua a la cintura se movió por el pasillo, tomó una bocanada de aire, se sumergió, alcanzó una de las cuerdas y la haló un par de veces, la fuerza del agua ajustó el lazo hasta ahorcar a Rinti. La otra cuerda se había roto en la mitad. Los pequeños lloraron los nombres de sus perros hasta dormirse, casi flotando sobre la plataforma de madera.

Tres meses después, en su lecho de parida, Rita odiaba a Francisco como nunca antes.

Empezó a dejar de pensarlo mientras amamantaba a sus hijos en turnos cortos para sortear el llanto; cada uno en una teta por un rato, y luego a la otra en un malabar que a esas alturas conocía bien. Ella decía que de un seno le salía agua y del otro leche, si asignaba un lado permanente a cada mellizo, uno de los dos moriría lentamente de hambre. Dejar de amamantarlos era volver a la congoja.

Conservaba vivo el recuerdo de ese domingo de Resurrección cuando las palizadas que los corteros lanzaron al río en el tiempo seco crearon un dique que estrechó el caudal con su maraña de troncos y ramas. El río se hizo una bomba de tiempo que explotó llevándose sembrados y potreros completos dejando a la gente sin techo y a sus hijos en duelo. Sus mellizos nacieron en Buchadó, en las manos inclementes de su suegra. Pasados los cuarenta días de guardar tras el parto, tomó nuevamente a sus hijos y navegó Atrato arriba hasta Quibdó. Desempolvó su casa y retomó su horno de panadería, su vida y su libertad con bríos renovados. Cinco bocas la querían fuerte.

Puse un puntal a un costado del limonero para darle equilibrio y soporte mientras rellenábamos el hoyo de resiembra, don José con la pala y yo con las manos. Es un arbusto tan soberbio que lucía con cierta gracia la evidente mutilación de sus ramas. Pagué el precio. Con los brazos lacerados por las púas y un hilo de sangre ya seca sobre la ceja derecha, di dos pasos hacia atrás para contemplarlo. Sin duda era como Rita, incólume a pesar de las heridas, de las pérdidas, de las mudanzas. “Siempre se puede volver a echar raíces”, dije alto, en una fuga de pensamiento mientras veía todo con la opacidad de las lágrimas que no dejé salir. Un mar de imágenes recorría mi cabeza. La vi haciéndome sobijos para el dolor de barriga; la vi en una tarde caminando loma arriba con el machete en la mano derecha y su falda a media pierna donde empezaban las botas, siempre de medio luto resistiéndose al color; la vi detrás del humo del cigarro que fumaba sin pausa durante

sus faenas; la vi tejiendo trenzas en sus cabellos blancos; vi su gesto de fastidio cuando la llamábamos a comer; la vi amasando hierbas para limpiar el aura de la casa en los malos tiempos; la vi hablando sola entre las citronelas de un rincón del patio.

Ella, que dio vida en contra de la corriente, que paría mellizos en las orillas que arrastraban tantos muertos, que se unió a un predador de la selva y se resistió a él sembrando los caminos que recorrieron juntos; ella, que se murió tranquila cuando quiso, tomó mis manos y las llevó hasta el suelo del patio para poner más tierra a la raíz del limonero. En un momento quise llorar de nuevo, pero me pregunté si Rita alguna vez había llorado por otra cosa que no fueran sus muertos. Me detuve. Volví a la cocina. El olor de la tierra revuelta colándose por la ventana era un bálsamo para mi alma que atravesaba las celosías arriba del fregadero. Colé la mirada varias veces para encontrar el limonero mientras desprendía lentamente con una ramita el barro de la suela de mis zapatos.

323...

*Jefferson Perea Madrid*



**E**l cadáver apareció boca arriba, a pocos metros del malecón. Habría sido imposible descubrirlo a no ser por los gallinazos. Los transeúntes habían sentido el olor que emanaba de la playa, pero nunca sospecharon que se tratara de un ahogado.

Llegaron los encargados del levantamiento. Los curiosos resbalaban tímidamente la mirada tratando de identificar el cadáver. Sus dedos y sus labios parecían cercenados. Le faltaba la oreja derecha. Su vientre hinchado se agitaba de vez en cuando como si aún conservara la respiración. “Andaba en los cuarenta”, dijo uno de los hombres que llevaba puesto un chaleco de la fiscalía. “No se ven señales de violencia” comentó otro. Uno de los espectadores dijo: “Tiene el número 323 en el brazo”. Los presentes se percataron del número 323 que el ahogado llevaba en su antebrazo derecho. Por la forma y el color parecía un tatuaje. “Es un número bonito”, dijo el vendedor de dulces y cigarrillos.

En la isla y en la zona continental ya todos estaban enterados de un acontecimiento que parecía asombroso, así que el tema de conversación de los ciudadanos giraba en torno al ahogado 323.

“Pobre hombre”, dijo una señora de lentes oscuros. Otra le contestó: “Debe ser horrible morir ahogado.” “Pero no hay que

negar, el número es bonito. Ojalá me dé suerte”, contestó la de lentes oscuros mientras movía la cabeza y se perdía entre la multitud que se amontonaba en las agencias de chance.

Todos parecían andar al mismo ritmo como si un impulso involuntario les imprimiera movimientos coreográficos. El número 323 estaba por todos lados: en las bocas a punto de estallar, en el sudor que emanaban de los cuerpos elásticos que parecían desdoblarse en una complicidad ingenua; en las manos que temblaban rezando una oración al ahogado 323, y en las miradas palpitantes de las vendedoras de chance.

Las filas crecían como la angustia de saber que en cualquier momento el número sería vetado. Finalmente, a las cuatro de la tarde el número ya no se pudo jugar más. Muchos probaron a jugar el número en combinaciones que tuvieran el 2 y el 3. En la ciudad nunca había hecho un día tan hermoso.

No llovió. No se reportaron robos ni homicidios. Los ciudadanos parecían más amigables, parecían seres de otro mundo, impregnados de una inocente alegría. En la noche todos esperaban el sorteo. Las ruletas giraban con la misma simplicidad de los ojos impávidos que observaban la pantalla del televisor. Como es de saber en cuestiones de lotería, el primer número altera el estado de ánimo del jugador. No sé si fue por suerte o coincidencia, pero el primer número que arrojó la ruleta fue un 3. En la zona continental y en la isla se escucharon gritos de toda magnitud. Al número 3 le siguió un 0 y luego otro 0.

Al día siguiente, en la ciudad reinaba la desilusión. Sin embargo, el pueblo fue olvidando el suceso. Las platoneras gritaban en las calles con la misma fuerza de siempre “el pescado fresco”, la policía atrapó unos cuantos vándalos, las vendedoras de chance miraban tristes desde sus ventanillas a las pocas personas que se acercaban a apostar. Cuando todo parecía tranquilo, sobretudo en la zona continental de Buenaventura, nadie se acordó más del ahogado 323, porque aparecieron los cadáveres 450, 824, y 911... Y a jugar, se dijo.

# Una cometa y Gabriela

*José Zuleta*



Los muchachos tenían la misma edad. Eran hijos de dos hermanas y del mismo padre. Decían con orgullo: “Somos hermanos, tres cuartos”. Vivían juntos: la madre, las dos hermanas y los hijos de ambas. Entre ellas no había rencor, jamás se pelearon por el padre de sus hijos, a quien llamaban “él”. Los niños fueron criados a cuatro pechos, los terminaron confundiendo y queriendo como si los dos fueran sus hijos. El telón de fondo de esta hermandad fue la continua cantinela de Mamá Luz respecto de los hombres y, sobre todo, respecto de las mujeres: “La familia somos nosotras, porque somos las que parimos y amamantamos”. O, “uno con los hombres se da el gusto, mata el capricho, y ya”. O refranes como “La mujer es de estopa, viene el diablo, prende candela y sopla”. Así, en relativa armonía, en una casa grande de madera que traqueaba cuando caminaban ellas y corrían ellos, a punta de las caricias y los castigos de tres mamás y de ningún padre, trascurrió la infancia de Óscar y Camilo Valencia.

Tal vez por mimados y por no aceptar ninguna disciplina, perdieron octavo y los echaron del colegio Pascual de Andagoya. Las tres madres los apoyaron, les enseñaron a tener orgullo y los

alentaron a demostrar que “sin estudio también se sale adelante”. “No le vamos a dar el contentillo a la rectora esa, de ver a nuestros hijos repitiendo en otro colegio”. En la casa se oían rencillas domésticas como: “Mamá, por qué van a volver a pintar de blanco”. “Me gusta el blanco porque uno sabe dónde está el mugre”. “Como usted no es la que limpia”. Nada de aquello pasaba a mayores.

A Óscar y a Camilo se los veía por el puente de El Piñal, por el malecón, por el muelle turístico, haciendo mandados, cargando maletas o ayudando a estibar pequeños barcos. Volvían por la noche a la casa con algún dinero para sus madres, muertos del hambre a devorar lo que les preparaba Mamá Luz. Aunque su padre no los había vuelto a visitar, tenían un único recuerdo de esa paternidad que les hacía sentir un orgullo ambivalente por lo que había hecho por ellos. Una vez, después de mucho negociar con las tres mamás, “él” los llevó a que conocieran el muelle donde trabajaba. Les prometió que los entraría hasta la propia terminal naviera en la que era operador de una grúa de carga.

Les regaló ese mismo único día un cometón, palabra que oyó a un abogado barranquillero que tomaba cerveza en el mismo bar donde él iba. Le gustó la palabra y la manera como la pronunció el barranquillero: sosteniendo la n hasta casi producir un falsete. Él les había construido el cometón con papelillos de colores verdes y rojos. Además, había desbaratado una sábana y dos fundas de almohada para hacer la cola.

Con el cometón en la mano, pasó a recogerlos al barrio Calimita, donde vivían.

Entraron al muelle. Sortearon algunos guardas y con la complicidad de un supervisor llegaron hasta la grúa. Subieron por un ascensor. Tan alto estaba el mando de la grúa que los grandes barcos parecían lanchas y el puerto se veía como un pequeño parque de diversiones.

Superando el vértigo de la altura, aferrados a una baranda, los niños vieron a su padre elevar la cometa, que al primer golpe

de viento ascendió en línea recta dando leves cabeceos equinos sobre el azul de la mañana. Cuando la pita se acabó, él les ofreció el madero en que estaba atado el extremo de la cuerda para que vivieran la experiencia de volar la cometa.

Nunca habían sentido una emoción igual: era como tener la punta del viento en las manos. De algún modo mágico, aquella estrella y su cola danzaban en el aire y obedecían al más mínimo movimiento de sus manos, lo que les hacía sentir un poder inaudito. Él los miraba lleno de orgullo, se sintió un buen padre. Pensó, con cierta altivez, que era el único de ese puerto que había preñado a dos hermanas la misma semana, que tenía una especie de mellizos en dos mujeres y, además, dijo para sí: “Con estos ya son nueve en cuatro distintas”. Algo se esponjó en su pecho después de ese pensamiento, miró a los niños sosteniendo la cuerda y sonrió.

El viento se hizo más fuerte y el cometón tiraba pidiendo cuerda, los niños aguantaron hasta que la pita se rompió. La cometa empezó a caer lentamente mientras ellos, impotentes, vieron a su padre parar la grúa y dejar izado un contenedor que debía montar a un barco, bajar apresurado por el ascensor y llegar en un potrillo hasta la cometa que había caído en un manglar vecino. Al rato subieron unos señores.

—¿Ustedes qué hacen aquí? —preguntó el de gafas y casco de ingeniero.

—Estamos con el papá —dijo uno de los niños.

—¿Y dónde está “el papá”?

—Se fue a traer el cometón —dijo el otro niño.

—¿Él qué? —preguntó ofuscado.

—El cometón —respondieron al tiempo.

El hombre se sacó el casco y lo golpeó contra el piso. Vociferó, habló por radio hasta que, finalmente, media hora más tarde, apareció Valencia con la cometa en la mano y la cola enrollada en un brazo, sonriente como si acabara de realizar una hazaña.

El hombre lo recibió diciendo:

—¿Qué estaba haciendo, Valencia?

—Rescatando el cometón de mis hijos, ingeniero.

—Ha paralizado toda la operación portuaria, el país deja de exportar, retrasa todos los turnos de cargue y descargue y los itinerarios de las compañías navieras, el puerto pierde miles de dólares y todo porque a usted se le ocurre traer a sus hijos a elevar cometas a la grúa de carga. Espero que entienda que esto le costó el empleo.

Cuando los llevó a la casa de sus madres, estaba muy abatido y ellos muy felices. Desde ese día no volvió a ayudar con la manutención ni los volvió a visitar. Alguna vez, borracho, le dijo al abogado que todos los males que le aquejaban eran por su culpa, aunque después de un soliloquio corrigió:

—No, perdón, son culpa del cometón.

Los muchachos siguieron la vida sin “él”. El viento en sus manos era una señal inequívoca del amor que, a distancia y en silencio, “él” les tenía.

—o—

Cuando Óscar la vio ya tenía diecisiete años. Sintió lo mismo que había sentido años atrás, la vez que su papá le entregó la cometa en la baranda de la grúa: una emoción nueva, un viento inasible que lo halaba con fuerza y sobrevolaba su ser. Cuando Camilo la vio sintió lo mismo y le contó a Óscar. Óscar guardó silencio.

Se llamaba Gabriela. Poseía una alegría que no se iba de ella, un cierto sabor en sus gestos, era fina y veloz y aunque veloz, serena. Le gustaba reír, hacer bromas y gozarse a la gente. No paraba de buscar motivos, escrutaba las personas para encontrar el punto de hilaridad de cada ser.

—Mire, ma, que un señor dijo que el Hotel Estación es una gota de leche en un vaso de moscas —y soltó a reírse.

—Vea, ¿y es que usted se cree muy blanca? O qué...

—No, ma, pero me da risa.

Era zurda. Cuando escribía rodeaba con su brazo todo el cuaderno y daba la impresión de estar escribiendo al revés.

“Ella es manicoja”, decía la mamá explicando por qué su hija escribía así.

Óscar no soportaba más la atracción tirante que lo impelía hacia ella. Un día, sin que Camilo lo advirtiera, fue a declararle su amor. Primero, le dijo que ella no debía estar riéndose de todo a toda hora y acto seguido le preguntó si quería ser su novia y que le daba hasta el sábado en la noche para que lo pensara. Gabriela se echó a reír y repetía la palabra novia en las pausas entre cada crisis de risa. Óscar, muy digno, le dijo que al final de la semana pasaría para conocer su respuesta. Gabriela no paró de reír hasta mucho después de que él se marchara.

El aparente rechazo de Gabriela produjo en Óscar que se hiciera más fuerte, más tirante y sagrado aquello que sentía por ella.

Por su parte, Camilo, algo más tímido, dos días después de la visita de Óscar, le entregó a Gabriela un papel doblado en el que decía: “Si aceptas ser mi novia le juro que un día vendré a recogerte en un yate”. Gabriela vivía en un barrio de bajamar llamado Pueblo Nuevo, en una casa de palafitos que permanecía sobre el agua incluso en marea baja. Camilo se retiró de prisa haciendo movimientos de equilibrista sobre las tablas de chachajo. Gabriela leyó y se echó a reír: se imaginó un yate atracando al borde de la esterilla de chonta del patio de la cocina y a ella saltando a cubierta, marchándose por la bahía, saludando como una reina de belleza en pleno carnaval...

—¿Y ahora de qué se está riendo? —le preguntó su madre.

De esto, ma —dijo Gabriela y le pasó el papel que Camilo le había dado.

—Con los hombres mejor no jugar, hija.

—No juego, ma. Es que están locos.

Unos días antes de las declaraciones de amor, los hermanos Valencia habían conocido a don Albeiro, hombre ambiguo, bajito, de piel del color rosa blancuzco del vientre de los cerdos. Gracias a que su cuello era prácticamente inexistente, su cabeza parecía una prolongación del tronco. Se rapaba, calzaba mocasines y vestía unos *jeans* desteñidos, correas con hebilla y camisas de seda que el sudor mantenía adheridas a su humanidad. Había algo ladeado en sus maneras, en sus gestos, en los ojos esquivos. Decían que era un duro de Santuario recién establecido en Buenaventura.

Los conoció en el muelle cuando lavaban una lancha y les propuso que lavaran su yate. Desde ese día les dio trabajos de limpieza: camionetas, cuartos fríos, contenedores, lanchas, motos, cuatrimotos, dos perros fila brasileiros, fritadoras industriales, motosierras, la fachada de dos licoreras y el yate, pasaron varias veces por las manos jabonosas de Óscar y Camilo, que recibían a cambio un buen pago y algunos regalos. Don Albeiro tenía una especie de obsesión por lavarlo todo. A veces, mientras supervisaba las faenas de limpieza de los hermanos Valencia, limpiaba la cache de nácar de su pistola lanzándole el vaho de su aliento primero y luego frotándola contra la tela de su *jean*.

“En mi tierra somos muy asiados”, decía con un aire de raza superior.

Aurelia, la mamá de Gabriela, tenía un puesto de comidas en el mercado. Vendía tapaos, carne de monte, sancocho de alguacil y mojarras fritas. Don Albeiro se hizo cliente de Aurelia y un mediodía, mientras se bogaba una taza de sancocho, vio entrar a Gabriela sonriendo y saludando a todos con su simpatía congénita, como poseída por esa alegría incomprensible que parecía celebrar el hecho de estar viva.

Don Albeiro se quedó mirándola mientras masticaba un trozo de pescuezo y salpicaba la seda sudorosa con gotas de caldo.

Al salir, dijo a Aurelia que le gustaría invitar a su hija a un paseo en el yate “si ella lo permitía”, aclaró. Sin esperar recibir respuesta

ni tampoco la devuelta, se perdió por la parte de atrás del mercado, espantando gallinazos entre la inmundicia del basurero.

“Y qué les picó, que todos me quieren subir a un yate”, dijo Gabriela riendo. Y volvió a imaginar lo de los adioses de reina por la bahía.

Óscar fue el sábado por la respuesta de Gabriela y ella, conteniendo la risa y como repitiendo una orden, le dijo: “todavía no puedo tener novio”.

Lo mismo dijo por escrito con su letra de zurda en el reverso del papel a Camilo. Ambos aceptaron con dignidad y una remota esperanza la determinación de Gabriela. La siguieron amando a pesar de no verla, cada uno por su cuenta, a su modo y en silencio.

Don Albeiro les cogió confianza a los hermanos Valencia. Les dejaba manejar las motos, las lanchas o gobernar el yate cuando salían o entraban al club náutico.

Donde Aurelia no se habló más de la invitación de don Albeiro a Gabriela y él siguió yendo a comer y a mirar, como acechando sin afán a su presa.

Llegaron las fiestas de Calimita, una celebración tradicional que reunía en la única calle del barrio a todo el mundo. Un baile de 24 horas en el que hacía rato no pasaba nada malo.

Camilo y Óscar, por ser del barrio, tenían autorización de la junta para vender y rebuscarse en la fiesta. A la una llegó Gabriela con dos amigas y su mamá. Compraron refrescos a Óscar y Camilo y se subieron al balcón de una casa a mirar el baile. Don Albeiro llegó a la madrugada, un poco más ladeado que de costumbre, sudando y resoplado por el calor y el alcohol.

Estuvo mirando y dando vueltas. Casi al amanecer les dijo a Óscar y a Camilo que se fueran a alistar el yate que iban a seguir la fiesta en el mar.

Estaban terminando de alistarlo cuando aparecieron en el muelle Gabriela y don Albeiro. Ella parecía divertirse. Sin saber

muy bien por qué, sintió un alivio cuando vio a los Valencia sobre la cubierta del yate.

Don Albeiro acercó a doña Aurelia a su casa y mintió diciendo que iba a comer con Gabriela y ya se la volvía a llevar.

El yate zarpó a las cinco y cuarenta en plena marea alta. Giró al mando de Óscar por el estero buscando la bahía. No fue necesario zarpe ni autorización de la capitanía. Nadie los molestó. Camilo no entendía por qué estaba pasando algo que él había imaginado. Óscar miraba con desconfianza los movimientos del “patrón”, como lo llamaba todo el mundo.

Gabriela iba y venía por la cubierta, subía y bajaba, salía a la proa y saludaba con su mano izquierda el manglar y las luces del pueblo aún encendidas, jugando, feliz de cumplir su sueño.

Amanecía. En el cielo aparecieron colores extraños como si un ácido tiñera la claridad del agua. Dejaron atrás Piangüita y el yate se enrumbó hacia el norte. A la altura de la última boya Camilo y Óscar oyeron primero la risa de Gabriela y luego un grito.

Camilo bajó para ver qué pasaba. En la borda, Gabriela forcejeaba con don Albeiro. Él la golpeó en la cabeza con la cache de la pistola y ella cayó al agua. Camilo saltó a rescatarla. Óscar detuvo la nave y bajó. Don Albeiro gritaba:

–De mí nadie se burla. A todos les pela la muela y a mí, que soy el patrón, me rechaza –gritaba enfurecido.

Gabriela se hundía; Camilo luchaba por llegar a ella. Don Albeiro apuntó al mar y disparó. Óscar se le fue encima y lo arrojó al agua. Algo relumbró después de su caída: el nácar de la cache brillando mientras se hundía con su dueño en las tinieblas del fondo.

Cuando pudieron subirla Gabriela estaba muerta. Camilo condujo el yate de regreso, rodeó el estero buscando el barrio Pueblo Nuevo. No había viento cuando el yate atracó en el borde de la esterilla de chonta en el patio de la cocina de Gabriela. Doña Aurelia rayaba coco, en el fogón calentaba café.

# Bibliografía



- Arango, T. (1963). *Precolombia*, Bogotá, 2ª edición.
- Arroyo, J. (1907) *Historia de la gobernación de Popayán*. Popayán: Imprenta del departamento.
- Caldas, F. (1808). *Seminario del Nuevo Reino de Granada*.
- Carrasco R. (1944). *Historia de los caminos del Nuevo Mundo*. Buenos Aires: Editorial el Ateneo.
- Castellanos, Juan de (1942). *Historia de la gobernación de Antioquia y del Chocó*. Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana. Editorial A B C. Bogotá.
- Castellanos, Juan de (1955). *Elegía de varones ilustres de Indias*. Imprenta Nacional, Bogotá.
- Contraloría General de la Republica (1943). *Geografía económica de Colombia*. Chocó. Bogotá: Imprenta Nacional
- Fernández de Oviedo y Valdés, G. (1944). *Historia general y natural de las Indias. Islas y tierra firme del mar océano*. Asunción: Editorial Guaraní.
- Haring, C. (1938). *El comercio y la navegación entre España y las Indias en épocas de los Habsburgos*. París-Brujas.
- Hernández, E. (1956). *Urabá heroico*. Editorial A B C, Bogotá.

- Jijón y Caamaño (1938). *Sebastián de Belalcázar*. (T. II). Quito: Editorial Ecuatoriana.
- López de Gómara, F. (1922). *Historia de las Indias*. Madrid.
- Ortega, E. (1954). *Historia documental del Chocó*. Bogotá: Editorial Kelly.
- Pérez, E. (1959). *Alejandro Humboldt en Colombia*. Bogotá: Ediciones de la Empresa Colombiana de Petróleo. Editorial Iqueima.
- Uribe, M. (1855). *Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia en Colombia*. París: Imp. de Víctor Goupy y Jourdan.
- Zárate, A. (1944). *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. Biblioteca de Autores Españoles. T. II. Madrid: Ediciones Atlas.

## Los autores



### **Sofonías Yacup (Guapi, 1884-Cali, 1947)**

Estudió en la Universidad del Cauca y finalmente se graduó en la carrera de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Libre de Bogotá. Fue miembro destacado del Partido Liberal y Ocupó cargos de importancia. Escribió artículos sueltos en periódicos que luego fueron recogidos en su principal libro *Litoral recóndito* y en *Por tierras del Cascajal* (inédito). En sus escritos reivindica los auténticos valores del negro y la necesidad de conciencia sobre realidades que todavía están vigentes.

### **Ruth Estupiñán (Klotilde Lukumí)**

Narradora oral nacida en Mulatos. Cuentera, con muchos sueños, luchas y retos asumidos con fuerza, energía y ganas de aprender y comprender siempre. Trabaja una propuesta pedagógica llamada “Humor y tradición oral, una alternativa en la pedagogía social”, a través de la cual lleva a cabo talleres lúdicos y humorísticos y traduce el lenguaje denso de los asuntos científicos en un lenguaje popular para que la gente se fascine por el conocimiento, conozca la esencia de la ciencia y entienda lo que somos. Vive actualmente en Popayán.

### **Pedro Cieza de León (Llerena, Badajoz, España)**

Cronista e historiador español, autor de un ambicioso proyecto de historia de Perú. Nació entre 1518 y 1520, en el seno de una familia acomodada. Participó en las expediciones a San Sebastián de Buenavista (1536) y a Urute (1537). Fundó con Jorge Robledo, Santa Ana de los Caballeros (1539), Cartago (1540) y Antioquia (1541), en

la actual república de Colombia. Entre 1549 y 1550 recorrió los lugares más importantes de Perú (Cuzco, Potosí y La Plata, entre otros) recogiendo información con la que compuso su obra. Cieza de León fue el primer cronista moderno.

**Rogelio Velásquez (Sipí, Chocó, 1908-Quibdó, 1965)**

Uno de los pioneros de la investigación antropológica afrocolombiana, además de novelista y poeta. Recibió el título de etnología en la Universidad del Cauca. Ejerció la pedagogía en Tunja y en su natal Chocó donde se destacó como rector del colegio Manuel María Carrasquilla. Recorrió todo el Pacífico (el alto y bajo Chocó) por encargo del Instituto Etnológico Nacional entre 1957 y 1959. En un intenso trabajo de campo, recogió cuentos, leyendas e hizo profundas observaciones sobre historia y antropología de la región.

Obras: *Breve historia del Chocó* (1985); *La medicina popular en la costa colombiana del Pacífico* (1957), *Ritos de la muerte en el alto y bajo Chocó* (1961) y *Cuentos de la raza negra* (1959), estos últimos publicados en la *Revista Colombiana de Folclor* y en la *Revista Colombiana de Antropología*. El Instituto Colombiano de Antropología e Historia publica en el año 2000 una valiosa compilación de su obra titulada *Fragmentos de historia, etnografía y narraciones del Pacífico colombiano negro*.

**Carlos Arturo Truque (Condoto, Chocó, 1927-Bogotá, 1970)**

Hizo sus estudios de primaria en Buenaventura y en Cali inició los de bachillerato en el colegio Santa Librada terminándolos en Popayán. En esta ciudad se inició literariamente al colaborar en revistas estudiantiles, pero tan solo a finales de 1953 se dio a conocer nacionalmente al obtener el premio Espiral con su libro *Granizada y otros cuentos*. En 1954 escribe el cuento *Vivan los compañeros*.

**Guillermo Edmundo Chaves (Pasto, Colombia)**

Hizo sus estudios en la Universidad de Nariño y se graduó de abogado en Bogotá donde ha ejercido la profesión. Ha desempeñado algunos cargos judiciales y ha sido diputado y representante al Congreso Nacional. En 1940 publicó su libro de poemas *Oro de lámparas*, que le dio relieve entre la literatura de Colombia.

**Faustino Arias Reynel (Barbacoas, Nariño, 1910-Tumaco 1985)**

Nació el 13 de abril. Su familia se radicó en Tumaco cuando aún el poeta era muy niño. Fue alcalde de Tumaco y gobernador encargado de Nariño. Residió durante varios años en Quito y Panamá. Falleció en Tumaco el 28 de julio de 1985.

**Helcias Martán Góngora (Guapi, 1920-Cali, 1984)**

Poeta de una obra extensa, logró unir las sonoridades negras con el más elaborado poema de resonancias líricas. Narrador, antólogo y ensayista, fue una vida dedicada al magisterio de la literatura, tanto en su pueblo natal como en Bogotá y en Santiago de Cali y Buenaventura, dos ciudades que le deben sus himnos. Fue alcalde de Buenaventura y creó el Festival Folklórico del Pacífico, “en una alcaldada”, como él lo manifestaba con su humor característico.

Abogado (“pero lo disimulo bien” decía), ejerció numerosos cargos burocráticos y fue diputado del Cauca y representante a la Cámara. Su obra en plan de publicación por parte de su esposa y del profesor Alfonso Martín Bauillo, se inaugura con *Evangelios del hombre y el paisaje*, y continuará con títulos como *Humano litoral*, *Encadenado a las palabras*, *Casa de caracol*, *Summa poética*, *Pastoral negra*, y las obras narrativas *Socavón* (finalista del Premio Esso de Novela 1964) e *Historias sin fecha* (relatos). En total, sus obras inéditas y publicadas suman alrededor de sesenta y nueve. Sostuvo durante muchos años la revista de poesía *Esparavel*, donde confluían voces de diferentes latitudes del planeta.

**Hugo Salazar Valdés (Condoto, 1922-Cali, 1997)**

Gran declamador. Recorrió Suramérica en un período sostenido por la poesía. Fue subdirector de la Biblioteca Nacional y director de cultura popular de la *Revista del Teatro Colón*. En Cali ejerció la docencia en el Colegio Republicano de Santa Librada.

Publicó *Toda la voz* (antología), *Rostro iluminado del Chocó* y en 2005 la colección *Escala de Jacob* de la Facultad de Humanidades de Univalle. Publicó su *Antología íntima*. Su poema más citado es quizá *La negra María Teresa*, que declamaba con pasión en sus frecuentes recitales y noches de bohemia.

**Guillermo Payán Archer (Tumaco, 1921-1993)**

Inició su carrera periodística y literaria antes de graduarse de abogado y en 1961 fue elegido representante a la Cámara. Fue gobernador de Nariño, diputado a la Asamblea, representante a la Cámara y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. Publicó *La bahía iluminada*, poemas, Ediciones Espiral, Bogotá, 1944; *Noche que sufre*, sonetos, Ediciones Espiral, Bogotá, 1948; *Solitario en Manhattan*, poemas, Ediciones Espiral, Bogotá, 1953; *Cinco Estampas*, crónica política, 1957; *La palabra del hombre*, poemas, Ministerio de Educación Nacional, Biblioteca de Autores Contemporáneos, Bogotá, 1958; *Los cuerpos amados*, poemas, Ediciones Minoría, Bogotá, 1962; *Poemas del éxodo*, Ediciones Populibro, Bogotá, 1972; *Trópico de carne y hueso*, relatos y leyendas, Biblioteca de Autores Colombianos del Banco de Occidente. Vol. II, Editorial Kelly, Bogotá 1974; *Los soles negros*, poemas, Ediciones Minoría, Bogotá, 1980.

**Arnoldo Palacios (Cértegui, Chocó, 1924-Bogotá, 2015)**

Novelista, cuentista y ensayista. En Bogotá publica su primera novela, *Las estrellas son negras*, en medio de las secuelas de la violencia producida por el asesinato de Gaitán, ocasión en la que hizo intensas arengas radiales. La novela transcurre en Quibdó y tiene como protagonista a Isra, un niño que padece la máxima pobreza en medio de la riqueza y la corrupción que contempla con su impotencia de niño y de pobre. En agosto de 1949 viaja a Francia y allí vive. Murió en Bogotá el 12 de noviembre de 2015. Obras publicadas: *La selva y la lluvia* (novela), Moscú; *El duende y la guitarra* (leyendas chocoanas) París; *Panorama de la literatura negra* (ensayo); *Les Mamelles du Chocó* (memorias). *Buscando mi madre* (novela autobiográfica) y *Las estrellas son negras*, su novela más conocida.

**Óscar Collazos (Bahía Solano, 1942-Bogotá, 2017)**

Su infancia y parte de su juventud transcurrió en Buenaventura. En 1964 fue asesor del Teatro Estudio de Cali. En 1966 apareció el primero de sus cinco libros de cuentos. En 1969, siendo director del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas, en Cuba, adelantó un debate escrito con Julio Cortázar y Mario

Vargas Llosa sobre la relación entre escritura y compromiso político.

Desde entonces inició una larga estadía en Europa, dedicado a la novela, el ensayo y el periodismo. En 1989 regresó a Colombia y se radicó en Cartagena de Indias.

**Juan B. Velasco Mosquera (Quibdó, 1947-2005).**

Poeta y gestor cultural, vivía y soñaba a orillas del Atrato, tal como él mismo definía su quehacer vital. Fundador de la tertulia literaria Sueños de la Manigua, en su ciudad natal. Becario de Colcultura en 1977, invitado al Festival Internacional de Poesía de Medellín (1999) y de La Habana (2000). Recibió también mención de honor en el VII Premio Nacional de Poesía Antonio Llanos, de la Biblioteca Centenario de Cali.

De sus tres poemarios hizo una selección que publicó en el único libro *Orillas secretas y otros poemas*, (2002), tres años antes de morir.

**Mary Grueso Romero (Guapi, Cauca)**

Normalista, licenciada en español y literatura, con posgrados en varias áreas de la enseñanza. Su obra de fuerte resonancia raizal, ha sido estudiada en centros académicos nacionales y extranjeros. Comenzó a destacarse en los festivales de poesía de Roldanillo dirigidos por la poetisa Águeda Pizarro, quien publicó su primer libro. Es cogestora de encuentros de poesía en Buenaventura, donde reside.

Ha publicado *El otro yo que sí soy yo* (poemas de amor y mar); *El mar y tú* (poesía afrocolombiana); *Del baúl a la escuela* (antología literaria infantil); *Mi gente, mi tierra y mi mar* (CD, Hoyos Editores); *Tómame antes de que la noche llegue*.

**Alfredo Vanín (Saija, Timbiquí, 1950)**

Creció en Guapi, sobre la costa caucana del Pacífico. Se ha desempeñado como investigador cultural en comunidades urbanas y rurales, profesor de idiomas, literatura e historia y periodista y editor. Su obra creativa abarca la poesía, la narrativa, la crónica y el ensayo. Algunas de sus publicaciones, son: *Cimarrón en la lluvia* (Cali, 1991); *Islario* (Cali, 1998); *Desarbolados* (Facultad de Huma-

nidades, Universidad del Valle, Colección Escala de Jacob, Cali, 2004); *Jornadas del tahr* (Hoyos Editores, Manizales, 2005); *El tapiz de la hidra* (relatos, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, 2003); *Otro naufragio para Julio* (novela –segunda edición– Editores Pájaro del Agua, Cali, 2003); *Historias para reír o sorprenderse* (Panamericana Editores, 2005), y *Los restos del vellocino de oro* (Hoyos Editores, 2008).

#### **Hernando Revelo Hurtado (Guapi, 1954)**

Médico y poeta, ha publicado un solo libro: *Naufragios*. El centro vital de su poesía es el hombre y la mujer del Pacífico, en sus ancestrales contornos de mar y río. Aparece en las antologías de Helcías Martán Góngora, Índice poético de Buenaventura y *Poesía afrocolombiana* (2009).

#### **Medardo Arias (Buenaventura, 1956)**

Periodista, poeta y narrador y ensayista, ha recibido varios premios nacionales. En 1982 obtuvo el Premio Simón Bolívar de Periodismo por su investigación sobre la música antillana.

Ha publicado *Luces de navegación* (Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, 1987); *Esta risa no es de loco* (cuentos); *Jazz para difuntos* (novela); *De la hostia y la bombilla. El Pacífico en prosa* (compilador). *Palabra afroamericana* (ensayo, 2011) y *El cangrejo amotinado* (cuentos, 2016). Es columnista del diario *El País* de Cali.

#### **Óscar Olarte Reyes (Bogotá)**

Estudió Antropología en la Universidad Nacional de Colombia. Se dedicó a recorrer su país, en especial el Pacífico, y encuentra en Tumaco y su zona de influencia su mayor fuente de escritura. De allí ha extraído su trabajo. Ha cabalgado entre la etnografía y el relato testimonial, histórico y a veces fantástico, con el amparo de la editorial *Mi Propio Bolsillo*.

Ha publicado *Prisioneros del ritmo del mar*; *Traigo yerba santa*; *Bar, tú sabes*; *marimba y blues*; *Tairona, rugir del mar*; *La sirena se hace a la mar*; *La saga de Juan sueño* (novela), y *Proa a la luna*.

**Yijhan Rentería Salazar (Quibdó, Chocó)**

Maestra en lingüística. Autora de poemas, guiones de cortometraje, coordinadora de educación artística para la infancia y, recientemente, participe en la construcción del módulo Pacífico del Nuevo Diccionario de Colombianismos.

**Jefferson Perea Madrid (Buenaventura, 1981)**

Músico y profesor. Participó en el taller de escritura creativa Relata. Ha escrito poemas y relatos.

**José Zuleta (Bogotá, 1960)**

Cuentista y poeta colombiano. Ha ganado varios premios nacionales de poesía y cuento, entre otros, el premio Carlos Héctor Trejos, el Premio Nacional de Poesía Descanse en Paz la Guerra con la obra *Música para desplazados*, de la Casa de Poesía Silva de Bogotá y el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura en 2009, con el libro de cuentos *Ladrón de olvidos*.



Este libro es una coedición entre la Secretaría de Cultura del Valle del Cauca, la Universidad de San Buenaventura Cali y la Universidad Nacional de Colombia.

Se usaron fuentes de letra Bodoni MT y Lora regular; se ha usado para la impresión de la carátula propalcote de 240 gramos y para las páginas interiores propalibros de 75 gramos.

Se terminó de imprimir en septiembre de 2019 en los talleres de la Unidad Gráfica de la Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, Colombia



Los textos de esta antología, fueron recogidos de obras ya editadas, algunos enviados por los propios autores. Nuestro agradecimiento a todos los que nos enviaron o permitieron usar sus textos. Quisimos que el hilo conductor fuera el Pacífico. Y aunque algunos nacidos en la región no están incluidos, por razones temáticas o logísticas, nada raro en una antología, creemos haber reunido un número suficiente que posibilite una lectura del Pacífico sin dejar vacíos insuperables.

Desde todas las latitudes del Pacífico, aquí está la visión de un mundo, en sus alegorías migratorias, en sus retratos móviles, en sus pinceladas exóticas u oníricas, en crudo realismo o en abismos surrealistas. Un Pacífico que asume sus conflictos y sobrevive en medio de las carencias y la alegría callejera. Un Pacífico capaz de nombrarse a sí mismo.

Alfredo Vanín



GOBERNACIÓN  
VALLE DEL CAUCA  
Secretaría de Cultura



FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO • CALI  
2019

